

VASOS COMUNICANTES



Revista de la Sección Autónoma de Traductores de Libros de la ACE
Número 1



Mesa redonda:
Seis traductores a escena

La teoría
de la
traducción

Paris en...
en Nouv...

VASOS COMUNICANTES



Director: Ramón Sánchez Lizarralde

Secretaria de Redacción: Catalina Martínez Muñoz

Consejo de Redacción: Carlos Alonso Otero
Mariano Antolín Rato
María Luisa Balseiro Fernández-Campoamor
Esther Benítez Eiroa
Clara Janés Nadal
Miguel Martínez-Lage
Miguel Sáenz Sagaseta de Ilurdoz
Juan Eduardo Zúñiga Amaro

VASOS COMUNICANTES es una Revista de la Sección Autónoma de Traductores de Libros de la ACE, y ha sido confeccionada con la ayuda del Ministerio de Cultura.

C/ Sagasta, 28, 5A. 28004 Madrid
Teléfonos: 446 70 47 y 446 29 61

Diseño, ilustración y maqueta: José Luis Sánchez Lizarralde
Fotografía de portada: *Sestao 1984*, de Juantxu Rodríguez
Impresión: Mariarsa

SUMARIO

VERANO DE 1993

PRESENTACION

7

MESA REDONDA

10



ARTICULOS

34

EL JUICIO DE LA TRADUCCION

72

RESEÑAS

76

CONVOCATORIA

79

VASOS COMUNICANTES



Una revista de traducción.....7-9

Seis traductores a escena

ESTHER BENITEZ, CLARA JANES, CATALINA MARTÍNEZ

MIGUEL SAENZ, ANGEL VEGA Y J. EDUARDO ZUÑIGA,

coordinados por

RAMON

SANCHEZ _____ 10-30

El dialecto de la tribu

HARRY MATHEWS.....33-39

Hacia una recalificación del perfil del traductor

MIGUEL ANGEL VEGA.....41-51

Sobre la teoría de la traducción

VÍCTOR SANCHEZ ZABALA.....53-66

Encuentro-Intercambio-Cosecha

FRANCISCO J. URIZ.....67-69

Críticas, desahogos y reflexiones

sobre textos trasladados.....70-72

Libros

Después de Babel.....74-75

Nuestros idiomas: Comparables e incomparables.....75-76

Manual de traducción.....76-77

Revistas

Paremia.....77-78

Segunda edición de los talleres de traducción.....79



PRESENTACION

Seguramente hacía ya tiempo que existían las condiciones precisas para el surgimiento de esta revista. El aval de los ya largos años de ejercicio, la nada despreciable nómina de traductores literarios que se han ido agrupando en el seno de nuestra

Una revista de traducción

asociación, el ejercicio en múltiples terrenos en la promoción y defensa de los traductores y su actividad, convertían casi en una exigencia que la Sección Autónoma de Traductores de Libros de la ACE dispusiera de un medio de expresión que trascendiera la dimensión y limitaciones de sus circulares y boletines internos. Era posible y necesaria una revista que permitiera un tratamiento debido, en amplitud y complejidad, de los problemas, siempre relegados a estrechos círculos, del mundo profesional de la traducción. Seguramente se les había ocurrido a muchos antes, en la época

de los satélites no es probable que queden muchos mediterráneos por descubrir, pero fue en el seno de una peculiar tertulia ya extinta, que se reunía en cierto café madrileño durante el año 1992, cuando el proyecto apareció, entre otras ambiciones igualmente disparatadas, como una alternativa próxima, casi material, en todo caso como un atractivo reto. De entonces acá todo, excepto la precariedad y los abundantes obstáculos a que ella da lugar, ha venido justificando la bondad de aquel designio. Ahora, por fin, salvados los impedimentos y sometida por el momento aquella maldita agorera, la revista es ya casi un hecho. Es un decir: este primer número no es sino una aproximación, una entrega inicial de lo que quisiéramos que fuera la revista que tenéis en las manos. Pedimos indulgencia por sus limitaciones, pero sobre todo reclamamos participación para mejo-

PRESEN



Quisiéramos servir de medio para que la inevitable soledad en que se desarrolla nuestro trabajo no se constituya en una barrera infranqueable para el intercambio de ideas entre sus practicantes.

”

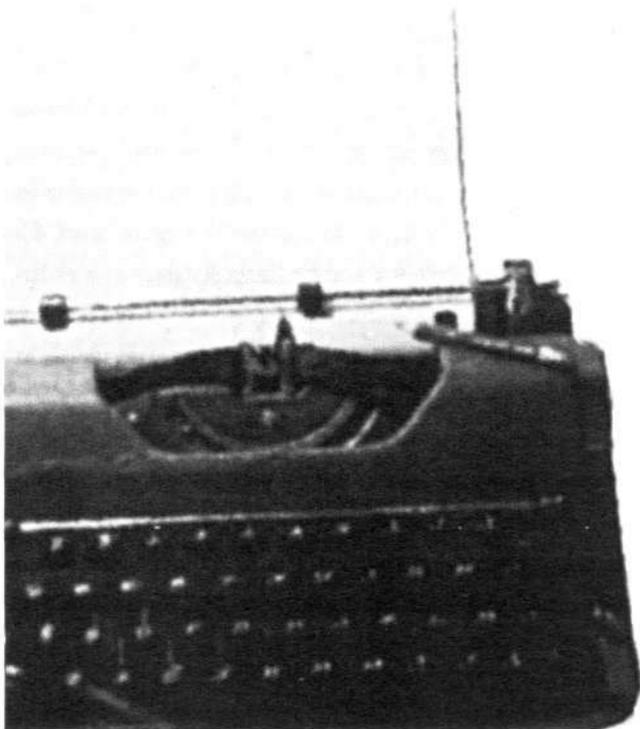
arla. Quisiéramos servir de medio para que la inevitable soledad en que se desarrolla nuestro trabajo no se constituya en una barrera infranqueable para el intercambio de ideas entre sus practicantes. Discutir los propios problemas es un probable síntoma de madurez de cualquier colectividad o, al menos, un vehículo para alcanzarla. Y hacerlo en letra impresa todo un lujo para quienes nos las habemos a diario con las lenguas escritas. Con sobrada razón nos lamentamos los traductores de

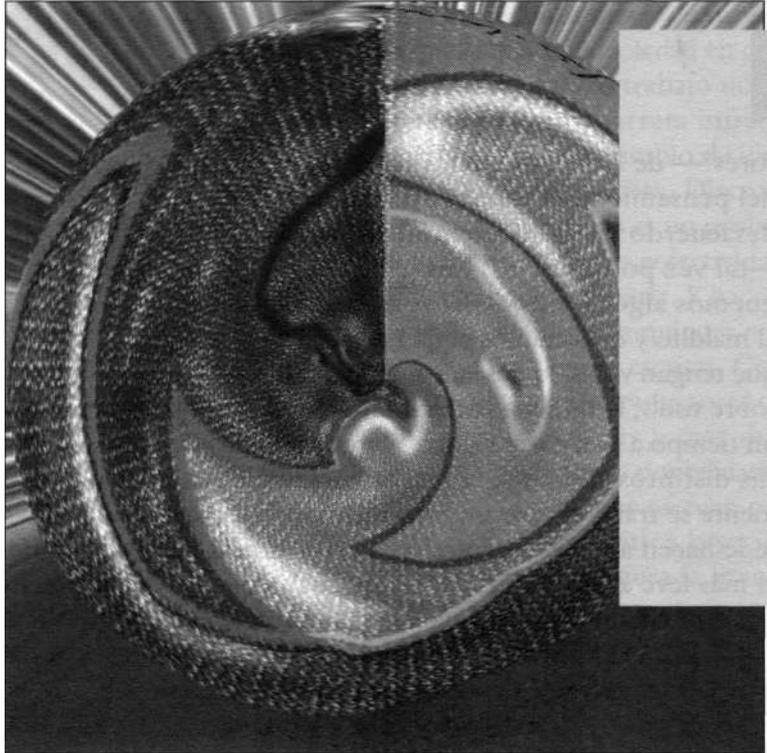
las escasas y más que deficientes posibilidades que se nos ofrecen para transmitir a la sociedad, siquiera la literaria, que es en la que aspiramos a movernos, las condiciones y principios en que se funda nuestro trabajo, para romper el muro de silencio de los suplementos y revistas literarias, replicar a tal crítica que consideramos injusta o desmesurada y hasta para encontrar el medio de transmitir nuestra experiencia o nuestra opinión e incluso, por qué no, ver trasladado al papel un texto para el que nunca encontramos

editor... Todo eso, y hasta más, aspiramos a lograr. Y, como nos distingue casi tanto la tozudez como la ilusión, seguiremos intentándolo. Otro rasgo nos gustaría que distinguiera a esta revista: la pluralidad. El nuestro, como todos, es un mundo dispar y complejo; sabemos —¡somos traduc-

I
tores!— de la irreductible singularidad del pensamiento y no nos asustan ni el desacuerdo ni la disidencia; amamos —tal vez porque todos nosotros alberguemos algo de ellos— al segregado y al maldito y quisiéramos empeñarnos en que tengan voz si lo desean, aun cuando, sobre todo, la utilicen para manifestar su discrepancia con lo que otros decimos. De un tiempo a esta parte vienen apareciendo diversas revistas relativas a la traducción en sus distintos aspectos, la mayor parte de ellas en el ámbito académico; probablemente se trate, el caso nuestro incluido, de una lógica respuesta a las exigencias que se le hacen a nuestra profesión a estas alturas del siglo. Saludamos el fenómeno sin el más leve afán de rivalidad: cada cual tiene su objeto preciso y su sitio y entre todos contribuiremos desde los ámbitos respectivos a elevar la consideración social de nuestra actividad imprescindible. VASOS COMUNICANTES se esforzará en aportar la visión y la experiencia del traductor literario profesional.

TRANSLACION





Se trataba casi de una declaración de principios, de una demostración de intenciones: estrenar nuestra revista dando la palabra a algunos de los que deberán ser sus protagonistas a uno y otro lado del papel y lo son ya en el mundo de la traducción. Tratamos de elegir entre los mejores, o entre los más dispuestos, o entre los más experimentados, encumbrados, significativos... El caso es que los escogimos a ellos -sobraban las razones para hacerlo, como hubiese ocurrido con muchos otros- y dijeron que sí. Nos reunimos en torno a una mesa y recogimos dos buenas horas de conversación en torno a ciertos problemas relativos a nuestra actividad que están a nuestro juicio en candelerio. El resultado, convenientemente expurgado, es lo que sigue. Creemos que ha sido interesante y esperamos que también parezca estimulante a los colegas, provocador. Las diferencias, si quereis, podrían dar lugar a polémica y colaboración; entonces estaríamos acercándonos a la segunda parte de nuestro propósito: que ésta comience a ser la revista de los traductores profesionales y sirva de caja de resonancia para sus opiniones -las de cada uno que quiera expresarse- y tal vez para algunos de sus problemas. En todo caso, aquí están las palabras de nuestros seis colegas.

m e s a r e d o n d a

mesa

**ESTHER BENITEZ, CLARA JANES, CATALINA MARTINEZ, MIGUEL SAENZ,
MIGUEL ANGEL VEGA y J. EDUARDO ZUÑIGA. Coordina, RAMON SANCHEZ.**

SEIS traductores a escena

RAMON SANCHEZ: ES esta una mesa redonda para hablar de la traducción, de su estado y vicisitudes, y del futuro, si es que lo tiene, de acuerdo con como lo pensamos cada uno.

En cuanto al procedimiento, voy a intentar enunciar y poner sobre la mesa diversos temas que tenemos premeditados y a partir de ahí podremos establecer cierta forma de diálogo. No se trata de que plantee interrogantes que debáis contestar uno por uno.

Ya os conocéis todos. De modo que sobran las presentaciones. La

composición de la mesa permitirá, al menos eso espero, un contraste entre la visión de las personas que ya son muy experimentadas o consagradas y las que no lo son, porque llevan poco tiempo en el oficio, o porque les cuesta penetrar en el olimpo de los dioses...

Bien, para empezar, la primera cuestión que lanzo, evidentemente a los veteranos, es ésta: ¿Cómo se hace o cómo se hacía un traductor? Ahora, según parece, se hacen algunos en ciertas facultades y escuelas, aunque no existe demasiada confianza en el método. De modo que:

Traductores escena 6 Redon

¿Cómo se hace un traductor? ¿Por amor a la literatura, por casualidad, por dinero, por decisión pragmática? Podríamos empezar por vuestros propios casos.

ESTHER BENITEZ: En mi caso, por puro azar. Esto es, cuando yo empecé a traducir, fue en el año 66 ó 67, no existía ningún tipo de for-

Muchos años antes, cuando estaba aún en la facultad, devolví sin hacer mi primera traducción, un texto de teología que me mandaron de *Taurus*, diciendo: "Tú que sabes un poco de italiano ¿por qué no traduces ésto?" Entonces leí aquel texto, ni recuerdo el autor, y lo devolví a *Taurus* diciendo: "Queridos, no en-

mación universitaria, y aunque la hubiera quizás no habría acudido a ella. Tenía la formación típica que se puede exigir a un traductor, una licenciatura, o mejor dicho dos: en filología románica y filología italiana. Empecé a trabajar en la enseñanza, pero la enseñanza a niños de bachillerato no me divertía mucho; entré luego en una editorial como responsable de colecciones y, corrigiendo otras traducciones, revisando el trabajo ajeno, comencé a darme cuenta de que aquello era bonito hacerlo bien y entonces, por puro azar, empecé a traducir.

tiendo nada de lo que pone este texto, o sea, que no lo traduzco." Pero vamos, en mi caso fue el azar.

Después, cuando ya empiezas a trabajar, te entra el gusanillo. Evidentemente se daba el supuesto de amor a la literatura del que hablabas, pero en mi caso el comienzo fue por pura casualidad, porque era un trabajo que me divertía, que vi o me empezaron a decir que hacía bien y así empecé.

CLARA JANES: Mi caso es un poco distinto. Yo empecé a traducir movida por un impulso, por un instinto de conocer bien una obra y de

darla a conocer. Empecé con una novela, *Martín el náufrago*, de Golling, muchos años antes de que le dieran el Nobel, por supuesto; me gustó muchísimo, pensé que aquí no se conocía a este autor, lo propuse y milagrosamente lo aceptaron. Entonces me metí en eso, sabiendo insuficiente inglés para una obra tan

da

difícil, y fue una pelea bestial para llegar a buscar todo el sentido de la obra. Más que una traducción era casi una meditación continua sobre la obra, pero me mereció muchísimo la pena. Fue tan grande el esfuerzo que esto lo olvidé casi, pero luego de nuevo el descubrimiento y el impulso de entrar dentro de una obra y de darla a conocer hizo que, al descubrir al poeta checo Holan, me pusiera a estudiar el checo para leerlo y para traducirlo y ahí empecé una batalla bastante feroz, porque era un poeta difícilísimo. Todos los checos con los que entré en con-

tacto decían que era completamente intraducible, los mismos checos lo tenían que leer con diccionario; pero, en fin, estudié lo suficiente, de modo que no era tan fiero el león como lo pintaban y además me encontré con que, conociendo a Holan, cuando yo le preguntaba algo me decía: Invente usted. Entonces yo, con este aval, ya me sentí mucho más segura y seguí por este camino.

R. SANCHEZ: ¿Que pasó para que reincidieras, qué es lo que sucede en ese punto?

C. JANES: Sucede que me interesa mucho, que me meto dentro de la obra y, claro, lo que me interesa es la poesía. Pero esto hace que me sienta todavía muy *amateur*, aunque llevo casi treinta años trabajando, porque sé que el tiempo que empleo, económicamente no me reporta, porque si me tengo que poner a aprender una lengua para traducir a un poeta... y ahora estoy haciendo un disparate parecido: he empezado a traducir la poesía de Rumi y he empezado a estudiar el persa, lo cual no sé donde me llevará. Pero es un impulso de descubrimiento y de dar a conocer a los demás algo que no se conoce y que creo que merece la pena, y luego el riesgo... quizás en ese aspecto soy bastante nietzschiana, me gusta vivir en peligro y eso es un riesgo tremendo. Son cosas que sabes que nunca acabarás de abarcar porque, verdaderamente, si leyendo un texto en tu propia lengua nunca llegas a saber todo lo que ha querido decir el autor, si lo haces con lenguas que conoces medianamente, aun-

6 traductores a escena

que las vayas aprendiendo, llegar a dominarlas es muy difícil, es un riesgo y, sin embargo, tengo la certeza de que sale algo muy positivo. Por eso sigo adelante.

JUAN EDUARDO ZUÑIGA: NO fue así mi caso al comenzar. Yo estudiaba francés con bastante asiduidad y debía jactarme mucho, porque un amigo, que estaba en una editorial, me dijo: Mira, con los conocimientos que tienes de francés, deberías traducir. Y yo traduje nada menos que a Taine, la introducción a su *Historia de la literatura inglesa*, que es un texto programático, y esa fue mi primera traducción, digamos, seria. Anteriormente había hecho de poesía, por la cual sigo siempre seducido y, en realidad, no puedo hablar de que haya traducido prosa, he traducido muy poca prosa, las escasas traducciones que he hecho han sido de poesía, me interesa mucho... Pero este consejo que ha dado Holan a nuestra amiga Clara la verdad es que a mí me da mucho miedo; yo creo que en poesía es muy peligroso inventar, porque entonces existe el peligro de que, si el traductor es imaginativo o maneja el idioma y le gusta utilizar sus propios recursos, puede influir en el texto original y modificarlo. No soy partidario de ese tipo de traducción en la poesía.

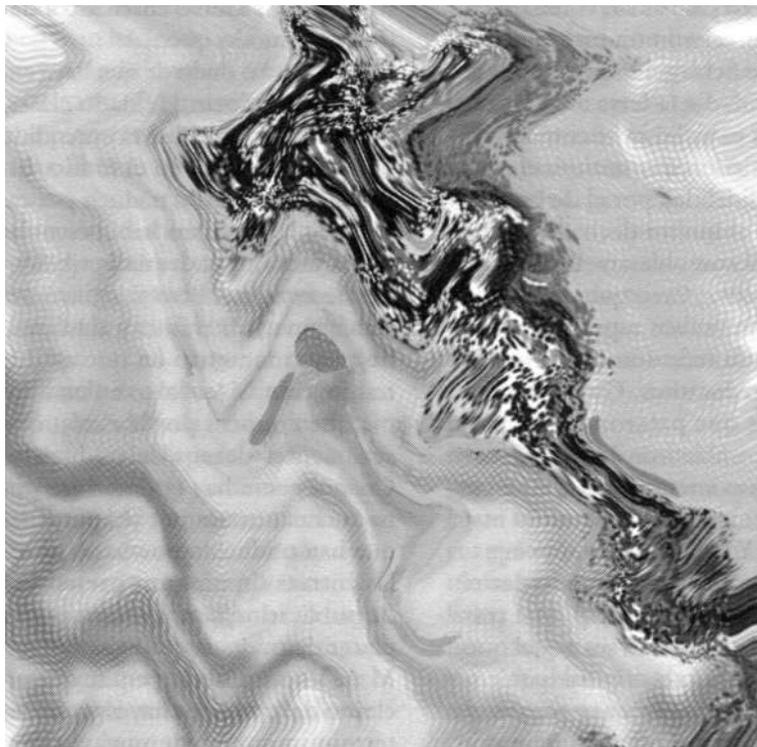
C. JANES: Holan me dijo esto a propósito de las palabras que él inventaba, que eran bastantes, pues la lengua checa se presta a la invención. Lo cierto es que hay que inventar con fidelidad, desde dentro, eso es...

E. ZUÑIGA: La gran tarea es conservar todas las palabras, incluso de-

fender el orden de las palabras en la construcción de la frase, en la construcción del verso...

CATALINA MARTÍNEZ: Esa es la gran diferencia entre el autor y el traductor. El autor puede crear con absoluta libertad mientras que el traductor tiene que atenerse fielmente a lo que ya está dicho. Y realmente nuestro campo de acción está bastante limitado por ese texto original. C. JANES: Pero en poesía no puedes mantener fidelidad al orden de las palabras, porque si tú sabes cómo haces un poema, que es una cosa tan compleja y en la cual estás calculando justamente el orden para elegir tu final y es tan importante, yo creo que al traducir tienes justamente que hacer el mismo cálculo y, si necesitas variar el orden de las palabras, lo varías para que el efecto final sea el mismo, si puedes, que tenía el poema. A mí me está pasando ahora con esta traducción de Rumi, que me lo han traducido todo, digamos, fonéticamente y yo sé muy bien, porque he aprendido un poco de persa..., yo sé muy bien lo que está haciendo Rumi con las palabras y con los conceptos; entonces, es importantísimo poder conseguir lo mismo, pero es tan complejo, porque él juega continuamente con los sonidos, con las palabras..., y si lo consigues al final en la traducción es fabuloso; pero, a veces, claro, no puedes mantener el orden exacto, aunque puedes conseguir una cosa análoga. Ya es mucho.

E. ZUÑIGA: Efectivamente, el orden es muy difícil, pero, por ejemplo, la conservación de las palabras... Yo creo que el poeta, cuando elige una



palabra, es que la carga de significado. Muchas veces en las traducciones vemos que se prescinde de palabras fundamentales, de palabras que nosotros conocemos cuando nos sabemos de memoria un poema y que las hemos saboreado, y luego vemos que en la traducción han desaparecido, si comparamos la traducción con el original. Esto para mí es un error de traducción.

MIGUEL ANGEL VEGA: Se trata de integrar, digamos, ese aprendizaje de la traducción y ese innatismo traductor. No recuerdo literalmente la frase de García Lorca que dice que uno es poeta por la gracia de Dios y por el esfuerzo propio. Yo creo que una cosa parecida se podría apli-

car a la traducción. Se puede ser traductor por inspiración, por voluntarismo, por simpatía con el texto, pero sobre esa simpatía, sobre esa afición se puede montar también un saber hacer, el aprendizaje y uso de ciertas técnicas traductológicas, el desarrollo de una estética traductora, una experiencia textual... Creo que en esto estribaría la ciencia de la traducción. Ninguna de las dos posturas es excluyente, ambas serían válidas, la que afirma que el traductor nace y la que afirma que se hace. Y la tercera también: nace y se mejora.

R. SANCHEZ: A propósito, ¿cómo te metiste en este mundo...?

M.A. VEGA: YO comencé por ca-

6 traductores a escena

sualidad. La casualidad consistió en que me ofrecieron traducir una antología de Schlegel imponiéndome una fidelidad a la letra a ultranza. Sobre esa casualidad intenté levantar una reflexión que sustituía el concepto de fidelidad por el de lealtad, al decir y al querer decir, del texto y... fue así como desarrollé un gusto por la cosa. Creo que de la conjunción de ambos aspectos, la casualidad y la reflexión, pueden salir buenos traductores. Casi todos los escritores que pasaron por la traducción combinaron ambas. En todo caso uno intenta o debe intentar ser buen traductor. Eso es lo importante. Y me parece no sólo injusto, sino también aventurado decir: "¡Qué mala traducción!" Mal traductor tal vez sólo lo sea aquel que no ha entendido el original o quien, sin darse cuenta, atenta contra el propio idioma. Quien conscientemente no lo respeta, está, conforme a la teoría orteguiana, en su derecho. Ensanchar los límites del propio idioma, si se hace conscientemente, es una opción en traducción. Pero... volviendo al tema: yo entré en el ramo por una casualidad, la casualidad de muchos otros traductores. Un día te ofrecen una traducción y te dicen: "¿Te atreves a traducir esto?" No me atrevo, pero voy a intentarlo. Y así se acaba en la traducción.

MIGUEL SAENZ: YO creo que hemos mezclado muchos temas; por un lado el de cómo hemos llegado a traducir, otro podría ser si se puede enseñar a traducir, otro el problema de la traducción de poesía, que es un mundo...

M.A. VEGA: TÚ has enseñado a traducir, de modo que...

M. SAENZ: YO dudo de que haya enseñado a traducir. He dado clases, pero no sé si nadie habrá entendido nada... Creo que, en el fondo, todos hemos llegado a traducir por casualidad, porque no había escuelas de traducción, no había posibilidades de formarse. Pero si alguien tiene afición a la literatura y al idioma, llega un momento en que quiere transmitirlo. Si lees algo en un idioma que conoces por la razón que sea, sientes deseos de traducirlo. Cuánta gente hay que traduce por nada. Encuentras por ahí personas que han traducido poemas o novelas enteras sin ninguna pretensión de publicarlos, simplemente por el placer de traducir.

M.A. VEGA: Cabría pensar que en el sino del traductor hay algo de determinismo, algo de suerte o desgracia que da con sus huesos en la traducción. Posiblemente al nacer esté ya dirigido, temperamentamente orientado hacia el uso de la palabra...

M. SAENZ: Quizá nosotros separamos demasiado lo que es escribir una obra propia de lo que es traducir. En el Este, el propio Holan, Brodski y todos esos poetas traducen continuamente. No hacen tanta diferencia entre cuando crean desde cero y cuando crean a partir de. Quizá sea el Romanticismo, con la potenciación del genio, del autor, el que trae la idea de originalidad, pero antes del XIX los escritores robaban argumentos, empezando por Shakespeare ¿no?, tomaban lo que les parecía y no distinguían muy bien

cuándo estaban traduciendo, cuándo estaban haciendo una nueva versión y cuándo estaban creando.

R. SANCHEZ: Es un asunto que conviene plantear, en esta casa en particular. Esta es una asociación profesional e interesa, al hablar de la traducción, discutir sobre si somos profesionales o somos, en alguna medida, intelectuales; creadores con la lengua o no. O bien qué hay de las dos cosas, si es que se trata de una mezcla de ambas... En todo caso -Catalina debería hablar de su caso ahora-, yo he llegado por esa misma vía que habeis mencionado a la traducción. De repente, como resultado de una serie de factores ajenos a la escritura, aprendo una determinada lengua, conozco una determinada literatura y me digo: Esto tengo que ponerlo en mi lengua, comunicarlo. Y a partir de ese hecho me hago traductor...

CATALINA MARTÍNEZ: NO, no, mi caso es completamente distinto al vuestro. Cuando yo me encontré en el momento de iniciar unos estudios universitarios sí existían ya las escuelas de traducción, o sea que yo entré aquí con premeditación y alevosía, puede decirse, aunque también por lo mismo que Clara, por un impulso y un gran interés por la traducción y un agradecimiento profundo a los traductores que durante muchos años me habían permitido leer obras que no habría podido leer de otra forma. Siempre me había parecido una cosa fascinante. De todas formas, después de haber pasado por una escuela de traductores, creo que la traducción no se puede enseñar. Se pueden esta-

blecer ciertas pautas, se puede ofrecer una formación lingüística sólida, no sólo en lo referente al idioma, pues se supone que ya hay que saberlo cuando se entra en estas escuelas, sino estrictamente lingüística, que me parece fundamental para nuestra profesión. Pero difícilmente se puede enseñar a traducir, un traductor es casi como un poeta, tiene que nacer traductor, aunque luego se vaya formando y vaya mejorando en el ejercicio de su profesión.

M.A. VEGA: Mi actitud ha sido un poco integradora y creo que ambas cosas son posibles, que primero naces y después te haces, si no, el genio es bruto, y el genio hay que pulirlo, hay que someterlo a unas normas, a unas leyes, a unas reglas y eso se obtiene..., da lo mismo que sea en una universidad, en una escuela o en un centro como éste.

E. BENITEZ: LO que pasa es que hay una cosa que al menos yo tengo muy clara, esto es: si yo tuviera ahora dieciocho años y las ideas que tengo, cosa que es imposible..., no me matricularía en una EUTI, ni posiblemente en una facultad de traducción a la que entrara directamente desde el bachillerato. Haría una licenciatura en arquitectura, en letras, en derecho, en lo que fuera, y después... El vuestro, el de la EULMT, es un modelo que, en general, todas las asociaciones de traductores literarios cuando nos reunimos recomendamos, esto es, una formación seria en lo que sea, una formación universitaria, o la formación muy completa que alguien puede adquirir como autodidacta...

6 traductores a escena

M.A.VEGA: Estoy completamente de acuerdo.

M. SAENZ: YO no estoy de acuerdo. Nadie nace traductor. Lo primero que adquieres y aprendes es tu idioma, en tu familia o luego. De manera que nadie nace traductor, como nadie nace escritor. Lo primero que tiene que poseer un escritor es su propio idioma.

C. MARTÍNEZ: SÍ, pero hay un impulso, una disposición natural, una sensibilidad especial para la lengua que no todo el mundo tiene.

M. SAENZ: Que proviene de tu ambiente familiar, de si en tu casa había libros o no...

¿Y no se puede enseñar a traducir? Bueno, depende. La traducción es un arte y una técnica; la técnica se aprende. ¿Se puede enseñar a pintar? Claro que sí: no se aprende a ser Goya, pero hay una técnica que se aprende. A lo mejor puedes aprenderla por ti mismo, pero es más largo y más difícil; y si tienes un buen profesor, te puede acortar muchos caminos y enseñarte muchas cosas que ni sospechas. Otra historia es saber si las escuelas de traducción que hay son buenas, pero ése es otro problema.

E. BENITEZ: YO aprendí muchísimo revisando traducciones ajenas, al lado de una persona como Marcial Suárez, que era el jefe de redacción en la editorial donde yo era secretaria de redacción, y que tenía un gran genio del idioma, estoy hablando del castellano. Entonces, es fundamental alguien que está todo el día señalándote posibilidades del castellano para solucionar la casuística de la traducción. La barrera es

la persona que carece de sensibilidad para el castellano, esa es la barrera fundamental. Muchas veces me llegan gentes que me piden que les eche una ojeada a una traducción, que quieren empezar a traducir o llevan algún tiempo haciéndolo, yo les digo que me traduzcan un texto brevísimo —tampoco estoy para ver un libro entero—, y por lo que hacen en cuatro páginas puedo saber si esa persona mejorará alguna vez o no. Porque la persona que no sabe, que no conoce el castellano, que no lo domina, que no sabe darle la vuelta a una frase, que tiene unas estructuras rígidas en su castellano, por mucho que le enseñes...

M. SAENZ: Incluso eso se aprende, ¿cuantos escritores ha habido que eran analfabetos a los dieciséis o diecisiete años?

C. JANES: Se puede aprender. Quiero abundar en eso que dice Esther, porque yo, como más he aprendido ha sido consultando todas mis dificultades, sobre todo en prosa, tremendas, con Rosa Chacel. Las soluciones que me daba ella eran tan bestiales que sólo apuntar todo aquello ya era un curso de traducción. Y no es que ella se haya dedicado a traducir, sólo alguna vez... Cuando trabajaba en Marguerite Duras todo se lo consultaba a ella, cada día, y me quedaba alucinada. Ahí de verdad vi qué manera de emplear el castellano tenía —traducía del francés—; de modo que es importante el dominio de la propia lengua, y disponer de un contraste así, de alguien que la conozca muy bien. M. A. VEGA: Yo diría que el aprender a traducir traduciendo, *learning*

by doing, hay que completarlo también con el *learning by learning*, si se me permite. No sé si es exacta la expresión en inglés. Es decir, aprender a traducir traduciendo, pero también aprender a traducir pensando, reflexionando. Y ese "reflexionando" lo hago sinónimo de ir a una escuela, la que sea.

C. MARTÍNEZ: Sí, pero esa reflexión es posterior al trabajo.

R. SANCHEZ Concretando en ese sentido, parece que el defecto fundamental de las escuelas de traducción existentes consiste en que dan muy poca formación en la propia lengua a los alumnos...

C. MARTÍNEZ: Sí, sobre todo que, por lo menos en las que yo he conocido hasta ahora, no sé si ha cambiado la modalidad de acceso, no se pedía una prueba de traducción, simplemente se pedían conocimientos del idioma, se pedía una prueba de idioma. Es lo que dice Esther, en un texto de cuatro páginas tú ves perfectamente si una persona es apta o no para traducir, independientemente de que luego pueda mejorar.

M.A. VEGA: En la nuestra, y tú lo sabes, Miguel, se exige un examen de español o de capacidad de expresión en la propia lengua —la lengua A que se llama ahora, no se por qué—, y eso como condición para después poder desarrollar el curriculum. Sí que tienes razón en el sentido de que el plan de estudios aprobado por el Ministerio de Educación para las futuras licenciaturas exige un montón de créditos dedicados al primer ciclo, sólo contempla seis créditos troncales, es decir, sesenta ho-

ras de clase de español referidas al propio idioma. ¡Eso es escandaloso! En un conjunto que, hablo de memoria, pueden ser doscientas o trescientas horas... que sólo esas sesenta se dediquen al español, es escandaloso.

M. SAENZ: ES que quizás habría que plantearse si una escuela de traducción tiene que enseñar el español u otros idiomas, es decir, si no habría que darlos por supuestos antes de empezar las clases. No es una escuela de idiomas.

M.A. VEGA: Estoy de acuerdo, pero me estoy refiriendo al primer ciclo, donde se supone que ingresan desde el bachillerato. De lo contrario hay que suponerlo. La Universidad está haciendo básicamente lo que antes hacía el bachillerato, y el bachillerato lo que antes hacía la EGB, y la EGB se dedica a llevar a los niños a granjas, etc., pero lo cierto es que hay una despreocupación por el propio idioma absolutamente escandalosa. Se puede llegar al segundo ciclo, es decir, a tercero, cuarto o quinto curso de facultad y sólo haber dedicado, teóricamente, sesenta horas de clase a reflexionar sobre el propio idioma, eso es lo triste.

C. JANES: ES muy importante: una de las cosas que uno aprende al traducir es su propia lengua, o sea que, dentro de lo que fuera enseñar traducción, estarías enseñando siempre tu propia lengua. Creo que es fundamental. No es que no tengas que conocerla ya, sino que profundizas muchísimo más. Porque uno la sabe más o menos automáticamente, por más que estudie...; al contrastar con la forma de expre-

6 traductores a escena

sar en otro idioma vas profundizando en la forma de expresar en el tuyo. Esto es lo importante.

M. A. VEGA: Con relación a la traducción, se han ensayado o se están ensayando dos sistemas. Hasta el 30 de septiembre de 1991 existían las EUTI y existían los terceros ciclos; terceros ciclos a los que llegaban personas con una carrera previa que aportaban —a mi parecer, el factor más definitivo en el saber hacer del traductor— madurez. Y no me refiero sólo a la biológica, aunque también a ella. Aportaban, sobre todo, la madurez que proporcionan unos conocimientos profesionales previos. Ese tercer ciclo posibilitaba que sobre una persona madura se montasen unas capacidades, unas destrezas, unas técnicas de traducción, modulación, trasposición... Yo creo que eso era y es positivo. Ahora, coger a un alumno que ha acabado el BUP, el COU, con diecisiete o dieciocho años, y obligarle a enfrentarse a la tarea tan grave, tan solemne de ser el depositario de la cultura literaria del propio país —citándome al caso del traductor literario—, a mí eso me parece exagerado. Y por eso estoy en contra de este tipo de formación de traductores: al muchacho que entra directamente del BUP a primero de una facultad de traducción, se le da una serie de asignaturas que producen, fundamentalmente, una acumulación de conocimientos teóricos. Esas asignaturas no proporcionan saber práctico; acaba con ocho o diezmil horas de clase encima pero sin haber conseguido ese saber largo, ancho y profundo que puede dar

la experiencia, que más o menos todos tenemos fundada en el intento, en el error y el intentarlo otra vez...

C. MARTINEZ: YO me he dado cuenta de los problemas del trabajo de traducción después de años de dedicarme a ello, cuando llevaba tres o cuatro años trabajando como profesional en la traducción; pero cuando presentaba un texto a un profesor, un texto de una página tomado al azar de una novela, yo no era capaz de ver... para empezar porque estaba fuera del contexto y así no eres capaz de ver los problemas que tiene la traducción de una novela global, eso no lo haces hasta que empiezas a trabajar, hasta que entras en el mercado de trabajo abiertamente.

M. SAENZ: YO estoy contigo en que quizá no se pueda enseñar a traducir, pero, desde luego, se puede aprender, eso está claro y se puede aprender sólo traduciendo...

C. MARTÍNEZ: Como lo habeis aprendido todos vosotros.

M. SAENZ: Se aprende con la práctica, es decir, se aprende la técnica. Pero en un taller, con un mismo texto y diez personas dando soluciones, se puede aprender mucho. Yo, cuando más aprendí a traducir fue cuando era traductor en las Naciones Unidas y había un señor que revisaba mis traducciones y luego me pasaba mi traducción revisada y yo le decía: "Oye, ¿por qué has cambiado este 'sin embargo' por 'no obstante'?" "Porque me da la gana y porque es mi traducción y soy yo el responsable". "Ah, muy bien. ¿Y aquí?" "Mira, eso te lo he cambiado porque es una barbaridad y

no quiere decir tal cosa en inglés, sino tal otra". "Ah, muy bien." Y a lo mejor eso lo hubiese descubierto yo solo al cabo de dos meses, pero en un momento lo aprendía. Y a la inversa, cuando tú revisas traducciones de otros aprendes muchísimo, porque de repente estás viendo la traducción y dices: "¡Qué bruto, fíjate lo que ha puesto!", o bien: "Esto no se me hubiera ocurrido en la vida, qué solución más buena para algo que yo he estado buscando!". Aprendes muchísimo. Lo mismo que cuando eres jurado de algún premio y cotejas traducciones. Aprendes. Y aprendes no sólo de las traducciones buenas sino también de las malas. ¡De modo que sí que se aprende...! ¿Y por qué no se puede hacer eso en una escuela? Además, hay una parte de la enseñanza muy importante, que son una serie de virtudes, digamos, morales, como por ejemplo el rigor; como por ejemplo la precisión; como por ejemplo la honestidad. Cuando un traductor se encuentra con algo que no sabe y que le va a costar mucho tiempo averiguar, no puede poner cualquier cosa y seguir adelante; y eso se puede enseñar en una escuela. Un traductor tiene que tener cierto carácter, y ese carácter se puede formar; dar conciencia de que traducir es una profesión seria y de que vale la pena hacerlo bien.

M. A. VEGA: Una ventaja que veo que dan estas instituciones es la obtención por parte del alumno de una estética, no tanto de una teoría de la traducción como de una estética de la traducción. Personalmente distinguo o me gusta distinguir entre

teoría de la traducción, estética de la traducción y filosofía de la traducción.

R. SANCHEZ: Con eso nos acercamos también al problema de la consideración social del traductor. Al contrario que el escritor...

M. SAENZ: ¿Está bien considerado el escritor en España? Yo creo que no. Están bien considerados tres o cuatro porque son famosos o por otras razones... La verdad es que eso de la consideración social es muy relativo. Somos muy quejicas los traductores. Y quizá nuestro nivel económico no nos permite tampoco ser muy importantes, no sé.

M. A. VEGA: YO creo que el traductor tiene de hecho, no de derecho, un grado de "autoridad", participada de la del autor, por supuesto, bastante considerable. Y eso debería hacerse socialmente efectivo. ¿Por qué los editores no dejan expresarse al traductor? Algo que deberíais lograr las asociaciones profesionales de traductores es que toda traducción fuera precedida de un prólogo, en el que el traductor explicase sus criterios, sus problemas, etc. Cosa que se ha hecho a lo largo de la historia de la traducción. Si se coge, por ejemplo, *La Iliada* de Madame Dacier, uno se encuentra con un centenar de páginas en las que quien habla es la traductora y no Homero. Y esos prólogos son los que constituyen precisamente la teoría de la traducción clásica. Creo que es muy importante que el traductor, en su "autoridad", se explique, se defienda, que después lloverán sobre él los palos. Además me gustaría decir que a esa falta de prestigio contribuimos

6 traductores a escena

de manera decisiva los traductores cuando nos dedicamos a dar palos a los colegas. Los palos que da Esther... y los que recibe cuando traduce han hecho correr tinta impresa. La mayoría de los traductores hacen su trabajo con honradez y, consiguientemente, el lector y, sobre todo, el colega, no pueden ir a por él y ponerle como un trapo si no se le oye. Los traductores somos culpables de la falta de prestigio por las críticas que dirigimos a nuestros colegas. Es chocante que el traductor sólo salga a la luz pública cuando supuestamente es muy bueno o muy malo. Si no se tiene acceso a los medios, el traductor criticado no tiene opción a réplica. Y eso es injusto.

M. SAENZ: El de la crítica es otro problema. Lo que pasa es que, normalmente, no hay crítica, ése es el problema.

E. BENITEZ: El crítico no conoce el idioma, empieza por no disponer del original para cotejarlo, lo único que tiene es el castellano y si el castellano le suena bien, cuela. Porque yo conozco algún traductor que escribe un castellano maravilloso pero que en el cotejo deja mucho que desear. Eso todos lo conocemos. Al crítico se le paga muy poco. Si a eso le tienes que añadir aunque sea unas cuantas calas en la traducción, eso representa un trabajo que no compensa. Los críticos se limitan entonces al estereotipo: "una excelente versión de...", "una cuidada traducción de...", y puede ser una traducción horrorosa, horrorosa dentro de los límites de que un buen traductor no hace traduc-

ciones horrosas, pero todos sabemos que un libro que has hecho forzando la máquina no te ha quedado tan bien como otro que has podido revisar al cabo de los dos meses o al cabo del mes... son estereotipos. O bien se fijan en la evidencia de un destrozo en castellano y entonces dicen: "una horrorosa traducción". Son las dos cosas, no hay más en la crítica normal. Entonces, la única manera de hacer crítica es en revistas especializadas. Por otra parte, la crítica no debería consistir únicamente en descubrir los defectos sino también las virtudes, es decir, en una valoración de la traducción...

M.A. VEGA: Desde luego, en el círculo de traductores hacemos crítica comparando versiones, por ejemplo, comparando la que se ha hecho al francés y la que se ha hecho al español, pero eso tampoco es muy justo desde el momento en que al traductor no se le da la opción a defenderse, a explicar su postura, desde qué estética está traduciendo. Puede haber sido muy consciente de que el texto podría haberse traducido de veinte maneras, pero ha elegido una. Por favor, déjenle que la defienda.

E. BENITEZ: Pero eso exige un trabajo ímprobo... Incluso para una revista especializada es muy complicado hacer una crítica de una traducción, porque tú sabes que la única manera de hacer una crítica en serio de una traducción es empezar por la primera página y terminar en la última. Porque muchas opciones que te encuentras en la página cincuenta vienen determinadas por la

primera decisión que has tomado en la página quince. Si abres por la página cincuenta puedes decir: ¿por qué ha traducido aquí esto por esto?

R. SANCHEZ: YO ejerzo, más diría de comentarista literario que de crítico porque, la verdad, lo que se hace en los suplementos literarios y en las revistas no es crítica literaria en sentido estricto, pero sí comentario de los libros. El hecho es que cuando empezaba, como soy traductor, me lo tomaba muy en serio e intentaba en cada novela o libro traducido abordar el asunto de la traducción: imposible. Como no puedes expresarlo, como no puedes desarrollarlo, porque no existe espacio natural para ello en ese órgano, no te queda más remedio que recurrir a lo que, de hecho, se acaba convirtiendo en un sistema: cuando la traducción te parece muy, muy buena, dices que está muy bien la traducción; y cuando has encontrado demasiadas barrabasadas que te chirrían, rechazas la traducción. Pero como regla general no se dice nada.

M. SAENZ: Ese es el problema de la crítica... Primero, el crítico normalmente no sabe idiomas; segundo, cuando sabe el idioma que sea, no tiene el original; y tercero, en condiciones normales quien podría hacer una crítica de la traducción es un traductor, y el traductor está completamente condicionado porque, o es amigo, o es compañero, o es enemigo. En cualquiera de los casos no puede hacer una crítica con libertad, como podría hacer un crítico literario.

C. MARTINEZ: Pero habría que romper esa dinámica, porque esa sería realmente la única forma de que mejorara la calidad de las traducciones, que existiese la crítica a la traducción y la autocrítica del propio traductor, que existiese la posibilidad, como decía Miguel Angel, de exponer cuáles han sido los criterios que te han llevado a tomar una opción u otra.

M.A. VEGA: Catalina lo ha dicho: autocrítica. Yo me acuerdo cuando tú, Miguel, explicaste en la Universidad tu traducción de Günter Grass: a mí se me abrieron no sólo muchas claves del texto de Günter Grass, sino muchas claves de tu traducción.

M. SAENZ: La autocrítica no es crítica, es excusas. Yo no creo mucho en la autocrítica. Hombre, está bien, es un elemento más que puede quedar bien en un prólogo. Y los prólogos me parecen bien, sobre todo en las traducciones de clásicos; pero con una salvedad, y es cuando alguien escribe un prólogo diciendo: "todas las traducciones existentes hasta ahora de este texto son malísimas...". Entonces hay que echarse a temblar, porque lo que viene suele ser peor.

C. JANES: Porque traducir y sobre todo traducir poesía es un ejercicio de humildad continuo. La de veces que a mí me han dicho: No esperes que lea yo tus traducciones, porque la poesía es intraducible; y te quedas... difunta.

M.A. VEGA: Por eso digo, Miguel, que el vicio está en los mismos traductores. El traductor debería tener una cierta empatía con el colega, de-

6 traductores a escena

bería ser un samaritano, tener una actitud irénica. Al traducir se interpreta, y la interpretación es múltiple: que el lector escoja entre el abanico de traducciones, que escoja la que le gusta, la que va con su modo de ser.

M. SAENZ: Miguel Angel, estás en un plano muy idealista. El problema real no suele ser que el traductor haya elegido entre las distintas traducciones posibles. Es que hay traducciones que son auténticamente para querellarse, porque son una estafa. En las novelas que se publican todos los días hay barbaridades como puños.

C. MARTÍNEZ: Pero eso ocurre, entre otras cosas por descuido de los propios editores.

M.A. VEGA: Yo pienso que muchas de esas traducciones que a nosotros, en seco, nos parecen malas, están pidiendo a gritos un careo con el propio traductor: "¿por qué has traducido así y no de la otra manera?" Recuerdo, Miguel, que cuando tú explicaste tu traducción de Grass, en concreto, los diferentes niveles diacrónicos de lengua que tú habías intentado reproducir, me quedaron claras cuestiones que antes habría juzgado negativamente. Es posible que alguien, sin tener esa clave interpretativa del traductor, coja esa traducción tuya y... quizás en tu caso no, porque tienes una inmejorable y justificada fama, pero otro menos afamado hace lo mismo y recibe un varapalo. Recientemente tenemos el caso de la traducción del *Finnegan's Wake*...

R. SANCHEZ: YO puedo aportar otro ejemplo. Cierta editorial francesa,

dueña de los derechos de cierto autor, quiso expulsarme de la traducción, es decir, pretendía que los libros se tradujeran del francés, porque mis versiones castellanas, en efecto, no decían lo mismo que las versiones francesas. Y eso porque yo intentaba ajustarme más al texto albanés, respetar más los diferentes niveles léxicos que encontraba en el texto albanés.

C. JANES: YO también tuve una pelea por el libro que traduje, el primero de Hrabal, con los de *Península*, porque yo seguía el estilo de él, un estilo que violenta totalmente la gramática, páginas y páginas sin puntos. Pues, bueno, tuve que escribir dos o tres páginas explicándoles cada cosa que había hecho y al final me las aceptaron todas, pero lo que pasé yo entre tanto...

R. SANCHEZ: YO tuve la suerte de tener un editor que dijo: "no hay discusión... Esto se traduce del albanés porque lo demás es una aberración..." Pero yo entiendo que ese editor no es la norma. En el ámbito editorial actual hubiese sido bastante normal que, efectivamente, ese señor hubiera renunciado, porque además le cuestó más caro, por lógica, que un traductor de francés.

M. SAENZ: Volviendo a la crítica, tendría que ser una revista como ésta que se está intentando hacer donde encontrara cabida... una revista para un público directamente interesado.

R. SANCHEZ: Sin embargo, quisiera plantear el problema también desde otro ángulo: ¿tenemos posibilidades como colectivo de, después de las conquistas obtenidas, que son

evidentes, influir más en la consideración del trabajo de traducción? ¿tenemos posibilidad de llegar más a los suplementos literarios, a las revistas literarias, de influir más en ese terreno?

E. BENITEZ: El problema es el de siempre; constantemente a ti, como a mí, como a todos vosotros, nos están llamando todos los días: que *La Vanguardia* hace cuatro páginas sobre la traducción: te preguntan tropecientas cosas, extractan lo que les da la gana y salen dos páginas sobre traducción. Y luego vuelta a empezar, ya no es *La Vanguardia*, sino *El Norte de Castilla*. Quiero decir, que en ese sentido hemos avanzado mucho, porque hace años salía una cosa sobre traducción de Pascuas a Ramos. Luego está, por otra parte, la licenciatura de traducción e interpretación, también nos llaman crecientemente. No intervenimos para nada en los estudios ordinarios, pero sí en unas conferencias, una charla, un taller... se están dirigiendo crecientemente a los profesionales. En ese sentido yo creo que tenemos posibilidades, evidentemente. Si constituimos un colectivo equis, un colectivo de traductores que reflexiona sobre problemas de traducción y escribe artículos... al final tendremos que escribir artículos de ciento veinte líneas para publicarlos en prensa diaria.

M. A. VEGA: ¿Por qué no vais a escribir en revistas especializadas? Eso es lo que yo me pregunto. Yo creo que el lingüista que no se ha puesto "bajo la advocación de San Jerónimo", utilizando la frase de Larbaud, no tiene ningún valor. Es

decir, prefiero la experiencia del traductor de a pie, de base, que me está iluminando con su experiencia del texto, con sus procedimientos para solventar ciertos problemas; en mi opinión es más válido eso, y eso es lo que deberíais también reivindicar poco a poco ante la Universidad y ante las instancias oportunas. Es decir, vosotros, los profesionales, deberíais haber sido convocados a la hora de trazar una licenciatura de traducción. Ya no puede ser, porque ya se ha trazado. En la elaboración de ese plan de estudios se debería haber tenido en cuenta la opinión de los profesionales y de las asociaciones profesionales tanto como la de los filólogos y lingüistas que hacen lingüística aplicada y contrastiva... en teoría. La traducción es eso y mucho más.

M. SAENZ: El problema de por qué el traductor no escribe más en revistas consiste en que no tiene tiempo. Si ya tiene que trabajar como un negro para subsistir, y encima se pone a escribir artículos que le pueden llevar tres o cuatro meses de investigación... En los suplementos literarios, si dices muchas cosas en la reseña de un libro sobre la traducción, cuando tienen que quitar cinco líneas, quitan las cinco líneas dedicadas a la traducción.

R. SANCHEZ: NO quiero pecar de oportunista, pero esta revista pretende precisamente contribuir a eso. A que exista la posibilidad de discusión de que hablábamos antes. Que un traductor pueda exponer de qué manera ha traducido un texto determinado y por qué. Creo que debemos abrir en esa revista una sec-

6 traductores a escena

ción de crítica, de crítica entendida en el sentido que precisábamos antes: el análisis de traducciones importantes. Claro, esto va a exigir, sin duda, un esfuerzo...

E. ZUÑIGA: Yo quería decir que esas críticas tienen un problema para el lector, y es la servidumbre de que forzosamente hay que recurrir a los ejemplos. Es la misma dificultad que me encuentro cuando se me dice que hable sobre la teoría de la traducción, a lo cual yo me niego, porque para mí la teoría de la traducción se basa mucho en ejemplos, en la práctica. Y yo no sé si una crítica en donde se recurre a esta exposición minuciosa, detallada, la va a aguantar el lector.

M. SAENZ: Sí en una revista dirigida básicamente a los traductores.

R. SANCHEZ: Esta revista, salvo pequeñas excepciones, no va a salir del ámbito de los traductores, en primer lugar, más algún que otro crítico literario, algún escritor interesado, dispuesto a perder un rato de su tiempo en esto, y probablemente algún editor también interesado que le echará un vistazo. No mucho más; sin embargo yo creo que sí tiene valor en cuanto que ofrecerá la posibilidad de crear un ámbito en el que discutir.

M. SAENZ: Además, esa revista se puede nutrir del Instituto de Lenguas Modernas y Traductores. Hay gente joven que escribe cosas muy publicables, gente que tiene que hacer ese tipo de trabajos para sus estudios.

M.A. VEGA: La ventaja que tiene la traducción en este momento es que

está despertando un interés puramente cultural y no crematístico: muchos de los que van al Instituto lo hacen por puro interés por la traducción. Y, efectivamente, hacen cosas realmente muy valiosas. De todas maneras yo quisiera también recuperar al traductor para la Universidad. Tú hablas de una crítica especializada, para el profesional y demás, pero sin que esta revista suponga una alternativa a la revista erudita de la Universidad. Entre ambos tiene que haber una cierta osmosis.

R. SANCHEZ: Habrá que recoger el guante... El último tema que quería plantear es más profesional. Imagino que la mayoría de vosotros habeis conocido épocas muy distintas en cuanto a la relación con los editores. Después de la aprobación de la Ley de Propiedad Intelectual las cosas parecen haber cambiado bastante, no sólo a efectos del reconocimiento formal de los derechos. Lo que quiero plantear es una discusión un tanto vidriosa pero importante: ¿que es lo que determina la relación de respeto con una editorial: la Ley, es decir, el texto jurídico aprobado o, en vuestro caso, los años de ejercicio, las garantías de calidad? Hay muchos colegas que están trabajando todavía como si no se hubiese firmado esa Ley. Con tarifas vergonzosas, sin contratos, es muy probable que una parte de ellos sean los que hacen traducciones innobles, pero no necesariamente es así. De modo que ¿cómo habeis visto ese desarrollo y qué factores están actuando ahí?

E. BENITEZ: Para mí no ha cambiado prácticamente nada en relación con el editor, con Ley o sin Ley. Es decir, sin Ley yo ya había renunciado a traducir autores vivos porque había determinadas editoriales que no me pagaban derechos; con la Ley he vuelto a traducir a determinados autores vivos porque ya no tenían más remedio que pagarme derechos; nunca he traducido sin contrato. Yo siempre he sido muy dura en la negociación, eso va en caracteres y, por lo tanto, mis relaciones con los editores siempre han sido cordiales, porque cuando no lo eran no volvía a traducir para esa editorial. Para mí no ha cambiado absolutamente nada... Ahora, lo que sí me parece es que la Ley nos da pie para seguirla, de ahí la comisión de seguimiento, para hacer que se cumpla, porque hay muchos casos, como tú dices, en que no se cumple. La burla esa de proponer un tanto alzado para una primera edición entre cinco y cien mil ejemplares es una tomadura de pelo...

M. SAENZ: Sí han cambiado cosas, es decir, las editoriales, por lo menos, se han mentalizado un poco, en el sentido de que ahora saben que la traducción no es suya, que es del traductor. Aunque la Ley se ha quedado muy coja y tiene una serie de deficiencias tremendas, por ejemplo lo que tú decías: se puede vender por una suma global la primera edición, pero si esa primera edición es de cien mil ejemplares, resulta una estafa. Los porcentajes de autor: yo creo que no cobro porcentajes de casi nadie, salvo por los clásicos, y, en realidad debes siem-

pre dinero a las editoriales. Creo también que es un problema de capacidad de negociación, o de carácter para negociar, y yo soy muy mal negociador. La gente se cree que a mí me pagan mejor; pero me pagan igual porque se dan cuenta de que me interesa traducir lo que me ofrecen y se aprovechan. Por ejemplo, en el momento de firmar el contrato nunca me acuerdo de decir que en lugar de dos ejemplares —es ridículo que te den dos ejemplares— pongan diez. De todas formas, la Ley necesita un reglamento que diga: el porcentaje mínimo de derechos de autor será 1,5 ó 2,5 y si los derechos del autor original están caducados, será como mínimo del 6 por ciento. Eso es lo que le falta, un desarrollo concreto.

E. BENITEZ: NO solamente es eso, tendríamos que tener una especie de pequeño prontuario para uso de traductores a la hora de firmar un contrato porque, efectivamente, los editores no podrían ceder lo que no es suyo si en el contrato no pusiera que los derechos subsidiarios lo son. Recordarás, por ejemplo, que *Alfaguara*, en aquellos contratos maravillosos que nos hacía al principio, hablaba que en caso de cesión de derechos, la editorial —cuando estaba Jaime Salinas— prácticamente actuaba como un agente, se quedaba con el 10 por ciento y el 90 por ciento era para ti. Hoy ya es un buen trato tener mitad y mitad, cuando realmente la traducción es tuya; pero vamos, en cualquier caso lo que sí está claro es que, si tú no quieres, no pueden ceder tú traducción al *Círculo* o para una utilización sub-

6 traductores a escena

sidiaria. Yo concretamente paré la publicación en el *Círculo de Nuestros antepasados*, de Calvino, porque me ofrecían una cantidad que me pareció ridícula. Y dije: "no, no quiero", y entonces *Alianza* no lo ha cedido al *Círculo*, de lo cual me alegro, porque así sigo recibiendo derechos más substanciosos de *Alianza* que si el libro entrara en el *Círculo*. Aunque ellos juran que no tienen nada que ver, sólo lo creo en parte: el público es distinto, pero sólo en parte, porque hay mucha gente de la que compra libros que se hace del *Círculo* porque tiene los libros más baratos. Lo importante es, pues, que exista una Ley que les obliga a respetar determinados derechos. El problema es que en este mundo nuestro hay que ser pesadísimo y leerle los contratos y donde pone dos ejemplares de autor ponerles diez, y donde pone que les cedas tu representación ante CEDRO, tacharlo, etc. O sea, estar muy encima de los contratos, y, bueno, yo quizás por deformación profesional lo hago desde siempre, cada vez que me mandan un contrato lo devuelvo con correcciones para que lo retoquen.

M. SAENZ: Normalmente el traductor firma lo que le ponen delante y no sabe ni lo que está haciendo.

R. SANCHEZ: Y lo que negocia es el tanto alzado, el anticipo, en todo caso.

M. SAENZ: Ni siquiera tiene capacidad de negociación. Le dicen: mil doscientas la página o mil cuatrocientas, o mil ochocientas en casos superprivilegiados... Para mí es un

fraude de Ley clarísimo el que la Ley reconozca unos derechos de autor al traductor y el 99 por ciento de los traductores jamás cobren un porcentaje, esa es la realidad.

E. BENITEZ: La Ley no está mal, lo que hay que hacer es llenar los huequitos, los puntos suspensivos de la Ley, con un código de usos aplicable en todos los casos. Y por supuesto, trabajar en las comisiones de seguimiento, que, por cierto, este año no se han reunido ninguna vez —esa es otra cosa en la que hay que volver a insistir al Ministerio de Cultura, para que las reúna planteando todos estos problemas—.

M. SAENZ: Según mi experiencia, es mucho más fácil que te inviten a comer en una editorial que conseguir que te paguen cien pesetas más por folio.

E. BENITEZ: ESO por supuesto. Se gastan en una comida treinta mil pesetas tan contentos, pero luego darte cien duros más...

R. SANCHEZ: Al plantear el tema, mi intención era no sólo abordar lo que estamos tratando que, desde luego, es muy interesante, sino también vincularlo con el problema de la calidad de las traducciones. En concreto, ¿qué relación existe entre tarifas indignas y malas traducciones?

E. BENITEZ: NO puede existir ninguna. Si te ves forzado —única excusa, el hambre— a aceptar una tarifa indigna, lo que no puedes hacer es traducir mal; quizás lo harás descuidadamente, pero traducir mal, si no eres un mal traductor, no puedes hacerlo. Yo he conocido a algu-

no que entregaba libros sin un capítulo para vengarse del editor.

R. SANCHEZ: Y yo conozco a algún traductor, me lo ha confesado recientemente, que traduce muy bien y es un gran profesional con muchos años de ejercicio, que confiesa haberse inventado en ciertos momentos páginas enteras para cobrar más.

E. BENITEZ: ¿Más por folio? Bueno, hay en eso algún ilustre precedente: Enrique Díaz Canedo en su traducción de Maupassant, de los *Cuentos*, que debe de ser de los años treinta, la que publicó *Aguilar* en las *Obras Completas*, introducía párrafos de su cosecha. Primero, cortaba los párrafos largos de Maupassant, los tasa-jeaba para que abultaran más y luego metía párrafos suyos. A mí me trajo loca, estaba preparando una edición, y al ir a traducir el cuento *Deux amis* tenía una duda (todavía no había salido el último tomo de la *Pleiade* de Louis Forestier); fui a la traducción de Díaz Canedo, que por otra parte era excelente, y veo que hay un párrafo que dice: "El capitán se retrepó en la silla, se retorció los bigotes, dio una chupada a la pipa, miró fijamente a los dos paisanos y dijo..." Ese párrafo no aparecía en mi edición... Pero el caso es que no puedes traducir mal a propósito.

M. SAENZ: Podrían ser mejores las traducciones si se pagasen mejor, pero no exponencialmente mejores.

E. BENITEZ: Errores de lectura, evidentemente; si no tienes tiempo para revisar una traducción con calma, volviendo a cotejar con el original, se dan errores de lectura; una frase que te has saltado, eso puede ocurrir, pero lo que no puede ocurrir es

traducir mal porque te pagan poco.

R. SANCHEZ: A ver si nos entendemos: a mi juicio, cuanto peores traducciones se hagan, más argumentos tendrán los editores para rebajar nuestros honorarios y menos consideración tendremos entre el público que se fija en la calidad de las traducciones. Dados los hábitos del país, los traductores tienen muy pocas posibilidades de conectar con el lector, de establecer con él una cierta complicidad, de manera que se castiguen las malas traducciones, que se castigue a las editoriales que contratan malas traducciones...

C. MARTÍNEZ: De todas formas ésa, por ejemplo, es una de las lagunas de la Ley. La Ley dice en cierto párrafo que no debe existir una desproporción manifiesta entre los ingresos del editor y lo que percibe el traductor, y la desproporción es más que manifiesta. Sin embargo no podemos hacer nada...

E. BENITEZ: Es el artículo 42, creo, es el caso del tanto alzado, una cláusula correctora al pago por tanto alzado y habla de manifiesta desproporción. Efectivamente, nosotros hemos propuesto que se utilice esa cláusula, pero lo que ocurre es que necesitamos un caso ejemplar. Yo, por ejemplo, no puedo brindar ese caso porque nunca he tenido ese problema; a ver si alguien me firma un tanto alzado y se produce la manifiesta desproporción... Yo, por ejemplo, los clásicos casi nunca los he amortizado (salvo Maupassant, creo). Porque los clásicos que hice, Boccaccio para *Alianza*, Manzoni para *Alfaguara*, quizás los amortice un día, pero de momento el antici-

6 traductores a escena

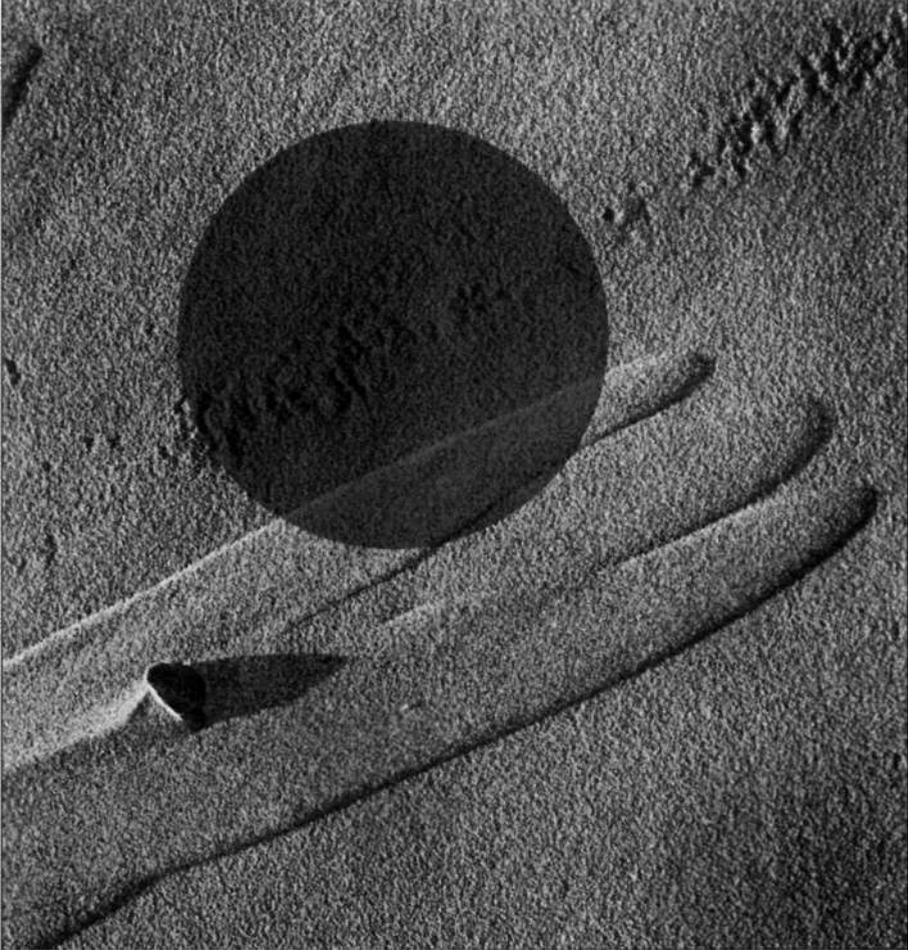
po sigue pendiente. Pero sigo cobrando derechos por *Pinocho*, que fue una de mis primeras traducciones, del año 1972, y todos los años me da veinte mil pesetitas, treinta mil pesetitas, dieciocho mil pesetitas, y cuando lo hice me parece que me pagaron (un día hice las cuentas para una conferencia, precisamente para animar a la gente a exigir derechos), era en el 71 o el 72, unas treinta y dos mil pesetas, que ya era una buena tarifa para la época.

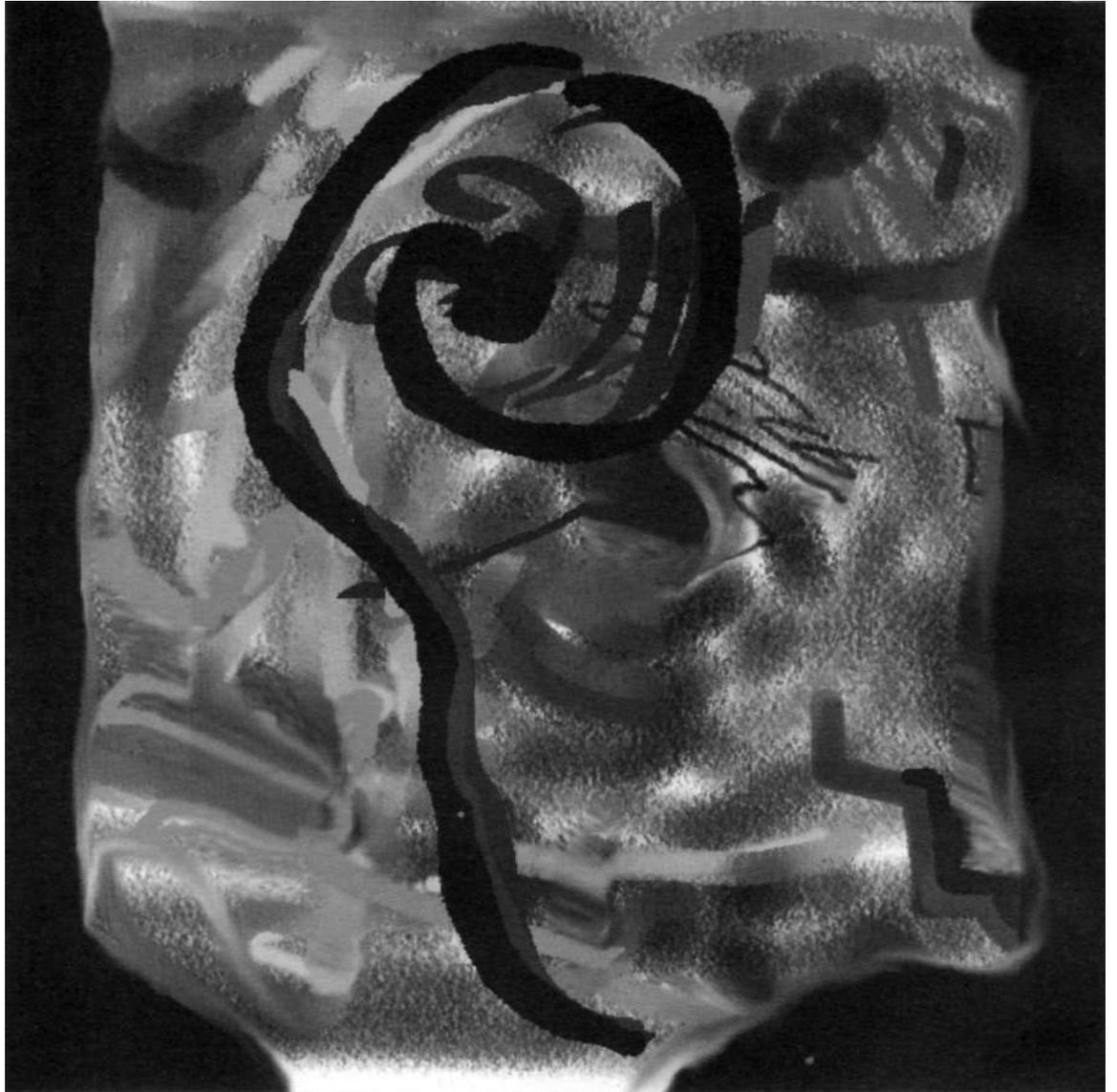
Depende de las editoriales. Yo en general no tengo la sensación de ser engañada, lo que sí tengo es la sensación de que ciertos libros se venden poquísimos. *La sonrisa del ignoto marinero*, de Vincenzo Consolo, por ejemplo, es un libro que me costó un trabajo horroroso, que es difícilísimo, que encima cayó en la época de cambio de manos de *Alfaguara* y me mandaron las pruebas para corregir y lo sacaron sin las correcciones, o sea, un desastre. Bueno, pues Consolo vende como mucho seis ejemplares al año, con lo cual tenemos ahí ejemplares hasta el año

2050. Naturalmente no hay editor que quiera repetir la experiencia. Y Consolo, desconocido cuando yo me enamoré de él, sigue virgen en España. Un día de estos le darán el Nobel, y entonces se traducirá... tarde y mal, por hacerlo a toda prisa.

R. SANCHEZ: Vamos a terminar, y quizás para sistematizar todo esto de los contratos y la Ley de Propiedad Intelectual podríamos remitir a un folleto que enviamos a todos los socios cuando salió la Ley, con consejos prácticos de actuación a la hora de firmar un contrato. Por lo que decís, no lo tenéis muy a mano... Siendo así que podría constituir el punto de partida para el "prontuario" o el "código de usos" de los que hablábais antes. Esperemos que la sugerencia encuentre eco entre los lectores de nuestra flamante revista, que serán en todo caso los propios afectados, si es que conseguimos que lleguen hasta aquí.

Y aquí le ponemos fin a la charla. Gracias a todos y hasta otra oportunidad.





El dialecto de la tribu

HARRY MATHEWS

Una parábola paródica y envenenada

INTRODUCCION de Miguel Martínez-Lage

Harry Mathews (Nueva York, 1930) es autor de cuatro novelas, dos volúmenes de cuentos, cuatro libros de poemas y varios trabajos misceláneos. De toda su obra, en España se ha publicado su última novela, *Cigarrillos* (Barcelona: *Circe*, 1990; traducción de Miguel Martínez-Lage), y un artículo dedicado a la memoria de Georges Perec, novelista francés sobradamente conocido e íntimo amigo suyo.

No es de extrañar que también a Perec esté dedicado el relato que presentamos a continuación, uno de los siete incluidos en *Country Cooking and Other Stories (Providence, R. I.: Burning Deck, 1980)*. Perec ejerció una crucial influencia en la personalidad y en la obra de Harry Mathews, aunque este predicamento pueda con toda justicia leerse también a la inversa. Los dos fueron miembros fundadores del Ou.Li.Po; conviene saber que las obras de Perec que han aparecido en inglés han sido traducidas por Harry Mathews, quien también ha traducido a Raymond Roussel y a Georges Bataille entre otros; viceversa, Mathews ha sido traducido por Perec hasta la muerte de éste, acaecida en 1982.

Así pues, Mathews ha estado a uno y otro lado de la red en ese partido de ping-pong en el que muchas veces cabría cifrar la actividad del traductor por comparación con la del escritor, si se tiene en cuenta que el traductor acaba midiéndose con los mismos problemas y dilemas capitales a que se ha enfrentado el escritor, y en el mismo terreno en que se mueve el propio escritor.

Todo esto salta a la vista en la lectura de esta *boutade* sobre la imposibilidad de la traducción que en clave paródica (y con evidente mala leche) ha escrito Mathews. La narración adopta la forma de una carta que responde a una invitación a contribuir con un texto crítico a uno de esos volúmenes de homenaje que tanto abundan en el medio académico.

Desde el inicio mismo es evidente que estamos ante una descarnada parodia de la lingüística. La carta versa sobre los orígenes de una lengua mítica que habla cierta tribu del norte de Nueva Guinea; en particular, se comenta

el método idóneo para traducir esa lengua a las lenguas de las tribus adyacentes. Así como ese método generaba traducciones que los oyentes no familiarizados con el pagolak podían entender y aceptar sin duda, también les ocultaba el significado original de todas las frases.

Una lengua capaz de ser traducida sin revelar en la traducción el significado original nos hace pensar en algo así como el lenguaje puro, o *ur-sprache*, en términos similares de los del anhelo de los simbolistas, que aspiraban también a la poesía pura. El título del relato recuerda un verso de un poema de Mallarmé, *Le Tombeau d'Edgar Poe*, del cual por cierto procede el título de un volumen de ensayos de otro poeta puro, J. A. Valente: *Donner un sens plus pur aux mots de la tribu*. La lengua sobre la que versa el relato de Mathews se apropia de los atributos de la música, dando a entender que la traducción, lejos de ser el paradigma de toda escritura (o demasiado cerca de serlo), es una actividad desesperanzada, ilusoria, puesto que es imposible transmitir el sentido del original a menos que se repita palabra por palabra el original mismo. Si el significado de esta curiosa lengua jamás puede ser aprehendido mediante la traducción, ello quiere decir que el lenguaje debe de haberse purgado de todo ademán referencial, cumpliendo el sueño de Mallarmé y de Gertrude Stein entre otros. La traducción generada por este método debe ser considerada una suerte de arabesco, una destilación rebajada del original, que no puede aspirar a transmitir otra cosa que no sea un rosario de significantes carentes de significado.

La lengua sobre la que versa el cuento no es meramente una lengua que haya desarrollado en su seno un método único de traducción a otras lenguas, sino que incluye en su propia práctica una conciencia permanente de las propiedades mágicas inherentes al proceso de la traducción.

La conclusión cómica —que no es la única de las que se pueden extraer despiezando el mecanismo de relojería de *El dialecto de la tribu*—es, en primer lugar, que la traducción nunca tendrá un mínimo éxito, y estará condenada al fracaso más obtuso, a menos que opere un sabotaje en el original; en segundo lugar, que la sola idea de una *lengua pura* equivaldría a la mutilación y la desaparición del lenguaje en cuanto tal. *¿Quod erat ad demonstrandum?* La paradoja, caníbal en este caso, viene a devolvernos la confianza a quienes practicamos la traducción. La felicidad que vive el traductor de Peter Handke, en determinados y no pocos momentos, es enteramente compartida yo creo que por cualquier traductor.



El dialecto de la tribu

a Georges Perec

Le agradezco la carta en la que me invita a contribuir con un artículo al *Festschrift* que ha de publicarse en su honor. Nunca he tenido la menor duda de que al traducir sus obras he prestado servicio a nuestras dos culturas, pero debo decir que me halaga la idea de que mi punto de vista sobre la traducción en general sea digno de atención. Me sentiré muy feliz de contribuir al homenaje que mercedamente ha de tributársele a usted, no sólo por el privilegio de colaborar en tan distinguida iniciativa, sino también porque realmente considero que el asunto que se me asigna es verdaderamente capital. Cuanto más vivo, cuanto más escribo, mayor es mi convicción de que la traducción es el paradigma, el modelo ejemplar de toda escritura. Por decirlo de otro modo, la traducción es lo que manifiesta más intensamente el anhelo de transformación que subyace a todo acto en el que participe el habla, supremo don del ser humano. Claro está que no me refiero a que la traducción —al menos, no tal y como yo la practico— tenga precedencia sobre otros modos de la escritura. Muy al contrario, es su propia modestia lo que tan útil la hace. Pero si bien difiere enormemente, en substancia, de la auténtica escritura (como por ejemplo la suya), ésta es tan sólo una diferencia de grado. En tal supuesto podría afirmarse que en tanto en cuanto la auténtica escritura es en efecto un tipo de traducción, el texto de partida sobre el cual opera es un texto infinitamente arduo: nada menos que el universo mismo.

Por pura coincidencia —sólo un intelectual menos dotado que los nuestros lo llamaría accidente—, mientras me escribía usted su carta, estaba yo dedicado a ampliar radicalmente mis conocimientos sobre la tra-

ducción, y verá usted que de un modo tan apropiado como imprevisto.

Había regresado por espacio de diez días tan sólo a *Fitchwinder University* con objeto de proseguir mis indagaciones sobre la controversia bactriana. Nuestra vieja amiga, la señora Maxine Luna, sigue siendo bibliotecaria en esta Universidad; fue ella la que me llamó la atención sobre el inesperado texto que iba a ocuparme y absorberme por entero durante el resto de mi estancia. Era un texto no escrito en bactriano, que ni siquiera trataba sobre Bactria; a decir verdad, bastó para que los bactrianos se me olvidaran por completo. Estaba escrito, de todas las lenguas habidas y por haber, en pagolak, la lengua de una minúscula tribu de los montes del norte de Nueva Guinea; había sido transcrito e incluido en un artículo aparecido en una publicación antropológica australiana, obra de un tal Ernesto Molestiboth, bendito sea. Se titulaba, quizá por indicación del doctor Molestiboth, *Kalo Gap Pagolak*, que significa *mágica transformación del pagolak*. La señora Luna, correctamente, *supuso que podría interesarme*. El texto, me dijo, era una descripción de un método utilizado por la tribu pagolak-hablante para traducir su lengua a los dialectos hablados por las tribus convecinas. Lo más destacable de este método es que, si bien servía para producir traducciones que los oyentes extranjeros podrían entender y aceptar sin problema ni vacilación, también disimulaba a sus oídos el sentido original de todas las frases pronunciadas.

Comprenderá usted sin duda que tan pronto me hube enterado de este comienzo, me fue imposible abstenerme de profundizar. Traducir con éxito pero sin revelar el sentido de lo dicho... ¿cabría mayor paradoja? Además, ¿qué podría tener mayor relevancia? (Y es que ¿hay algo más paradójico que el acto de traducir?). La ingeniosa

señora Luna me había enganchado con su anzuelo. Azuzó mi apetito comentándome que, al parecer, el pagolak era una lengua presuntamente simple, con una serie de estructuras que pude confiar sin llamarme a engaño en que dominaría con relativa rapidez; para guinda, se reafirmó en lo dicho proporcionándome dos diccionarios bilingües de pagolak: uno al inglés, otro al holandés.

La señora Luna no me había mentido: la lengua es, como podrá usted comprobar, sobradamente accesible, de modo que invertí muchas horas en familiarizarme con ella. Hice tales progresos que pude convencerme de que, al cabo de una semana, lograría una traslación al inglés de *Kalo Gap Pagolak*. (No será necesario decir que habría sido usted el primer beneficiario de mi osada empresa). Sin embargo, en toda lengua existe algo más que la suma de sus mecanismos lingüísticos; inherente a la propia configuración del pagolak había algo que mantenía hasta la más tosca traducción más allá de mis posibilidades.

(Los diccionarios resultaron inútiles. Habían sido compilados con propósitos puramente comerciales; su utilidad era arbitraria, mercantilista. El problema, en cualquier caso, no radicaba en ninguna palabra concreta).

A medida que me fui familiarizando con el texto, que era una declaración oral pronunciada por el *abanika* o *jefe palabra-jefe* de la tribu, comencé a preguntarme por qué el doctor Molestiboth no había incluido él mismo una traducción dentro de su artículo. Había realizado el resto del trabajo con un escrúpulo encomiable: su comentario estaba repleto de utilísimas informaciones; era evidente que había transcrito con todo esmero las palabras del hablante. ¿Se habría encontrado también él con algún obstáculo a la hora de *anglicizar* el texto? Cuanto me-

mejor conseguía entender *Kalo Gap Pagolak*, más seguro estaba de que el doctor Molestiboth, como yo mismo, no había tenido más elección que dejar la declaración del *abanika* intacta. Después de todo, ¿tan sorprendente era que una lengua resistiera contumaz los procedimientos ordinarios de traducción, siendo como era capaz de procedimientos de traducción extraordinarios? ¿Podía existir algo más extraordinario que un método que permitiese que las palabras fuesen *comprendidas* por los ajenos a la lengua sin delatar en cambio la sustancia de esas mismas palabras? Ciertamente era que el *abanika* reclamaba por derecho propio el poder de controlar este método personalmente; pese a todo, empecé a darme cuenta de que esa reclamación rayaba en un descabellado absurdo. Y es que no sólo el *abanika* y sus semejantes ostentaban dicho poder: estaba en posesión de todos los miembros de la tribu. El método ni siquiera dependía de una decisión individual, sino que era parte consustancial de la propia lengua. Nadie que hablase pagolak podía sustraerse a ese método. Nadie que se hubiese propuesto penetrar el pagolak podría eludirlo.

En cuestión de pocos días me consideré perfectamente capaz de entender lo que estaba diciendo el *abanika* en su declaración y, a la par, perfectamente incapaz de repetirlo en otros términos, lo mismo daba que fuese inglés, francés o alto bactriano. La declaración del *abanika*, no sé si me explico, era el procedimiento en sí para transformar la lengua, el procedimiento sobre el cual esperaba yo que disertase. No era una descripción del procedimiento, vaya, sino el procedimiento en sí. Y ¿cómo se traduce un procedimiento? Habría que dar cuenta no sólo de las palabras de que consta, sino de los espacios intermedios; algo parecido a un intento por fotografiar el aire invisible bajo las alas que batían en pleno vuelo. Un im-

posible. Todo lo que puede hacerse es describir, sugerir, dar cuenta de las impresiones, de los efectos; eso es lo que el doctor Molestiboth hizo para bien de sus colegas antropólogos. Eso es todo cuanto puedo hacer yo por usted.

De principio a fin, las palabras del *abanika* atañen a los medios diversos que existen para producir el *kalo gap*, el *cambio mágico*, la redirección de la lengua hacia oídos extranjeros de manera tal que a un tiempo aporte la claridad y suprima la acostumbrada *raison d'être* de la traducción, la comunicación de un contenido sustancial. Posiblemente usted y yo sepamos que semejante comunicación no pasa de ser, en el mejor de los casos, hipotética, o puede que imposible; es decir, que la traducción pueda precisamente exorcizar la ilusión de que ese contenido sustancial efectivamente existe... Ahora bien, ¿qué impulsó a una tribu de Nueva Guinea a semejante descubrimiento? ¿Por qué pudo interesar a sus miembros?

Mis preguntas son puramente retóricas: el *abanika* habla sólo de los cómo, y no de los porqués. Permítame que le explique algunos de los vocablos que emplea. La transformación hermética que articula se asocia con la palabra *nalaman*. Dicho con más exactitud, *nalaman* es el resultado final de la transformación, mientras que el medio requerido para lograr ese resultado es *namele*. Como bien puede usted ver o, mejor dicho, oír, si *namele* ha de convertirse en *nalaman*, es preciso que tenga lugar una redistribución de los fonemas. He aquí la primera demostración de la *magia del cambio*, en una de sus formas más simples. Las palabras que representan estos cambios (*kalo gap*) a veces entrañan *namele* y a veces *nalaman*, en función de que se invoque el fin o los medios.

Bien, pues si *kalo gap* se encarna *velis nolis*, de grado o por fuerza, en el acto de hablar pagolak, la conciencia de que así sea es

algo que hay que aprender. Los varones jóvenes aprenden esta conciencia durante su iniciación a la virilidad, o *nuselek*. El doctor Molestiboth, que sobrellevó el rito iniciático (*nanmana*) con objeto de ser testigo y tomar buena nota del mismo, dice que el dolor y la privación hacen de los iniciados sujetos sumamente receptivos, de modo que se apropian y dominan el *namele* con celeridad. El meollo de la instrucción (*afanu*) es *sitokap utu sisi*. Esta es una frase que aproximadamente deja la impresión de *reacomodar las palabras en [los propios] huevos*: parece sobradamente adecuado que, después que los jovencitos emerjan del *afanu* mediante *sitokap utu sisi* y se adentren en *nuselek* y en sus privilegios subsiguientes de *wusi* y *aban metse*, se jacten de haber emergido de la mocedad (mejor dicho: de *ser mozos*) como emergen las aves acuáticas de los huevos (*utopani inul ekasese nuselek ne sami sisinam*) —Santo Dios, ¡no significa eso!—, aunque tal vez pueda usted intuir cómo *tokkele* (no *palabras*, sino *esas palabras*) revierten a su *sisi* para rebrotar y emerger en formas inesperadas, irreconocibles. ¿O no?

Sitokap utu sisi—esto es algo que de ninguna manera sorprenderá a quien esté familiarizado con los antiguos misterios, con la Cábala o con la lingüística transformacional—: *sitokap utu sisi* requiere *sutu* (no podría llamarse muerte; puede que moribundez, o lo moribundible...), *narakaviri* (como el fuego, como lo que arde: fuego como lo que arde) y *kot* (no sólo mierda, sino más bien la vida que tumultuosamente brota en enjambres de las bostas en los trópicos, o las palabras que mejor transmitan ese efecto). La clave está en *narakaviri*. El *abanika* esto es algo que deja ensordecedoramente claro al desgañitarse exclamando una y otra y otra vez *nuselek ka namele nanmana nalaman nanasiluvo narakaviri*; es evidente que está, por lo demás, haciendo una broma má-

gica, un juego de palabras, mágico por la repetición encantatoria del *na* inicial, y cómico porque identifica la iniciación de los jóvenes (*nanmana*) con la transformación de la lengua a la que se han sometido (*namele*). *Narakaviri ne se eleman* indica de nuevo el papel primordial del fuego-que-se-que-ma-al-arder, aunque *sutu* y *kot* no se olvidan nunca del todo. (Ejemplos: *umanisi suta kalasaviri nekkolim* y *tuku kot, kot kotavan*). Pero el momento del *narakaviri* es el momento supremo, sobre todo para nosotros, quiero decir para usted y para mí, escritor y traductor. *Nusu tese alukan*, podría usted decir, claro (aunque ellos no dirían tal cosa, no se diría así en *nalaman*, toda vez que *alukan* es un vocablo extranjero, espúreo, que significa *oro*).

Bien, querido colega y compañero, hágame el favor de contemplar en profundidad estos dos breves pasajes en pagolak. Ambos apuntan al *narakaviri*, a este momento crítico en *namele*. El primero representa el camino que asciende hacia él (*pakanu*) y el segundo el que desciende de él (*plot*). Se puede ingresar en estos pasajes. Lo que propongo no es razonable, no es irracional. Lo que propongo es ingresar por ambos pasajes. No son necesarios más conocimientos. Su conciencia es idéntica a la tarea que ha de afrontar. Esta es una tarea a la altura de las circunstancias: al igual que toda tarea correctamente realizada, conduce a la revelación. Atraviese (como hice yo) el primer pasaje de punta a cabo para pasar al segundo, conviértase en la metamorfosis corpórea que inspira este movimiento, y habrá realizado un gran embate adelante en su *afanu*. Después caminaremos juntos a la luz del *nuselek*.

Lo que debe prestar es atención. Ha de estar absolutamente dispuesto a prestar toda la atención que sea necesaria. Más aún: ha de ampliar su atención hasta configurar

**El meollo de la instrucción
(afanu) es sitokap utu sisi. Esta
es una frase que
aproximadamente deja la
impresión de *reacomodar las
palabras en [los propios] huevos:*
parece sobradamente adecuado
que, después que los
jovenzanos emerjan del *afanu*
mediante sitokap utu sisi y se
adentren en *nuselek* y en sus
privilegios subsiguientes de *wusi*
y *aban metse*, se jacten de
haber emergido de la mocedad
(mejor dicho: de *ser mozos*)
como emergen las aves
acuáticas de los huevos (*utopani*
inul ekasese nuselek ne sami
sisinam)**

—Santo Dios, ¡no significa eso!—



un amplio abanico de accesibilidad, ha de estar tan maduro como si le llegara la hora de la muerte, ha de tener la determinación de alcanzar un propósito vastísimo, pero aún desconocido. No piense: no se apure: ¡sea!

Primero, *pakanu*:

Amak esodupelu mukesa dap alemok use dup ulemaka. (Repítase tres veces.)

Por último, *plot*:

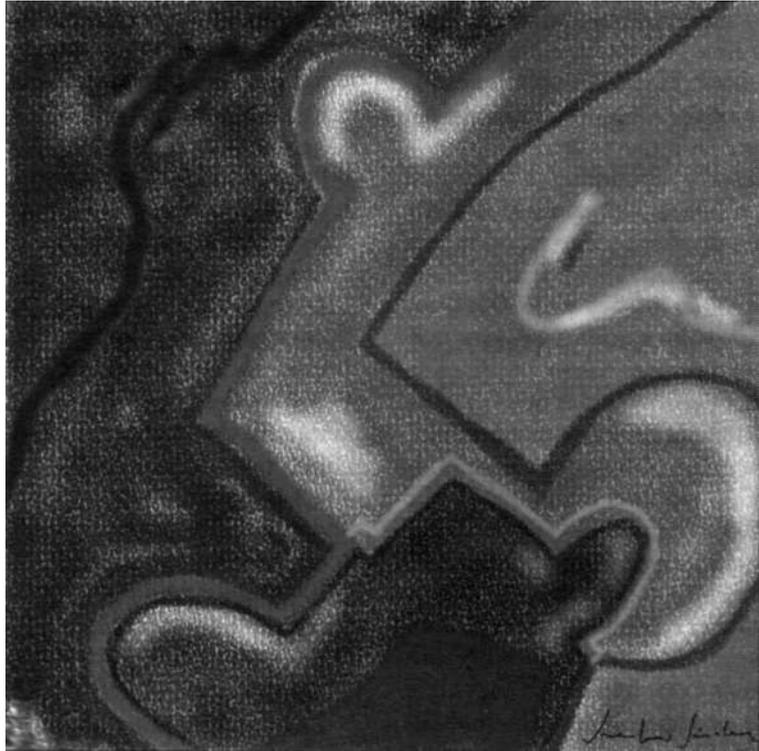
Amak esudupelu moke sadapalemuk use dup olemaka. (Repítase.)

Sugerencias útiles: no se moleste por *amak*, que es un *lan* convencional de apertura, ni con *dup*, que señala el que un acto de habla está a punto de ser *nalaman*. *Mukesa dap alemok* incluye, en un contexto polisémico, el proverbio *Como el jarro, [la boca de] la mujer corcho*, mientras que *moke sadapalemuk* hace referencia, entre otras cosas, a una canción folclórica en la que *impetuoso [el marido] se retira-de-la-vagina*. (Se piensa que las mujeres crean el *namele* de forma natural y espontánea, a la par que el lenguaje; no hará falta en cambio decir que no tienen dominio sobre él, no tienen el poder del *namalan*). De igual manera, en donde *use ulemaka* implica *quemar el campo viejo*, *use olemaka* apunta a *quemar [entiéndase asar] el pescado nuevo*.

Le remito a los dos pasajes una vez más. ¿Se da cuenta de la belleza que entrañan? ¿Comprende qué brillante es el *narakaviri* que colorea el cielo del amanecer? ¡Y qué brillantez ha de tener ese *namele* jamás explicado, o ese *nalaman* jamás comprendido! Escuche: *awa nuselek kot tak nalaman namele Pagolak!* Le prometo robar el libro y hacérselo llegar, de esta mismísima biblioteca: a la señora Luna que la zurzan, ya que no consiente que lo fotocopie. Esto lo haré por usted, se lo juro: ¿qué no haría yo por usted? Y antes incluso de que comparta us-

ted la totalidad de las palabras, usted —*abanikese, abanika esolunava*— podrá compartir conmigo mi *tunaga* (alborozo-que-deviene-alborozo), mi absoluto *nasavuloniputitupinoluvasan*, como reza el fraseo que da a luz, cuando *alemok aporte tupinohi* que algún día ha de llegar a ser *nuselek*. Todo un *alukan* de veintiún quilates para nuestro propio *namele* y nuestro *nalaman*: palabras vertidas en palabras, esquivadas esparcidas y resucitadas en la plenitud de una recreación libre de trabas. Y le prometo también poner manos a la obra en la composición que me pide para su *Festschrift* tan pronto le ponga esta carta en el correo. Entretanto, *nasavuloniputitupinoluvasan!* Y permítame en esta ocasión, en privado entre los dos, añadir unas pocas palabras que brotan de la plenitud de mis facultades mentales y con todo mi corazón, con admiración, con devoción, con amor: *Amak kalo gap eleman nama la n'kat tokkele sunawa setan amnan umanisi sutu pakotisovulisanan unafat up lenumo kona kafe melitolu avanu lo se akina ba nasavulonipotitupinoluvasan (!!) abanika esolunava efaka nok omunel put afanu nanasiluvo sitokap utu sisi namu nanmanates awa nuselek kot tak nalaman namele Pagolak kama.*

Traducción de Miguel Martínez-Lage



Hacia una recalificación del perfil del traductor

MIGUEL ANGEL VEGA

Director del Instituto Universitario de Lenguas Modernas
y Traductores de la Universidad Complutense de Madrid

I. Cuestión de términos, la belleza de lo diverso diferente o el mareo de la perdiz

¿Queda algo por decir acerca de la traducción? Uno tiene la sensación de que esto es el mareo la perdiz, o las perdices, que en este caso son dos: la cosa en sí y el público. O el rizo del rizo. Desde que la confusión de lenguas vino sobre Babel, la traducción es un objeto más de esa babelización que sufre la comunicación humana. Son decenas de millares las entradas bibliográficas que registran las bases de datos en temas de traducción y en ellas se dice de todo y lo contrario: que si la letra, que si el sentido, que si se desverbaliza, se descortica, se amplía, se reduce, se transforma... se habla de teorías situacionales, transformacionales, semánticas, de correspondencias regulares, de equivalencias comunicativas... El día en que los que nos ocupamos del tema nos pongamos de acuerdo, habremos hecho algo para aumentar nuestra capacidad de comprensión humana por encima de las lenguas. Cabe dudar de que alguna vez suceda, e, incluso, de que sea deseable, pues, como decía el taciturno Heráclito, de lo diferente saldrá la bella armonía. Pues ¿qué es, sino una bellísima palinodia, toda esa diversa calificación de la realidad comunicación a través

de las lenguas que ya en su denominación incluye términos, si no dispares, sí distintos, como *transiate*, traducir, verter, volcar, *traduire*, *rendre*, *Uebersetzen* (=transponer), *dolmetschen* (=interpretar), o *verdeutschen* (=germanizar), que quería el padre de la lengua alemana? Y si esto hay con relación a la realidad, ¿qué no habrá con relación al conocimiento que trata de sistematizarla?: Traductología, *Translation's Studies*, Teoría de la Traducción, *Uebersetzungswissenschaft*, *Translationslinguistik*, Translémica, Lingüística aplicada a la traducción... Dilthey con su teoría de las ciencias del espíritu nos curó en salud y razón tienen los terminólogos al distinguir entre ciencias blandas y ciencias duras, pues, además de guardarse las espaldas cuando el invento les falla —y lo hace frecuentemente—, están expresando lo terminológicamente escurridizo de este y otros asuntos. Y no sólo en sus términos, pues más allá de la confusión de los términos, está la confusión de las realidades que los sostienen. Si no, intenten contestar a esta simple pregunta: ¿qué sucede cuando se traduce, es decir, cuando se produce la comunicación humana a través de dos sistemas de signos lingüísticos distintos: se comparan exclusivamente los signos de esos sistemas, el sistema de reales o, tal vez, los universos cul-

turales de estos signos? Las respuestas que se dan y las que se han dado al respecto son de lo más dispar.

¿Qué pensaría ese flamante bachiller tipo, José Pérez García, que, con legítimas intenciones de labrarse un futuro, se llega a las aulas pretendiendo convertirse en neófito de ese rito iniciático que es la traducción, si supiera que en su pretensión de ganarse el pan en los organismos de la CEE tendrá que vérselas con actos de transferencia cultural o que le espera la ardua tarea de aplicar enrevesados conceptos lingüísticos a algo que él mismo hace intuitivamente cuando sirve de intérprete entre su *liaison* de turno venida allende los Pirineos, y el cabeza de su familia, por ejemplo? No digamos nada si se percatara de que va a ser tarea suya la de convertirse en depositario y celador de ese acervo literario del mundo, que, a través de la traducción, ha construido esa *Weltliteratur* que pone en nuestras manos a Goethe o a Shakespeare y en las de Goethe el *Quijote* o *Don Juan*.

2. El tren llegó puntual es una novela de Bill

Pues bien, resulta que esa realidad múltiple y terminológicamente diversa que es la traducción, se mete en un cajón de sastre... y ya está: ropa vieja. Un día, el 30 de septiembre del 91, aparece en el BOE un real decreto en el que se establece un nuevo plan de estudios bajo el flamante título de Licenciatura en Traducción e Interpretación, que crea unas enormes expectativas profesionales, tanto entre profesores como entre alumnos, y sobre el que se lanzan una quincena de universidades —algunas de ellas crean *ad hoc* la respectiva facultad— bien para acaparar una carrera que se prevé de prestigio, bien para dar salida a unos profesionales en crisis de ocupación, bien para ha-

... Resulta que esa realidad múltiple y terminológicamente diversa que es la traducción, se mete en un cajón de sastre... y ya está: ropa vieja. Un día, el 30 de septiembre del 91, aparece en el BOE un real decreto en el que se establece un nuevo plan de estudios bajo el flamante título de Licenciatura en Traducción e Interpretación, que crea unas enormes expectativas profesionales, tanto entre profesores como entre alumnos, y sobre el que se lanzan una quincena de universidades...

”

cerles subir en el escalafón académico. alguna de ellas tiene la desfachatez de presentarse, en una gratuita lista de cuarenta principales publicada por *El Mundo* (Cfr. *El Mundo*, 5 de mayo de 1993, —40 principales. Guía de los centros de prestigio de las universidades españolas. Los buques insignias universitarios—), como centro de prestigio, habiendo comenzado su andadura en diciembre de 1992. Una de dos: o la información de dicho diario es totalmente espuria, o la mencionada facultad se tira lindos pegotes. Otras, las privadas —no quiero de-

cir cuáles— elevan el listón de exigencias económicas —no quiero decir cuánto— para evitar así la afluencia masiva de público estudiantil a una profesión que ellas, tal vez con razón, pretenden elitista sobre la consideración de que el nivel remunerativo del futuro profesional permite tales excesos. Para surtirse del correspondiente *staff docente* se echa mano de un personal de procedencia filológica que —utilizando la frase de Larbaud— nunca se ha puesto bajo la invocación de San Jerónimo, es decir, nunca ha ejercido la traducción. Si los miembros de este *staff tienen* pasaporte y fonética patronímica no hispana, mejor. En todo caso, se le envía de reciclaje durante un mes a cualquier centro extranjero y con ello se emprende la nueva era de la traductología nacional.

Que Dios nos coja confesados. Los trenes sólo llegan puntuales en las novelas alemanas, pues en esta, como en muchas otras ocasiones, llegamos tarde y mal. Hace casi veinte años —en época del General, y que conste que ya entonces llevábamos unos cuantos de retraso—, dos universidades, la UC de Madrid y la UA de Barcelona salieron a la palestra de la opinión pública para llamar la atención sobre una actividad que en esos momentos o poco después debía colocar una serie de profesionales de la mediación lingüística en importantes puestos laborales. A la primera se la concedió un Instituto Universitario (de Lenguas Modernas y Traductores), a la segunda, una Escuela Universitaria (de Traducción e Interpretación). Siguieron algunas otras instituciones por vías semejantes en las Universidades de Granada, Las Palmas, etc., y todas ellas suplieron con su interés y dedicación privados el interés que no demostraban las autoridades, en este caso, incompetentes. Siguieron los años de nuestra incorporación a la CE y gran parte de los

que pretendían llegar a profesionales de este Organismo tenían la misma cualificación que la que tiene un campanero para tocar en una orquesta. Algunos, incluso, más morro que los *Platters* cantando el *Only you*. No fue único el caso de candidatos que se acercaban a nuestro centro solicitando el préstamo de un diccionario para hacer las pruebas de admisión. Bien es verdad que otros aportaban ya una experiencia granada y una preparación académica de nivel. En todo caso, hay que destacar que los titulados de las EUs, teniéndolas, y muy buenas, no podían acceder a los servicios de traducción ya que el título de que les había provisto el Ministerio no les capacitaba para ejercer en esos organismos, que exigían el grado de Licenciado. Del centro que dirijeron hacia esos organismos numerosos profesionales, y hoy en día nos honramos en tener AAs y antiguos profesores en puestos de máxima responsabilidad, tanto en Bruselas como en Luxemburgo. Un curso *ad hoc* diseñado por el que les habla y que se realizó en colaboración con el INEM y por mandato de la Subsecretaría de Estado para la CE colocó una veintena de traductores en Bruselas.

Pero las olas de incorporación más o menos masiva a estos organismos internacionales pasaron y hoy en día asistimos a un fenómeno de superávit en el stock de profesionales en los mismos, cosa que no es de extrañar si se considera el ritmo al que se desarrollan los medios técnicos de comunicación y los nuevos organigramas laborales, creados con un acendrado criterio de productividad y ahorro impuesto por los nuevos tiempos. Sin embargo, este movimiento de masa profesional producido hace unos años ha dejado su surco en la conciencia de la sociedad: la traducción, antes una profesión sin relieve y de aficionados, cursa como una de las profesiones mejor re-

muneradas y de más demanda.

¡Y un jamón!, podríamos decir en castizo. Es verdad, y de ello dan fe los boletines oficiales de los mencionados organismos, que los niveles retributivos de los profesionales —*top*— rondan el caché mensual de los seis ceros (en pesetas convertibles, que se decía antes del ECU). Pero no todo es Jauja, como veremos. Las vacas gordas están pasando y nos han cogido durmiendo en la inopia. Y es ahora, precisamente ahora, cuando se lanza una rimbombante carrera que hace más de un *headline* en los medios y que, desde luego, atrae la atención de un numeroso público estudiantil y de la masa social que hay detrás.

3. El amor a la cosa en sí o la sinceridad de intenciones sin intereses creados

¿Qué hay de lícito y de válido en todo este cúmulo de expectativas, normativas, planes, opciones? Las ganas de recuperar el tiempo perdido... aunque a destiempo. No sé si mucho más. En todo caso, desinformación y mucha improvisación.

Efectivamente las vacas gordas de la traducción han pasado. Y han pasado, entre otras cosas, por ejemplo, por la incidencia de la técnica en esta actividad. Me explico: El nuevo plan de estudios y, en general, los antiguos de las EUTIs toman como pauta de orientación el ejercicio de la llamada traducción profesional, entendiendo por ésta la traducción de textos de naturaleza técnica, jurídica, etc., que se hacía valer como la clave del futuro profesional del alumno que, sin formación específica jurídica o técnica, se le obliga a enfrentarse a textos que, en todo caso, le superarán inicialmente. Los responsables del esbozo de plan de estudios —no digo quiénes, por aquello del pecado y el pecador— justificaban la exclusión de la traducción no funcional o literaria sobre da-

tos de frecuencia o de audiencia de este tipo de traducción. Recuerdo más una larga discusión con colegas de centros homólogos extranjeros acerca del tema en las que —en solitario y en previsión de lo que está por venir, que vendrá— tuve que defender perfiles formativos básicos más neutros, los, así llamados, generalistas. Y es que la realidad no nos da tregua. Es el estrés de la historia. La perversa MT o TA o, incluso, la TAO nos han cogido por la espalda y han hecho que donde antes se necesitaban cinco traductores ahora sobren tres. Una realidad que se pretende ignorar. Todavía hoy en día cursan opiniones negativas acerca de la utilidad laboral de la traducción mecánica. A título de cala, reproduzco un breve —por limitación de espacio— pasaje, tomado al azar, de una traducción mecánica hecha en una institución oficial. Juzguen por sí mismos si en esa traducción realizada por la máquina no hay ya una amenaza laboral para el grupo de traductores profesionales que pretenden formarse en nuestros centros.

Texto original

Today's proposals respond to the request to the Commission by the Edinburgh European Council of 11/12 December—to table as soon as possible proposals to revise the Structural Fund regulations—.

Traducción mecánica

Las propuestas de hoy responden a la petición a la Comisión por el Consejo de Europa de Edimburgo de 11/12 de diciembre —a propuestas de tabla cuanto antes para revisar los reglamentos del fondo estructural—.

Traducción humana

Las propuestas de hoy responden al encargo que el Consejo Europeo de Edimburgo de los días 11 y 12 de diciembre formuló a la Comisión de —presentar a

la mayor brevedad posible propuestas para revisar los reglamentos relativos a los Fondos estructurales—.

Si prescindimos de la expresión idiomática —*to table*—, el resto del texto meta mecánico, recoge el sentido del texto original. En todo caso, la intervención humana se ha limitado a perfilar una equivalencia más usual y de sentido de la frase original y a darle la corrección estilística propia.

Pues bien, esa máquina traductora del futuro trabajará incansablemente, y durante la noche habrá podido hacer el trabajo de cientos de traductores pacientemente dedicados, ocho horas al día, a su menester traslatorio. Y, lo que es más importante, habrá solventado las cuestiones terminológicas y fraseológicas de ese texto —profesional— en las que estriba la dificultad específica del mismo. Paulatinamente la incidencia de la máquina en el ejercicio profesional de la traducción se hará más evidente y eficaz. Un ejercicio profesional que tiene también sus crisis no solo coyunturales, sino estructurales. ¿Cómo se explica, si no, que en Bélgica, uno de los mayores mercados profesionales para el traductor, sólo el 5 por ciento de los alumnos que cursan estudios específicos logren activarlos profesionalmente con un perfil propio? El dato no es mío. Lo recojo del seguimiento de colocación que una institución admirable a este respecto, la PHVT de Gante, ha realizado entre sus AAs.

Por otra parte, la afluencia masiva al mercado de trabajo de titulados que, atraídos por ese señuelo de los organismos internacionales —los únicos que, junto con algunas empresas multinacionales, permiten una dedicación exclusiva—, han escogido esta actividad profesional como *Brotheruf*, va a producir una saturación que hará del traductor en ejercicio un parado técnico. Además, estos traductores han llegado al ejercicio con un perfil lingüístico bastante

estándar, es decir, con pares lingüísticos, francés e inglés, por ejemplo, que, si bien producen gran cantidad de textos, también atraen una masa laboral bastante numerosa que no siempre llega al reparto.

Frente a esos, aproximadamente, tres mil traductores de alto standing, ocupados en la CE, en la ONU e instituciones filiales (FAO, UNESCO, etc.), están esos otros profesionales incorporados a instituciones nacionales (el Cesid, el Ministerio de la Presidencia, el Ministerio de Asuntos Exteriores, etc.), a empresas multinacionales, etc., cuyo nivel de ingresos está en una cifra de seis dígitos muy bajos. Después están los *freelance* y los traductores de agencias, que pasan lo suyo... Una colega belga me confesaba, en marzo, que desde comienzo de año había hecho una caja de tres mil francos belgas. Y los traductores editoriales (bastantes más de los registrados) que, a juzgar por el nivel de traducción en España —según las estadísticas (Cfr. los datos aportados por el trabajo *Traduire l'Europe*), somos el país/lengua que más títulos traduce, unos 9.000 de 50.000 publicados en un año—, se elevarían, calculando a ojo de buen cubero, a un millar y que individualmente obtendrían unos ingresos... ¡para qué contarlos! Además, la traducción es de los pocos oficios o artes de los que se cree que el profesional puede trabajar por amor al arte: ¿cuántas veces no se llegan al traductor los más diversos profesionales con el —ruego— de que les —eche un vistazo— a un contrato o a unas instrucciones de uso, etc.? Que vayan con el mismo ruego a un abogado y verán lo que vale un peine.

4. Las tres generaciones del mundo en la traducción

No quiero seguir cargando tintas negativas sobre el futuro de la profesión, pero

sirvan estos datos como correctivo a ese concepto bastante superficial con el que se ha acometido esta tarea de recuperar el tiempo perdido. Todo lo contrario: más bien pretendiendo despejar los nubarrones que se ciernen sobre esta especialidad académica recién estrenada y que nace con vicios congénitos. Porque, ante este panorama profesional, ¿qué sentido tiene abrir quince instituciones docentes en todo el Estado, para que se formen unas docenas, un centenar de profesionales efectivos, es decir, los anualmente asumibles por la demanda laboral nacional e internacional? ¿No habrían bastado las ya existentes para canalizar la demanda formativa que en último término debería estar custodiada por un rígido *numerus clausus* so pena de convertir la nueva titulación en una especialidad sucedánea de las clásicas filologías modernas? Además, ¿qué sentido tiene dedicar una parte considerable del *pensum* formativo al aprendizaje de los idiomas vehiculares del futuro trabajador, cuando la formación propiamente dicha debería focalizarse en la adquisición de destrezas traductivas y traductológicas y en la adquisición de una amplia experiencia textual? ¿Qué sentido tiene diseñar un perfil exclusivo de traductor, cuando ese profesional tendrá que realizar un amplio abanico de actividades no circunscritas a la traducción? No sé si todavía estamos a tiempo, pero sería necesario ir cambiando el concepto, el perfil profesional del hasta ahora llamado traductor, si queremos que esta siembra formativa fructifique en una efectividad social. Y para eso, deberíamos ser conscientes de que el traductor de segunda generación, surgido entre los 30 y los 60 y que tiene en el Juicio de Nuremberg su registro oficial, va dejando de tener su operatividad social. En la posguerra se asistió a la sustitución del traductor jeronimiano —el traductor que, por iniciativa propia, con su filosofía o estética

de la traducción, literalista o sensista, y su doble conocimiento lingüístico, se enfrentaba (a pelo) con un texto cuya función era primordialmente cultural— por el traductor funcionario. Las relaciones comerciales, políticas y jurídicas entre las naciones hicieron que el perfil clásico del traductor erudito, que había dado un Erasmo, una Mme. Dacier o un Schlegel, fuera sustituido por este traductor funcionario al que, por encargo de un mandante, se le dispensaba de criterios estéticos y se le imponía un criterio funcional en la transferencia lingüística: traducir para entender.

La complicación de esas relaciones va haciendo inválido ese perfil unidimensional del traductor funcionario que debe desdoblarse, si quiere ser efectivo, en varios perfiles. Hoy en día al traductor se le exige una serie de capacidades que van más allá de la habilidad de establecer comparaciones entre un texto y otro, entre una lengua y otra: desde las comparaciones entre dos culturas, el juicio sobre el sentido de una expresión idiomática o la corrección de un término, la redacción de un texto en lengua extranjera, la creación de un término inexistente en el propio idioma o la adaptación de otro existente en el idioma extranjero. Frecuentemente se le piden habilidades en ofimática. Muy pocas empresas dan ocupación neta y exclusiva a traductores. La realidad empresarial o institucional ha enriquecido ese perfil con nuevas exigencias que le convierten en un mediador y experto lingüístico. Hace años que la terminología alemana hace uso de la expresión *Sprachmittler*. Tampoco son desacertados los términos con los que en algunos centros califican estos estudios: *Auslandskunde*, Estudios Extranjeros, *Attache de Relations Internationales*, etc. que aluden a esa complicación del perfil profesional, que, más allá de lo lingüístico, hace referencia a una realidad que hay que poseer

cognoscitivamente en toda su complejidad. Permítanme que aquí y ahora esboce algunos rasgos fenoménicos de lo que es ya el perfil de ese futuro traductor y de lo que puede ser el perfil formativo adecuado a esa realidad profesional.

5. Las múltiples capacidades profesionales del traductor o la especialización como norma.

¿Cuáles son las capacidades que hoy día se exigen a esa entelequia profesional denominada traductor, a la que los más diversos mandantes —abogados, instituciones médicas, editoriales, etc.— se acercan con una amplísima gama de encargos, desde la traducción de un informe pericial hasta la versión de un tratado de filosofía? ¿En qué medios profesionales ejerce ese titulado presente o futuro de la traducción? Resumo los perfiles anteriormente esbozados.

En primer lugar, al traductor se le sigue exigiendo el perfil de capacidades jeronimianas, es decir, sigue siendo culturalmente responsable de la trasmisión de esa conciencia de la humanidad que es la poesía y que le exige una amplia gama de habilidades o destrezas propias que van desde desde el sentido poético del propio idioma hasta la corrección de pruebas de imprenta.

La segunda capacidad correspondería fundamentalmente al tipo de traductor funcionario, experto en producir formulaciones textuales, fehacientes y de especialización temática, en una lengua sobre textos redactados en otra o en corregir las ya hechas por las máquinas.

Un tercer tipo de habilidades incluiría el tratamiento y elaboración de un diversificado utillaje lingüístico o paralingüístico que suministrará tesauros, establecerá contrastes de pares lingüísticos, describirá y normatizará técnicas de conversión, fijará termino-

logías, etcétera.

Ante esta gama de exigencias profesionales, ¿cabe hablar del traductor como perfil único y monocromático? Ante esta diversidad de funciones profesionales, ¿qué podíamos haber hecho en los centros de formación? ¿Qué conclusiones impone este estado de cosas a los diseñadores de planes de estudios?

En primer lugar, un presupuesto: eliminar el concepto de traductor —no el término, que puede seguir existiendo— y sustituirlo por otro que se corresponda mejor con la realidad profesional polivalente y que puede ser el ya mencionado de mediador lingüístico. En segundo lugar, programar tres actuaciones fundamentales: la potenciación de las habilidades comunes o generales, el diseño de itinerarios y una selección de contenidos adecuados. Todo esto bajo un condicionante fundamental: el aprendiz de traductor debe llegar ya a los estudios de la traducción con un material instrumental imprescindible: un conocimiento idiomático suficiente como condición previa al trabajo específico de la traducción. No tendría sentido que se iniciara el diseño de un currículum universitario de cualquier ingeniería que tuviera que iniciar su currículum universitario con los rudimentos del cálculo infinitesimal, con nociones de álgebra o con la tabla periódica de elementos: capacidades fundamentales de orientación en las respectivas áreas de conocimiento deben suponerse. En las especialidades filológicas estamos cansados de observar cómo los estudiantes que llegan a los cursos superiores están todavía prendidos en un conocimiento deficiente de la lengua e impedidos para desarrollar un estudio en profundidad de los fenómenos más profundos del sistema lingüístico, de su cultura o de su literatura. El estudiante que con dificultad llega a descifrar la estructura simple de una oración no podrá llegar a com-

prender los testimonios más elaborados de la literatura. La experiencia de las EUTIs, en las que gran parte del *pensum* didáctico se ha tenido que dedicar a la enseñanza de los idiomas —según datos, vivenciales, de colegas, más de un 80 por ciento de su labor se refiere a la enseñanza de la lengua— avalan esta situación de lastre con la que se desarrolla la formación. Hay suficientes conocimientos específicos —documentales, de tipología textual, de ortografía técnica, sustantivos, etc.— y habilidades lingüísticas diferenciadas —registros y estilos de lengua, técnicas de la traducción, etc.— que pueden llenar el plan de estudios y el horario académico. Consiguientemente, al neófito de la traducción se le debe exigir un conocimiento profundo de los idiomas sobre los que quiere desarrollar sus capacidad traductiva.

Supuesta esta condición básica, meta fundamental del plan de estudios debería ser la obtención de destrezas comunes a ese triple perfil laboral del traductor sobre las que montar después las específicas: la expresión correcta y hábil en la propia lengua, las técnicas de conversión de un texto original en terminal, las facilidades instrumentales como el T A O, la normativa profesional (derechos y deberes, posibilidades profesionales, derecho editorial, etc.), etc. A este respecto destaco una carencia grave del aprobado plan de estudios del M E C. Es inconcebible que en un curriculum como éste, obligado a tratar con la propia lengua constantemente, se le conceda un total de ocho créditos troncales. La calidad de una traducción se mide ordinariamente por la calidad de expresión en la lengua del T M. Igualmente se ha descuidado la cultura que de su propia profesión debe tener el futuro profesional. En el plan del Ministerio, quizás llevado por consideraciones pragmáticas que acercan las universidades a centros de

formación profesional, no han sido tenidas en cuenta ni la teoría ni la historia de la traducción —lo que en algunos centros denominan Enciclopedia de la Traducción—, con lo que el futuro profesional saldrá sin la iluminación que a cualquier profesional le da la perspectiva histórica y la reflexión sobre su propia actividad.

La obtención de un perfil específico conforme a un itinerario previamente diseñado, debería constituir un segundo apartado de este curriculum, atendiendo a las tres habilidades básicas arriba expuestas: A este mediador lingüístico de perfil generalista:

1. Se le puede seguir formando para que su actividad sirva de puente entre culturas y pueblos a través de la traducción de la literatura universal de cada lengua. Es una tarea a la que la nueva universidad que se pretende no debe renunciar si no quiere caer en ese pragmatismo didáctico que se desentiende de valores humanísticos. La nueva carrera no puede centrarse en la obtención de un perfil de azafata de congresos con idiomas que, sin duda, puede formarse mejor en escuelas profesionales. Esta es una tarea que la universidad debe mimar y la potenciación de la misma es responsabilidad de estos gerentes de los nuevos centros encargados de la confección de los planes de estudios.

Sobre esta capacidad literaria han venido a incidir lateralmente nuevas técnicas de trabajo y nuevas situaciones del mercado del texto. El traductor literario seguirá siendo el erudito filólogo de quevedos y pluma de ganso, tentado por las bellezas de su lengua, cuyas sugerencias podrá aceptar, y obligado a la fidelidad matrimonial con su texto. Sin embargo, ese perfil deberá enriquecerse con dos ciencias instrumentales que han hecho su desembarco en la traducción: el tratamiento electrónico del texto y la documentación. Hoy en día el arco de reales mane-

dados por la literatura son cada vez más amplios y la pérdida de contacto con las tradicionales fuentes bibliográficas del saber constituye un grave peligro para un traductor al que se le exige un estudio exhaustivo del referente, si quiere ser correcto a la par que creativo. Solo un ejemplo: una alumna del curso de Máster, traduciendo una novela del joven autor austriaco E. Hackl, daba para términos tan específicos del sistema de —reales— de Austria como *Schutzbund*, *Heimwehr* o *Bezirkshauptmannschaft*, equivalencias tan peregrinas y diversas como *compañía de protección*, *policía* o *capitanía de distrito* respectivamente. Un trabajo de documentación de esos términos la habría ayudado a la hora de traducir con mayor exactitud. La insistencia en la necesidad de un estudio profundo de lo que en alemán se denomina *Landeskunde*, en francés *Vie et civilisation*, etc. nunca será suficiente. Al traductor se le debe dar un instrumental de investigación de la realidad a la que puede hacer referencia el texto en cuestión.

2. Se le puede convertir en productor de textos terminales de carácter funcional cuya habilidad translatória, para ser productiva, debe estar adornada por dos cualidades: la rapidez y la exactitud. La urgencia con la que se producen los encargos es manifiesta y si el profesional quiere sobrevivir tendrá que someterse a ese estrés social que no atiende a disponibilidades. La precisión terminológica de los textos así como la variedad temática de los mismos le exigirá una capacidad de consulta de bases de datos y terminológicas —como usuario, no, como se pretende, como terminólogo o terminógrafo—, amén de unos conocimientos temáticos o sustantivos especializados. Y para la obtención de este perfil no es el lugar más idóneo una facultad de filología ni tampoco una facultad de traducción que se nutra básicamente de filólogos. Una facultad así

debería estar constituida por una serie pluridisciplinar de profesionales —también de la traducción, por supuesto— y expertos que cubrieran lo lingüístico, lo temático o sustantivo, lo instrumental y la experiencia. Bien es verdad que la conversión traductológica de los futuros enseñantes se realiza óptimamente sobre el perfil filológico. En este sentido cabría utilizar las especialidades existentes en las diferentes facultades de una misma universidad y hacer cursar a este futuro productor de textos en los correspondientes centros teoría económica, anatomía, fiscalidad internacional, telemática y, como en el caso del traductor literario, grandes dosis de civilización de cada una de las lenguas en las que piensa trabajar y de la propia.

3. Se le podría convertir en un experto en temas de comunicación interlingüística que, sin dedicarse a la producción de textos, dado que los supuestos laborales —allí la rapidez, aquí la reflexión, allí habilidad pragmática, aquí teórica, etc.— y sobre la base de esa experiencia traductora obtenida, no tanto por la práctica profesional cuanto en el laboratorio de la formación, suministrara toda una serie de instrumentos auxiliares para el ejercicio de la traducción o de la redacción. Su designación más correcta sería la de industrial de la lengua. La terminología, la terminografía, la lingüística contrastiva, la elaboración de programas de traducción asistida, de lingüística computacional, de manuales de estilo, incluso la métrica contrastiva serían su jurisdicción. Debería trabajar en equipo, nunca en solitario y autónomamente y constituir el equipo investigador de las nuevas facultades, equipos en los que se integrarían los alumnos de tercer ciclo que ocasionalmente podrían formar parte del *staff de* cualquier empresa que se exprese públicamente en el propio idioma o en los extranjeros. ¿Correspondería este perfil con el de la lingüística aplicada? Sólo

en parte, pues excluiría temas centrales de ésta como la enseñanza de idiomas. ¿Sería ésta una lingüística aplicada a la traducción? En todo caso la trascendería, pues tendría campo de actuación incluso cuando no se tratara de relaciones interlingüísticas sin que por ello se introdujera en la jurisdicción de las filologías modernas clásicas que tendrían una función intralingüística y fundamentalmente teórica e interpretativa. Estos ingenieros de la lengua, en equipo de investigación, en sistema de agencia o integrados en el *staff* de las empresas, podrían auxiliar e informar tanto al primer perfil de traductor como al segundo e incluso, como se ha dicho anteriormente, a redactores o publicitarios empresariales.

Llegados a este término nos resta preguntarnos por las posibilidades de integración de este perfil en el marco institucional de nuestra universidad. Los cuatro o cinco años dan un margen de tiempo suficiente para integrar todas estas habilidades, si bien el sistema ideal para el mismo sería el de segundo ciclo, ya que a él accederían los alumnos que, además de disponer de conocimientos lingüísticos a demostrar, dispondría de conocimientos sustantivos especializados —de química, de biología, de historia— adquiridos en un primer ciclo, y que orientarían la posterior especialidad de actuación profesional. En ese segundo ciclo específico se integraría el perfil generalista que, más tarde, en un tercer ciclo, en sistema de máster y/o de doctorado, se podría completar con esas especialidades arriba descritas: literaria, funcional y técnica e investigadora. Este ciclo largo, en tres etapas, garantizaría, además, la obtención de una cualidad importantísima en la profesión, que más que ninguna otra exige madurez y acumulación de experiencia por parte del candidato.

A estas consideraciones responde parcialmente el sistema de formación Máster

actualmente vigente en algunas universidades y del que nuestro centro fue el pionero y posteriormente difusor a la Universidad de Cantabria. El nivel de madurez lingüística, profesional y personal con el que llegan los candidatos facilita la focalización del trabajo didáctico en temas traductológicos.

6. *La utopía con los pies en el suelo*

Tal vez este diseño parece aparentemente de utópico, pero más irreal es pretender que los futuros licenciados en traducción que salgan de nuestras instituciones puedan seguir trabajando con ese perfil profesional específico, si no tenemos en cuenta las exigencias de contenido, forma y sistema que el desarrollo social impone al que hasta ahora se denominaba traductor. Esta especie ha evolucionado al ritmo de la lucha por la vida y se ha abierto a nuevas perspectivas profesionales que en parte se corresponderían con las aquí mencionadas y que le exigen la adquisición de un amplio abanico de destrezas y experiencias. Formulada de una manera drástica, el traductor debe ser o convertirse en un experto en relaciones:

- interlingüísticas,
- interculturales,
- interdisciplinares,
- internacionales.

Hoy, como en las épocas doradas de la traducción —el Renacimiento, etc.— el traductor debe conjugar la especialización con la universalidad de sus conocimientos. Sólo así la traducción ganará esa categoría universitaria y cultural que le corresponde por definición. El candidato que llegue a las aulas de la nueva formación deberá estar movido, en primer lugar, por un amor intelectual, por una pasión a esa apasionante cosa en sí que es la traducción, prescindiendo, no de sus gustos, pero sí de sus consideraciones crematísticas; en segundo lugar, por el

afán universal de saber requerido por la profesión. Sólo así se le dará por añadidura el triunfo profesional. Solo así la traducción será el producto de la suma enciclopédica de los saberes y de la habilidad traductora. Y

enciclopedia es *Studium generale*, es decir, Universidad.

El presente texto corresponde a la conferencia pronunciada por el autor en Expolingua, Madrid, 1993, por invitación de los organizadores.





Sobre la teoría de la traducción

VÍCTOR SANCHEZ ZABALA

No es fácil presentar precisa y brevemente la teoría de la traducción; pero no porque no haya ninguna, pues a lo largo de la dilatada historia de la ocupación de traducir se han sucedido varias, que no dejan de ser consideradas como aprovechables; ni tampoco porque exista actualmente cierto número de ellas en verdadero conflicto, ya que, de hecho, hoy casi todos los autores favorecen una sola, con leves variantes; más bien se trata de que, por un lado, su carácter teórico es sumamente discutible y, por otro, sólo en cierto sentido puede decirse que se ocupe de la traducción (aunque debe reconocerse que existen ciertos vislumbres de una auténtica teoría de esta actividad).

Las que generalmente se conocen como teorías de la traducción, en efecto, son apenas otra cosa que una larga serie de observaciones sobre los puntos y aspectos que es menester que tengamos en cuenta si queremos realizar traducciones correctas y fieles. Si llegasen a formar un cuerpo de doctrina verdaderamente articulado constituirían, pues, no más que una estructuración razonada de prescripciones, una caracterización normativa de las relaciones entre los mensajes originales y sus correspondientes traducidos, un conjunto de "secretos del oficio" (despojados, eso sí, de todo carácter

esotérico). Lo cual quiere decir que falta por completo una teoría descriptiva —no digamos explicativa— de la operación misma de traducir, de su forma y condiciones de realización y de los principios lingüísticos y psicológicos en que deba considerarse que se apoya.

Naturalmente, esta ausencia no es casual; pues una teoría del traducir satisfactoria habría de descansar en una teoría asimismo satisfactoria de las operaciones lingüísticas relativamente simples que entran en aquella operación, las de comprender los mensajes lingüísticos recibidos y formular otros (destinados a los demás o a uno mismo); pero éstas, con todo y ser relativamente simples, son en realidad harto complicadas, tanto —en especial la segunda— que hasta ahora sólo contamos con una serie de intentos fragmentados de penetrar en la cuestión. Pero nada de ello obsta para que se hagan serios esfuerzos por entender qué sea y qué mecanismos intervengan en el traducir, sirviéndose siempre que sea posible de teorías psicolingüísticas ya existentes; y, por otra parte, la osmosis entre la psicolingüística general y la teoría de la traducción no tendría por qué tener lugar en un sentido único de paso: un estudio cuidadoso de la actividad de traducir puede, sin duda alguna, refutar o corro-

borar muchas hipótesis sobre el uso del lenguaje difíciles de someter a prueba empírica de otro modo.

En el apartado 1 de este trabajo presentaré la "teoría de la traducción" que hoy puede considerarse vigente: dedicaré el párrafo 1.1 a su basamento inmediato, la "traducción adecuada", el 1.2 a repasar los factores "pragmáticos" que han de tenerse en cuenta para completar su pretendida adecuación y el 1.3 a exponer el principio central de dicha teoría, la de la llamada traducción dinámica. En el apartado 2 veremos con qué problemas no resueltos se enfrenta, en su propio plano de caracterización normativa, este ideal de traducción; y finalmente, en el 3 daré unas breves noticias y esbozaré unas pocas ideas sobre la posibilidad de llegar a una teoría de la traducción más teórica y que se ocupe más de cómo se traduce.

1. Veamos en un sucinto esquema qué es lo que actualmente se considera de manera generalizada como la teoría de la traducción más aceptable. Hace poco más de quince años que se escribieron las dos obras quizá fundamentales de este embrión de disciplina, Nida (1964) y Catford (1964) (a las que acaso habría que añadir la monografía práctica, basada en la primera, Nida y Taber, 1969); en ellas se exponía la necesidad de realizar ante todo un análisis del texto a traducir que proporcione, claramente delimitadas, las proporciones que lo compongan (y en cada una señale los elementos semánticos —o, tal vez, simplemente, cognoscitivos— que intervengan en ella: los referentes a acontecimientos, objetos, relaciones, etc.), para transferirlas a la otra lengua, "redistribuyendo" tales elementos, si es necesario, de modo que queden expresados con entera naturalidad; mas, para no quedarse en una mera conservación del llamado significado o contenido referencial (o "información objetiva",

como se dice a veces), sería preciso tener en cuenta además diversas cuestiones de índole pragmática, esto es, relativas al presumible uso que hagan de los mensajes lingüísticos el hablante o escritor, por un lado, y el oyente o lector, por otro (cuestiones, por ejemplo, referentes al estilo literario querido o apreciado del mensaje). Ahora bien, al pedir que entre en consideración este plano semiótico se va mucho más allá de cuanto era usual en las "teorías de la traducción" anteriores: no solamente se intenta ahora recoger con todo cuidado el sentido de la oración y plegarse asimismo todo lo posible a sus peculiaridades sintácticas (cosa propia de lo que se había venido llamando "traducción adecuada"), sino que, en definitiva, lo que se pretende es reproducir exactamente en el lector u oyente de la traducción el efecto que el original causase en su lector u oyente: y a este modo de entender el objetivo de la traducción es a lo que se ha llamado el enfoque de la "traducción dinámica" (que, nótese bien, por la misma naturaleza de las cosas —a que luego apuntaré con algún pormenor—, parece inevitable en el caso de la interpretación oral, consecutiva o simultánea).

1.1. Vamos a dar provisionalmente por supuesto que las variables pragmáticas no varíen, justamente; es decir, que el efecto que cause un mensaje dependa únicamente de sus características semánticas y sintácticas (incluidas las del contexto, o sea, del discurso habido o texto emitido hasta el momento); irreal supuesto que introduzco para que se vea con claridad a qué facetas o niveles del texto a traducir ha de atender el traductor que intente realizar una versión "adecuada".

1.1.1. La faceta o nivel cuyo traslado exacto a la lengua de llegada constituye por regla general la primera condición de una traducción certera es la de significado refe-

rencial, a que antes he aludido. Esta tarea suele considerarse relativamente fácil, y estaría teóricamente "garantizada" por el (hipotético) *principio de efabilidad?*, según el cual —por decirlo en dos palabras— todo lo que puede ser concebido puede ser formulado en *cualquier* lengua humana. Desgraciadamente, por muy cierto que pueda ser tal principio, es igualmente cierto que hay realidades que son peculiares de determinadas culturas (típicamente lo son sus instituciones, por más que existan semejanzas y —desde luego— sean posibles los calcos)³; por lo que, en general, el traductor se ve obligado a incluir de algún modo en su versión una caracterización o noticia breve de tales realidades peculiares; a veces se dice que este recurso —la paráfrasis o la nota explicativa— no afecta para nada a la perfecta intertraducibilidad que se deduciría del citado principio, ya que atañe sólo a la articulación del mensaje en cláusulas (o, en la terminología del generativismo lingüístico clásico, a su estructura profunda o subyacente), no a su estricto contenido semántico en el sentido indicado de "información objetiva" o "referencial"; sin embargo, en la práctica, puede casi impedir una comprensión fluida del texto cuando la semejanza entre las culturas correspondientes sea grande⁴ (y si se reemplaza una de estas entidades únicas por otra comparable a ella en la cultura de la lengua de llegada se está pasando a métodos propios de la "traducción dinámica", que, como luego veremos, presentan sus propios inconvenientes si no se emplean con gran circunspección). Por otra parte, pronto surgen más dificultades para la traducción acertada de esta primera y elemental faceta semántica.

Recuérdese, primeramente, que, de acuerdo con la tan aireada tesis saussuriana del carácter "negativo", puramente relativo de los signos lingüísticos, desarrollada luego en

la teoría de los campos semánticos, léxicos, etc., el significado de cada palabra denotativa (o siquiera el de algunas de ellas) sólo queda delimitado por el de las demás que remitan a la misma esfera de realidades; de ahí que cuando la partición léxica que hagan dos lenguas de una de estas esferas coincida (como en el ejemplo de *bois: bosque, madera, leña* y otros análogos) se podrá llegar a una superespecificación si el contexto no aclara el tipo exacto de referente. También aquí puede replicar el defensor del principio de efabilidad que una paráfrasis oportuna puede reajustar el valor semántico en la lengua de llegada al que apareciese en la de partida; pero debe notarse que, aun dejando de lado las dificultades que pueden surgir realmente como resultado de la inevitable prolijidad que se produzca, de este modo se logra formular *todo* el contenido semántico que se quería mantener invariante a costa de utilizar expresiones que, en general, introducirían un contenido semántico *suplementario*⁵ (que, por el principio de los campos semánticos, puede tener ramificaciones —al menos connotativas— enteramente inesperadas y extrañas al texto). Y la dificultad sube de punto cuando no son términos propiamente denotativos los que no se corresponden en las dos lenguas, sino gramaticales (así pronombres personales, demostrativos, etc.)⁶; pues este problema —que es, mirado en toda su generalidad, el de las categorías gramaticales obligatorias— parece obligar a que se acuda, para el reajuste semántico anhelado, a palabras denotativas, y a que, por consiguiente, se abandone el cognoscitivamente aséptico campo de lo gramatical y se pase al pleno compromiso con la realidad que poseen los términos denotativos —en principio, la infidelidad es total—.

Aún hay otra facetas semánticas cuyos valores no se corresponden de igual manera en todas las lenguas con el de la llamada in-

formación objetiva, y que, por lo tanto, sólo en casos de buena fortuna podrán traducirse fielmente a la vez que dicha información: el nombre colectivo tradicional para todas ellas es el de *connotación*. No voy a aludir a las connotaciones individuales y de grupos sociales, perfectamente conocidas y cuyas dificultades de traducción son ya proverbiales; recordaré, en cambio, que existen otras que, en principio, no varían apreciablemente dentro de una comunidad lingüística, pero que no por eso dejan de presentar dificultades formidables al traductor cuidadoso: por ejemplo, las trasposiciones de significado de unas esferas de la realidad a otra, en la medida en que no eran enteramente congruentes en las dos lenguas enlazadas por la traducción⁷. También es frecuente incluir bajo esa rúbrica las remisiones y resonancias estilísticas, así como la alusión a la relación existente entre el emisor y el receptor del mensaje que lleva consigo el "registro" en que se pronuncie éste (desde el habla más estereotipada y protocolaria hasta la más confianzuda e íntima); pero me parece preferible reservar todos estos aspectos para un apartado posterior.

1.1.2. Dentro del marco de la lingüística generativo-transformatoria, Katz (1978) ha postulado que el nivel siguiente al que debe atenderse en toda traducción es el de la estructura sintáctica subyacente o profunda (más o menos, el de las proposiciones elementales en que se "distribuya" la información objetiva del mensaje); y como uno de los teóricos de la traducción más importantes⁸ había propuesto de forma independiente algo esencialmente equivalente y luego, tras el surgimiento de esta lingüística pero antes de Katz, exactamente lo mismo, vamos a admitir estas tesis, tan plausibles. Así pues, habrá que mantener intactas tales proposiciones elementales y no añadir nin-

guna nueva para ser fiel al original en esta faceta. Pero acabamos de ver que en general será imposible lograr este género de fidelidad, ya que el intento de obtener una versión semánticamente fiel pasa en muchos casos por una reorganización de la proposición completa que correspondiese en el texto original a cada frase. A lo cual se añade que el proceso de reajuste semántico que tantas veces da lugar a esta "infidelidad" sintáctica subyacente encierra un elemento de arbitrariedad en muchas ocasiones irreducible; pues aunque cuando se trata de las categorías obligatorias (o —podría concederse— hasta de la partición léxica de los campos semánticos) cabe sostener que es la gramática la que determina cómo deben realizarse los retoques o modificaciones que, a costa de alterar la estructura subyacente, consigan mantener invariante el significado referencial, no cabe duda de que ello no sucederá así cuando lo que se necesite sea suplir la falta de conocimientos que los lectores u oyentes de la traducción presumiblemente padezcan acerca de entidades, tipos de procesos o instituciones peculiares de la cultura en donde se haya escrito o pronunciado el texto original, desconocidos por regla general en la suya propia y que se designen en la lengua de partida por una expresión gramaticalmente acuñada: en tales circunstancias es el traductor quien ha de formular una breve síntesis de sus propios conocimientos de la cosa, y ha de hacerlo, además, basándose en lo que, según su propio juicio, pueda presumirse que saben los destinatarios de la traducción; de manera que ésta quedará inevitablemente entregada a las opiniones y prejuicios particulares del traductor. (Obsérvese, por lo demás, que esta operación de adivinar qué necesitará el lector u oyente de la traducción para entender de qué se habla excede de la "tra-

ducción adecuada" estricta, acercándose notablemente a la "traducción dinámica", con todos los riesgos que ésta ofrece).

1.1.3. La faceta o nivel inmediatamente superior a que debe atenderse para lograr una traducción ideal (según Katz, que —salvo las tecnicidades— concuerda exactamente con la práctica común) es el de la estructura superficial o manifiesta; es decir, la estructura inmediatamente perceptible en cláusulas sintagmas y clases de palabras (o "partes de la oración") y las relaciones gramaticales que medien entre estos elementos. Es obvio que, en general, la probabilidad de poder trasladar intacto este nivel es mínima, ya que el único modo natural de ser fieles al sentido consiste en manipular a fondo la estructura correspondiente del original (y más si también ha de mantenerse invariante la estructura subyacente); y cuando la lengua de partida y la de llegada sean muy distintas difícilmente podrá hablarse, en ningún caso, de conservación de tal estructura, salvo en el sentido de que las estructuras manifiestas del original se traduzcan por unas cuyo tipo sea el que *suela corresponder* al tipo de aquéllas en las versiones a la lengua de llegada (criterio, no hay que decirlo, escasamente gramatical y que, por lo tanto, también nos aleja de los conceptos que parecen propios de la traducción adecuada y se asemeja a los peculiares de la dinámica).

1.1.4. En la escala de facetas o niveles que estamos siguiendo, el último es el que añadiría a los anteriores la fidelidad fonológica (incluyendo en ella la prosódica). Ni que decir tiene que ahora cabe hacer consideraciones críticas muy análogas a las que hemos presentado a propósito de las facetas anteriores; debe notarse, sin embargo, que, en la medida en que los defensores del simbolismo fonético tengan razón, podrá lograrse, en principio, cierta fidelidad a este nivel por disímiles que gramaticalmente se-

an las lenguas que entran en juego en la traducción. (Otra cosa es la frecuencia con que puedan utilizarse tales semejanzas auditivas, salvo en el caso de lenguas cercanísimamente emparentadas; o sea, cuando la semejanza proceda de causas específicas, y no del simbolismo fonético en general).

1.1.5. Más allá de todo lo que hemos pasado quedan aspectos que, sin duda alguna, sería ideal poder mantener invariantes en la traducción y que no se puede suponer sin más que queden siempre —ni siquiera frecuentemente— atendidos en forma satisfactoria al cuidarse debidamente de los anteriores: son los correspondientes a los significados "superpuestos" al primariamente asignable al mensaje, o sea, los de la metáfora, la ironía y otras "figuras de lenguaje" de la retórica tradiciones (y cuyo tratamiento suelen encomendar hoy los lingüistas a un llamado componente retórico, precisamente, distinto de los gramaticales); y análogamente hay que decir de otros sentidos "superpuestos" que están ligados muy directamente al género literario al que pertenezca el texto a traducir, como son los posibles contenidos alegóricos, morales o gnómicos que encierre. En uno y otro casos parece claro que, por lo regular, el traductor apenas podrá hacer otra cosa que introducir *otras* metáforas, alusiones irónicas o insinuaciones alegóricas o morales que de algún modo produzcan en el oyente o lector (presunto) de la traducción un efecto comparable al que los sentidos superpuestos del original presumiblemente causaran en el suyo (pretensión de nuevo más propia de la traducción dinámica que de la adecuada).

Por otra parte, las circunstancias de la acción lingüística (entre ellas el género "literario" del texto, en un sentido muy amplio de "literario") y los presuntos saberes de los destinatarios son decisivos muchas veces pa-

ra la utilización y la interpretación de estos sentidos suplementarios, por lo cual debe considerarse la faceta del presente párrafo como de transición a las correspondientes a factores pragmáticos, de que voy a ocuparme inmediatamente a continuación.

1.2. Es evidente que la traducción ha de atender no solamente a los distintos niveles o facetas de índole sintáctica o semántica del mensaje, sino asimismo a toda una serie de aspectos que dependen de las relaciones que guarden entre sí, con el mensaje y con aquello a que éste apunte quienes intervengan en el intercambio lingüístico; es decir, que dependen de los factores llamados pragmáticos. Relaciones que, por lo demás, el emisor tendrá que haber estimado, en cualquier caso, y cuya apreciación de ellas se reflejará en ciertos pormenores del mensaje mismo; y de ahí que la fidelidad a los aspectos pragmáticos se apoye principalmente en primar una fidelidad escrupulosa a tal o cual detalle, rasgo o grupo de ellos del mensaje (ya sean características semánticas o sintácticas, fonológicas) que esté vinculado a la invariancia de los aspectos pragmáticos. Veamos unos cuantos tipos de facetas pragmáticas que interesan para la traducción.

1.2.1. La teoría de los actos verbales⁹ señala, en esencia, que el acto verbal de emisión de un mensaje lingüístico va encaminado a un objetivo (o a un conjunto de ellos simultáneamente) que se reconoce como tal en la comunidad lingüística: convencer al interlocutor de la verdad de lo que le presentemos como un hecho, o siquiera de nuestra opinión en ese sentido (cuando se trate de las frases declarativas o —como decía Aristóteles— apofánicas), lograr que el interpelado actúe en cierta forma (en los ruegos, súplicas, peticiones, órdenes, etc.), suscitar en él la expectativa de que nos comportaremos de determinada manera y

adquirir nosotros el compromiso de hacerlo así (caso de las promesas y actos semejantes), conseguir que aporte ciertas informaciones (con las preguntas), hacer que dé por efectuados los cambios institucionales (incluidas las estipulaciones de apelación lingüística) que —supuesto que cumplamos los requisitos pertinentes— enunciemos con el mensaje (como sucede con los "bautizos" de personas, cosas o conceptos con un nombre, con los nombramientos y proclamaciones de cargos, puestos y honores, con los valedictos, etc.), y otros variados objetivos.

En infinidad de casos la traducción directa de la forma lingüística se cuida por sí sola, sin necesidad de atención especial, de que en la lengua de llegada aparezcan también estos *aspectos inlocutivos* del acto verbal (o *actos inlocutivos*, como se prefiere a veces); pero en otros muchos la forma sintáctica literalmente apropiada para un tipo de estos aspectos o acto encubre lo que en las circunstancias de la acción verbal es otro muy distinto. Por ejemplo, con ciertas preguntas (*¿Puede/Quiere pasarme la sal?*, pero no con *¿Logra pasarme la sal?*) no se solicita en determinadas situaciones información alguna, sino que se formula una petición; los mandatos también se pueden transmitir con mensajes que formalmente sean declarativos (*El cuchillo se coge con la derecha; Te estás quieto ahora mismo*), y análogamente en otros muchos casos de "actos verbales indirectos" cuyo valor inlocutivo ha de cuidarse separadamente de mantener invariante el traductor.

1.2.2. Además de los aspectos inlocutivos del acto verbal existen diversas facetas pragmáticas del mensaje que es difícil que pueda tratar debidamente aquí, ya que la bibliografía lingüística sobre ellas no nos proporciona, no digo una teoría adecuada, sino ni tan sólo una presentación medianamente satisfactoria. Me contentaré, pues, con enu-

merar algunas cuya mención parece inexcusable.

En primer lugar, la manifestación lingüística del menor o mayor distanciamiento psicológico del emisor del mensaje con respecto al contenido de éste, la manera más o menos firme con que lo respalde; y como las formas de hacerlo varían mucho (entre las distintas lenguas, e incluso dentro de una misma lengua), desde el uso de partículas especiales y de expresiones acuñadas hasta el de proposiciones independientes que indiquen explícitamente el grado de respaldo, el traductor habrá de cuidarse, en general, de que esta faceta se mantenga también invariante.

En segundo término, en el mensaje se hace patente con frecuencia el tipo de relación social y de relación interpersonal que se dé por supuesta entre el emisor y el receptor (o el presunto receptor): en cuanto a lo primero, las formas llamadas de cortesía —por ejemplo, de los pronombres personales de segunda persona, pero no sólo de ellos— y honoríficas lo indican con claridad meridiana; y respecto de lo segundo, no puede dudarse de que en todas las lenguas —o así lo parece— existe una gama de "registros" del modo de hablar que emplean recursos sintácticos y léxicos parcialmente distintos (son los "registros" que van desde el más estereotipado y el protocolario al más descuidado y coloquial y al íntimo). Pues bien, por idéntica razón a la señalada a propósito del respaldo, habrá que prestar atención cuando se traduzca a si también se mantiene invariante el modo de hacer referencia a estas relaciones.

Finalmente, hay que tener en cuenta que en la inmensa mayoría de las comunidades lingüísticas el emisor puede servirse de muy distintas variedades lectales propias o características de ciertos subgrupos de la comunidad: dialectos geográficos, sociológicos o

de otra índole (por ejemplo, peculiaridades de oficios, profesiones o saberes especializados, de grupos étnicos o de edad o sexo, etc.); a lo cual ha de añadirse que en muchas de esas variedades aparecen diversas maneras de expresarse, según sea el género "literario" de la comunicación infantil o el ensayo con pretensiones literarias en sentido estricto; todo lo cual, como es obvio, debe quedar adecuadamente reflejado sin distorsión en el mensaje traducido. Innecesario es decir que aquí las dificultades son enormes, y que en una infinidad de casos lo único que cabrá hacer —si cabe— es apuntar a subgrupos que cumplan un papel o que estén caracterizados por un estereotipo que, para los presuntos receptores de la versión traducida, sean análogos al papel o a la caracterización estereotípica del subgrupo a que implícitamente se apuntase en el original; esto en cuanto a las variedades de habla aludidas; en lo referente al género literario y al estilo habrá que destacar en cada caso —para extremar la fidelidad al máximo— el nivel o niveles que sean fundamentales (en cierta poesía lírica, el ritmo y la fonética; en las instrucciones técnicas, la caracterización inequívoca de lo mencionado; en los guiones de televisión, la longitud de las frases y expresiones y su semejanza en las dos lenguas en punto a forma exterior de articularse, etc.), a lo que habrá que añadir la reproducción mas fiel posible de las convenciones estilísticas propias del género. Y es claro que si bien la búsqueda de las variedades de la segunda lengua que en cierta manera equivalgan a las de la primera es una operación típica de la llamada traducción dinámica, la recreación de estas convenciones sin duda la trasciende (en especial cuando es preciso *crear* el género de la lengua de llegada): es una actividad plenamente literaria o, tal vez más exactamente, de acuñación cultural.

1.2.3. Aún conviene tener en cuenta otros factores de la naturaleza pragmática: son los que atañen a la ilación del discurso, a su desarrollo como acción; puesto que tampoco en este campo existen sino meros esbozos parciales de descripción, haré sólo unas pocas observaciones fragmentarias.

Primeramente, es imprescindible mantener invariable cierto valor con que se emplea una gran variedad de recursos morfológicos y sintácticos: el de "signos de puntuación" del decurso de la interacción comunicativa. Algunos de estos valores son triviales; así, a nadie se le ocurriría traducir literalmente las fórmulas de iniciación o cierre de tal interacción (saludos, despedidas y cosas semejantes), sino que se reemplazan en cada caso por sus equivalentes en la lengua de llegada; pero otras veces no ocurre de tal modo, en absoluto: hay fórmulas y partículas que indican que se vacila en la elección de lo que se vaya a decir o ante el hecho de la propia interrupción al interlocutor, que instan al hablante a continuar, etc; en estos casos habrá que sopesar muy cuidadosamente cuál es el valor de puntuación, para que no se pierda.

Y, en segundo lugar, todos los puntos en los que el emisor burle manifiestamente alguno de los principios generales que regulan tal interacción, o de los específicos que regulen el tipo concreto de interacción lingüística que tenga lugar (en primer término, desde luego, los primeramente descubiertos y formulados, esto es, las máximas conversatorias señaladas por Grice)¹⁰, requerirán que, burlando asimismo ese principio u otro semejante de la cultura a la que se traduzca, se insinúe al receptor de la traducción lo mismo —o algo muy análogo— a lo que, dadas las circunstancias de la acción verbal original, se insinuase al receptor de la lengua de partida con aquella violación manifiesta. Requisito que, en general, cons-

tituye una dificultad suplementaria para el traductor, debido a que ni esos principios son comunes a todas las culturas (*vid.*, entre otros, el trabajo de Ochs de 1975) ni el de burlarlos insinúa lo mismo —ya que tal insinuación se apoya en cada caso en creencias, costumbres, opiniones o instituciones propias de la cultura que sea.

1.3. Hemos visto repetidamente que gran parte de lo que se "transmite" verbalmente es imposible de mantener invariante en la traducción (en general), de suerte que en muchos casos sólo puede aspirarse a suscitar en el destinatario del mensaje traducido un efecto poco más o menos equivalente al que presumiblemente suscitase el mensaje original en un oyente o lector de su lengua; y —como ya he apuntado antes— la "traducción dinámica" eleva este hecho a principio general: lo que se pretende es lograr que el efecto total causado por el mensaje traducido sea lo más parecido posible al efecto total presumiblemente entendido por el autor para el mensaje original. Es esencial advertir, sin embargo, que aquí "efecto total" significa prácticamente efecto principal dadas las expectativas atribuidas al receptor¹¹; pues si hubiese que tomar "total" con todo rigor, este género de traducción se propondría como objetivo, simplemente, la perfección en la invariancia simultánea de *todos* los niveles del mensaje: es decir, no definiría —como de hecho hace— una estrategia de traducción, sino meramente el objetivo ideal último de lo que es la traducción en general.

La labor del intérprete oral, que generalmente va ligada a una actuación verbal de los interlocutores con cierto grado de improvisación y en parte apoyada en la situación en que el intercambio tenga lugar, tiene casi siempre como meta precisamente la de la traducción dinámica: una exposición natural en la segunda lengua de lo que el ha-

blante haya querido dar a entender con sus palabras. En el caso de la traducción de textos escritos, una actitud —o estrategia— traductoria de este género requiere un profundo conocimiento de las características de aquellas personas a quienes el autor destinara (presumiblemente) el mensaje, así como una previsión certera de las opiniones, conocimientos, capacidad intelectual, estado de ánimo, preparación literaria y artística, expectativas, etc. —en suma, de las características— de las personas a quienes se destine la traducción. Lo cual quiere decir que ya no es posible hablar de *la* traducción óptima —no digamos, perfecta— de un texto dado: para cada "público" previsto habrá una traducción óptima (si es que no "empatan" varias compensando defectos en unos aspectos con virtudes en otros). Y nótese también que la idea de efecto principal que acabo de señalar conlleva —como indican explícitamente los propugnadores de la "traducción dinámica"— la de que es posible (y necesario para este tipo de traducción) jerarquizar la importancia de los distintos niveles o facetas de lo "transmitido" por el mensaje.

Es evidente que las dificultades con que tiene que enfrentarse ahora el traductor, y los conocimientos de que ha de valerse, son incomparablemente mayores que todo lo que debía dominar el traductor de la mera "traducción adecuada" (o "lingüística"), por no hablar del traductor que esencialmente traducía palabra por palabra (más o menos lo que se ha llamado "traducción filológica"); y al tener en cuenta estas nuevas exigencias, sin duda el coro de quejas y gemidos que desde antiguo acompaña a la traducción (especialmente a la traducción literaria, pero no sólo a ella)¹² debería aumentar su intensidad en varios decibelios. Pero también es obvio que la meta que así se propone es incomparablemente más acer-

tada: ¿qué otra cosa puede ser más apropiada, en efeto, que lograr que el nuevo mensaje caiga en los oídos del nuevo receptor con el mismo efecto que el mensaje original ejerciese al penetrar en los del destinatario de su propia lengua?

2.. Sin embargo, no todo son ventajas en la estrategia ideal de la traducción dinámica.

La primera dificultad estriba en cómo debe establecerse la aludida jerarquía o sistema de prioridades en la fidelidad a los distintos niveles o facetas del mensaje. Pues aun suponiendo que se sepa cuanto sea menester respecto de los destinatarios originales y los (presuntos o presentes) receptores de la traducción, y que estén perfectamente claras todas las demás variables que influyen al respecto, es inevitable un alto grado de arbitrariedad en la fijación de tal jerarquía, ya que es el traductor quien ha de elegir cuál efecto será para él el central o principal. Por ejemplo (—que no es casual, como indicaré enseguida—): en el caso de la traducción de libros sagrados, ese efecto puede ser, para el traductor, el mensaje salvífico encapsulado para todos los hombres en esos escritos de la tradición de un pueblo determinado (concepción que, sin ninguna otra consideración que la equilibrio, puede llevar a atropellar por completo todo cuanto —a juicio del traductor— pudiese estorbar la comprensión inmediata del mensaje de salvación)¹³; o puede residir, tal efecto, en la transfiguración poética de la realidad del idioma realizada por aquellos genios literarios remotos (con lo que acaso se procure conservar ante todo la suma de efectos sonoros y metafóricos del original), o bien —mirando las cosas antropológicamente— en hacer patente la peculiaridad concreta de los seres divinos o demiúrgicos que se trasluzcan en esas Escrituras (cosa que llevará —paradójicamente, para este ideal de traducción— a realzar la extrañeza con que

se nos aparezca ese mundo ya pretérito). ¿Cómo elegir no arbitrariamente entre estas (y otras muchas) posibilidades?

En segundo lugar está el problema que acabamos de rozar: el de la alternativa entre fidelidad a un supuesto contenido y fidelidad a las diferencias entre culturas. Problema verdaderamente serio —como hemos visto, enteramente real— de llegar a extremos grotescos en el intento de acercar el texto al lector u oyente, es indudable que *no* puede justificarse con plena generalidad la tesis de que el ideal sería causar en los receptores de la lengua de llegada el efecto que es de suponer causase el mensaje original en los receptores cuya era la lengua de éste: mensaje de salvación o no, las diferencias entre culturas (si las hay, e importantes) no deberían quedar borradas, so pena de empobrecer lastimosamente nuestra visión del hombre y sus posibilidades. Pero en cuanto se adopta esta posible postura se entrega al azar de las (sincerísimas) opiniones del traductor la elección de una cualquiera de entre la innumerables opciones que van de la literalidad más rígida (con entera incompreensión de la posible universalidad del mensaje) a la transfusión más completa y sin residuo al mundo del nuevo receptor (con total allanamiento de toda diferencia cultural)¹⁴.

Por fin, queda una cuestión que no he tocado hasta ahora, dándola implícitamente por resuelta, pero que, por mucho que se tenga una opinión relativamente consolidada al respecto, no puede silenciarse como si no existiera. Se trata del tema de la *naturalidad* de la traducción, esto es, de que esté realizada de tal modo que sus expresiones no causen ninguna extrañeza lingüística a los hablantes de la lengua de llegada: ¿es necesario, o siquiera siempre preferible, que los textos traducidos presenten esta característica? No se trata, naturalmente, de poner el tela de juicio la conveniencia de adop-

tar o crear neologismos, que muchas veces son inevitables (cosa que nadie discute), sino de señalar que acaso sea deseable que el traductor, inspirándose en el texto original, fuerce levemente las pautas habituales que en el medio lingüístico de llegada constituyan la norma¹⁵, o que las especialice en direcciones determinadas, con vistas a enriquecer las posibilidades de expresión de la lengua correspondiente. A mi juicio, suele ser peligroso para el bien cultural constituido por la propia lengua que se intente ampliarla precisamente en las traducciones a ella (el resultado suele ser el barbarismo ocioso y la desagregación gramatical, con pérdida justamente de posibilidades de matización); pero bien sea en ellas o en obras no traducidas, hay que contar con que en ciertos casos puede ser deseable explotar esa posibilidad, que, como es sabido, ha desempeñado históricamente papeles de gran importancia (por ejemplo, con la introducción de cultismos latinos en las lenguas europeas modernas en las épocas del Renacimiento y el Barroco); por lo demás, toda introducción de nuevos estilos literarios aparecidos en países de otra lengua suele realizarse a través de ese "peligroso" paso (que es casi inevitable). Ahora bien, la teoría de la traducción dinámica no posee lugar alguno en que alojar a estas ampliaciones, como tampoco, en general, nada que enfrente al último receptor con la extrañeza de su distancia del primer emisor (aunque, reconozcámoslo, acaso no fuese difícil ampliarla, a su vez, para que cupiesen en ella).

3. El primer paso que posiblemente pueda darse hacia una teoría satisfactoria de la traducción, en el sentido de teoría de la actividad de traducir, consistirá en encontrar unos casos de tal actividad que, sin ser resultado de ninguna simplificación desnaturalizadora, nos la hagan algo transparente. El carácter cíclico de la traducción usual por

escrito, en la que el traductor vuelve una y otra vez sobre sus versiones anteriores, unido al hecho de que en ella se superponga al traducir una segunda operación lingüística (el traslado a la escritura), apuntan claramente a la labor del intérprete oral como el campo de análisis por ahora privilegiado en este aspecto. Y, efectivamente, si descontamos las múltiples "teorías" del proceso de traducción que, por su irremediable vaguedad, no exponen, predicen ni explican nada¹⁶ los únicos intentos hechos hasta ahora de penetrar en este proceso que ofrecen perspectivas prometedoras son los que se han concentrado en la interpretación oral, en especial en la simultánea. Es cierto que existe una gran diferencia entre este difícilísimo arte y el de la traducción por escrito usual; pues, como he indicado ya, el intérprete ha de partir de la idea de que normalmente el hablante ha formulado de manera más bien imperfecta lo que quería dar a entender (y es esto último a lo que ha de apuntar la tan "dinámica" versión que él haga)¹⁷, mientras que el traductor de escritos debe típicamente contar con que en el texto a traducir se ha incorporado todo lo que se quisiera "transmitir", y, por consiguiente, con que *todas* sus facetas o niveles son resultado de un cuidadoso ponderar la forma que iban a tener, son posiblemente importantes y deben mantenerse invariantes en la medida de lo posible (por mucho que pueda establecerse la jerarquía preconizada por la "traducción dinámica"). Sin embargo, como sólo en la interpretación oral simultánea se encuentra un sólo ciclo de traducción (intelección del mensaje, reestructuración de sus aspectos significativos con vistas a la lengua de llegada y formulación concreta de ésta, con posible cotejo *a posteriori* entre la traducción y el original¹⁸, siquiera algunas veces), sólo en ella podemos estudiar de algún modo cómo tienen lugar tales operaciones.

La verdad es que, por ahora, estos análisis sólo han aportado datos meramente preliminares, ya procedentes de indagaciones fundamentalmente introspectivas (que en la situación de abisal desconocimiento en que hoy nos encontramos proporcionan una guía inapreciable)¹⁹, ya de algunos métodos clásicos de la psicolingüística²⁰. En mi opinión, el camino a seguir está bastante claro: habría que prolongar los que dibujan estos dos métodos de estudio, si bien sería menester que se tuviesen en cuenta las investigaciones lingüísticas y psicolingüísticas recientes —poco más o menos desde 1975— sobre la comprensión de los mensajes verbales, que es uno de los campos más en auge últimamente²¹ y, según parece, desconocido por completo por los estudiosos de la traducción (hasta el punto de que han redescubierto por su cuenta —y ello es garantía de la seriedad de sus análisis— varios hechos sacados a la luz en los últimos años por lingüistas y psicolingüistas); e igualmente debería estarse muy al tanto de los esfuerzos actuales por obtener avances comparables referentes a la producción verbal, que aunque se encuentran muy a la zaga de los de la recepción, no dejan de presentar ideas y técnicas que podrían ser muy útiles²². (Por ejemplo: ¿por qué no sesgar el léxico del intérprete proporcionándole con breve antelación palabras de campo semántico al que deba referirse en su versión, de modo que los errores que así cometa o la facilitación consiguiente nos revelen algunos de los mecanismos con que logre el acceso a su propio lexicón interno? ¿Qué hipótesis podrían formularse capaces de predecir los resultados que se obtendrán si proyectamos ante el intérprete escenas visuales que coincidan —enteramente o en parte— con las que se describan en el texto a traducir? Y así sucesivamente).

Pero esto no es todo. Pues, no cabe duda, a mi juicio, de que la peculiar actividad

de la traducción simultánea, con sus durísimas exigencias, puede y debe considerarse como una especial tarea de uso del lenguaje (en el sentido técnico de "tarea" en la psicología experimental) que, pese a lo excepcional de sus condiciones, es capaz de arrojar mucha luz sobre los mecanismos que subyagan a la más modesta y relajada operación de comprender los mensajes lingüísticos y de formularlos (como claramente in-

dicen los mismos descubrimientos de los teóricos de la traducción simultánea a que acabo de referirme). Esta es otra cara de la relación entre traducción y teoría lingüística a la que rara vez se hace alusión y que interesaba subrayar.

El presente artículo fue escrito para el primer y único número de la revista *Márgenes*, que no llegó a distribuirse.

NOTAS

- 1 Véase el relativamente reciente, completo y clarísimo resumen Nida (1976).
- 2 Debido, en su formulación actual, a Katz (1971: S 22), aunque, en forma más o menos aproximada, había sido formulado antes por Frege, Tarski, Hjelmstev, Hockett, Searle, Shwayder y otros filósofos y lingüistas, y subyace (inexplícitamente, claro) a la práctica de recurrir al lenguaje para puntualizar cualesquiera ideas.
- 3 Nótese que la "institución" puede incluso ser un concepto, con lo cual la ausencia se hace más llamativa y más difícil de cubrir directamente: véase Givón (1976: S 4).
- 4 Cf. las razonables observaciones de la Tolmach en Tolmach-Lakoff (1972).
- 5 Por ello propone Keenan (1978) atenuar el fortísimo principio de efiabilidad.
- 6 Véanse muy ilustrativos ejemplos de Givón (1978: S 2 y 3).
- 7 Me refiero a cosas como el uso de adjetivos que apuntan a la dimensión vertical para caracterizar estados anímicos —*abatido, levantado (el ánimo)*—, señalar posiciones en escalas axiológicas —*bajo, elevado*—, etc. Tal vez los primeros estudios de este género sean los clásicos de Asch (1955 y 1958), que gozaron de un aplauso efímero, pero que han tenido en estos últimos años una importante continuación (al parecer, independientemente) entre los lingüistas: *vid.*, por ejemplo, Jackendoff (1976 y 1977) y Lakoff y Johnson (1979).
- 8 Nida, al señalar (en las obras citadas) que era preciso llevar a cabo —sin duda, de modo intuitivo— una "transformación hacia atrás" (*back transformation*) para llegar al nivel de esta estructura, que sería clave en toda traducción certera.
- 9 Que procede en último término de las ideas de Wittgenstein sobre los "juegos lingüísticos" (ya que las anticipaciones gardinerianas y Bühlerianas parecen no haberse tenido en cuenta); esta teoría aparece desarrollada en Austin (1955) y recibe su formulación clásica en Searle (1969), por mucho que tanto este último filósofo como otros autores la hayan criticado y retocado posteriormente.
- 10 Este autor ha indicado (en Grice, 1968) que la conversación se rige por un principio general de cooperación entre interlocutores sin el cual sería imposible, por regla general, que tuviese utilidad para éstos entablarla; y que puede especificarse tal principio en una serie de "máximas" tales que si el emisor burla una cualquiera de ellas (o sea, la viola, manifiestamente, pudiendo no hacerlo), lleva al receptor a sacar ciertas consecuencias, que culturalmente están casi determinadas, dada la situación. Por ejemplo, si a la pregunta *¿Qué edad tiene usted?* se responde con *Más de dos años*, lo más fácil es que (en nuestra cultura) quien hubiese formulado aquella piense que ha cometido una indelicadeza. Sobre esta teoría puede verse en castellano el resumen que aparece en Rivero (1976), *ad finem*.
- 11 Sobre la esencial importancia de calcular con precisión las expectativas del receptor, véase Rülker (1973).
- 12 Pueden leerse algunas lamentaciones de los traductores medievales del árabe y al árabe en Vemet (1974: cap. 3); otras voces de desmayo más recientes ante esta operación de traducir, de la que —no sin cierta hipérbole— alguno de sus adeptos ha dicho que probablemente es "el tipo

- de suceso más complejo hasta ahora acontecido en la evolución del cosmos" (Richards, 1953: pág. 250), son, por ejemplo, las de Fang (1953) y Noel (1978).
- 13 Como se hace en la traducción de parte del Nuevo Testamento conocida por el nombre de *Cotton Patch Version*, en la que Jerusalén se trasmuta en Atlanta (que es la capital del estado norteamericano de Georgia), el Templo es ahora la First Church y Pedro, hijo de Juan, se convierte en Rock Jhonson, o sea, en algo así como el Ibáñez Pétreo. (Tomo estos datos de Nida, 1976, pág. 50).
 - 14 La traducción dinámica se debe principalmente a los traductores modernos de la Biblia, deseosos de que el mensaje que creen divino sea directamente accesible a los hombres de cualquier lengua y cultura. No debe minusvalorarse este enfoque, que ha proporcionado, tanto con este tipo de textos como con otros muchos, excelentes resultados muchas veces; pero tampoco puede omitirse mencionar que el deseo de disolver cuanto pudiera estorbar la instilación más rápida y feliz de ese mensaje en las almas ha llevado en otras ocasiones a liquidar implacablemente diferencias culturales importantísimas, simplificando de forma drástica la incalculable complejidad del mundo humano. (Reproche que, con todas sus excelencias estilísticas y de fidelidad a un sinnúmero de detalles, no puede dejar de hacerse a los traductores de la *Nuevo Biblia Española*).
 - 15 En el mismo sentido de Coseriu, y también en el de sujeción a las características de estilo habituales en un tipo de textos; por ejemplo, ¿no podría un traductor al kukeles (cf. Taber, 1971) evadirse en ocasiones de la norma estilística de la narración kukelesa por la cual ha de referirse a acontecimientos siguiendo siempre el orden cronológico en que se suponga que se han producido?
 - 16 Por poner algunos ejemplos ilustres de semejantes no-teorías: véanse Richards (1953) y Steiner (1973: cap. 5, *ad initium*).
 - 17 Cf. Seleskovitch (1977).
 - 18 Recuerde que los intérpretes se rectifican a sí mismos con alguna frecuencia; pero ¿cómo: en qué lengua o medio colectivo? No sabemos absolutamente nada.
 - 19 Cf. los estudios de Seleskovitch, especialmente sus trabajos 1976a y 1976b.
 - 20 Puede consultarse el excelente resumen de Gerver (1976), con una propuesta —por simplificada que sea— de modelo informático basado en los datos experimentales.
 - 21 Véanse, por ejemplo, Massaro (1975), Kavanagh y Strange (1976), Freedle (1977), Wold (1977), Just y Carpenter (1977), Lewelt y Flores D'Arcais (1977), Oleran y Denis (1978) y Cooper y Walker (1979).
 - 22 Vid. Schlesinger (1975), los trabajos de Chafe y de Weiner y Goodenough en el ya citado Freedle (1977) y, especialmente, Rosenberg (1976).

BIBLIOGRAFÍA

- ASCH, S.E., 1955; *On the Use of Metaphor in Description of Persons*, en H. Verner (comp.) *On Expressive Language*; Worcester de Mass., Clark Univ. Press, pp. 29-38.
- 1958; *The Metaphor. A Psychological Inquiry*, en R. Tagiuri y L. Petruccio (comps.), *Person Perception and Interpersonal Behavior*, Stanford, S. Univ. Press, pp. 86-94.
- AUSTIN, J.L., 1955; *How to do Things with Words*; Cambridge de Mass., MIT Press, 1962 (versión cast: *Acciones y palabras*; Buenos Aires; Paidós, 1971).
- BRISLIN, R.W., (comp.), 1976; *Translation: Applications and Research*; Nueva York; Gardner.
- CATFORD, J.C.; 1964; *A Linguistic Theory of Translation*; Londres, Oxford Univ. Press, 1965 (versión cast: *Teoría Lingüística de la Traducción*; Caracas, Univ. Central de Venezuela, 1970).
- COOPER, V.E. y E.C.T. WALKER (comps.), 1979; *Sentence Processing - Psycholinguistic Studies Presented to Merrill Garret Hillsdale*; Erlbaum.
- FANG, A.; 1953; *Some Reflections on the Difficulty of Translation*, en Wright (comp.), pp. 263-85.
- FREEDLE, R.O. (comp.); 1977; *Discourse Production and Comprehension*; Norwood, Ablex.
- GERVER, D.; 1976; *Empirical Studies of Simultaneous Interpretation; A Review and a Model*, en Brislin (comp.), cap. 5.

- GIVON, T.; 1978; *Universal Grammar, Lexical Structure and Translatability*, en Guenther y Guenther-Reutter (comps.), pp. 235-72.
- GRICE, H.P.; 1968; *Logic and Conversation*, recogido en P. Cole y J. Morgan (comps.), *Syntax and Semantics*, vol. 3; *Speech Acts*, Nueva York, Academic Press, pp. 41 -58.
- GUENTHNER, F. Y M. GUENTHNER-REUTTER (comps.); 1978; *Meaning and Translation: Philosophical and Linguistic Approaches*; Londres, Duckworth.
- JACKENDOFF, R.S.; 1976; *Toward an Explanatory Semantic Theory; Linguistic Inquiry 7, 1*, pp. 89-150.
- 1977; *Grammar as Evidence for Conceptual Structure*, en M. Halle, J. Bresman, G.A. Miller (comps.), *Linguistic Theory and Psychological Reality*; Cambridge de Mass., MIT Press, 1978, cap. 5.
- JUST, MA, Y P.A. CARPENTER (comps.); 1977; *Cognitive Processes in Comprehension*; Hillsdale, Erlbaum.
- KATZ, J.J.; 1971; *Semantic Theory*; Nueva York, Harper & Row, 1972.
- 1978; *Effability and Translation*, en Guenther y Guenther-Reutter (comps.), pp. 191 -234.
- KEENAN, E.L.; 1978; *Some Logical Problems in Translation*, en Guenther y Guenther-Reutter (comps.), pp. 157-89.
- LAKOFF, G. Y M. JOHNSON; 1979; *Toward and Experientialist Philosophy: The Cafrom Literal Metaphon* trabajo inédito (versión preliminar).
- LEVELT, W.J.M. Y G.B. FLORES D'ARCAIS (comps.); 1977; *Studies in the Perception of Language*, Nueva York, Wiley, 1978.
- MASSARO, D. (comp.); 1975; *Understanding Language: An Information-Processing Analysis of Speech Perception, Reading, and Psycholinguistics*, Nueva York, Academic Press. Nida, E.A.; 1964; *Toward a Science of Translating*; Leiden Brill.
- 1976; *A Framework for the Analysis and Evaluation of Theories of Translation*, en Brislin (comp.), cap. 1. y C.R. Taber, 1969; *The Theory and Practice of Translation*, Leiden Brill.
- NOEL, C.; 1978; *La traduction littéraire; Il Traduttore* 28, 3-4, pp. 10-16.
- (OSCH) KEENAN, E.; 1975; *On the Universality of Conversational Postulates*, trabajo multicopiado por el Indiana University Linguistic Club.
- OLERON, C. Y M. DENIS (comps.); 1978; *Comprehension et langage* (igual *Bulletin de Psychologie*, 32, 341), París, Groupe d'études de l'Université de París.
- RICHARDS, I.A.; 1955; *Toward a Theory of Translating* en Wright (comp.), pp. 247-62.
- RIVERO, M.L.; 1976; *Un ejemplo de metodología de filosofía analítica en la semántica lingüística: La cortesía y los actos verbales*, en E. Abad y otros, *Metodología y gramática generativa*, Madrid, SGEL, 1978, pp. 113-33.
- ROSENBERG, S. (comp.); 1976; *Sentence Production: Developments in Research and Theory*; Hillsdale, Erlbaum, 1977.
- RÜLKER, K.; 1973; *Zur Pragmatischen Invarianz Bei Der Translation*, en A Neubert y O. Kade (comps.), *Neu Deitrag Zu Grundfragen Der Übersetzungs-Wissenschaft* Leipzig, Athenäum, pp. 29-45.
- SCHLESINGER, I.M.; 1975; *Production and Comprehension of Utterances*, Hillsdale, Erlbaum, 1977.
- SEARLE, J.; 1969; *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*, Cambridge, C. Univ. Press.
- SLESKOVITCH, D.; 1976a; *Interpretation: A Psychological Approach to Translation*, en Brislin (comp.), cap. 2.
- 1976b; *Traduire: de l'expérience aux concepts*, en D. Seleskovitch (comp.), *Traduire: les idées et les mots* (igual *Études de linguistique appliquée*, n.s. 24), París, Didier, pp. 64—91.
- 1977; *Why Interpreting is not Tantamount to Translation Languages; The Incorporated Linguist* 16, 2, pp. 27-33.
- STEINER, G.; 1973; *After babel: Aspects of Language and Translation*, Londres, Oxford Univ. Press, 1975.
- TABER, C.R.; 1971; *Traduire le sens, traduire le style*, en J.R. Ladmiral (comp.), *La Traduction* (igual *Langages*, 7, 28), París, Didier Larousse, 1972, pp. 55-63.
- (TOLMACH) LAKOFF, R.; 1972; *Contextual Change and Historical Change: The Translator as Time Machine*, trabajo multicopiado.
- VERNTE, J.; 1974; *La cultura hispanoárabe en oriente y occidente*, Barcelona, Ariel, 1978.
- WOLD, A.M.; 1977; *Decoding Oral Language*, Londres, Academic Press, 1978.
- WRIGHT, A.F. (comp.); 1953; *Studies in Chinese Thought* Chicago, Univ. of Chicago Press.

La Casa del Traductor de Tarazona

Encuentro-Intercambio-Cosecha

FRANCISCO J. URIZ

Hace unos días, en el prólogo de una publicación que lleva el título de Ediciones de la Torre en la Casa del Traductor, presentación de veinte poetas europeos contemporáneos aún no presentados en España, se leía lo siguiente:

«Esto que tienes ante los ojos es un subproducto. Son desechos. Sobras. Son sobras en el sentido de que no es el objetivo de la Casa del Traductor, por mucho que nos guste, dedicar su energía a hacer estas entregas poéticas. La misión de la Casa del Traductor, o nuestro "producto", es la difusión de la literatura española en el extranjero. Y esto es lo que durante años vienen haciendo los traductores que han estado aquí. Desde Alfonso x *el Sabio* hasta Bernardo Atxaga, pasando por Miguel Labordeta y Eduardo Mendoza, han sido decenas los autores traducidos en la Casa y publicados en Rusia, Finlandia, Albania, Alemania, Bulgaria, Eslovenia, Suecia, etc.

También es tarea de la Casa el reciclaje, el perfeccionamiento y puesta al día del castellano de los traductores por medio del intenso contacto que tienen con la ciudad y sus habitantes. Los hemos visto volverse a sus países transformados, llevando con ellos esa liamita de amor o entusiasmo que los convierte en activos difusores de lo español por el mundo».

Pero a pesar de ello las entregas poéticas de la Casa del Traductor son una realidad. Los años que llevo traduciendo poesía han despertado en mí una gran curiosidad poética y cuando alguien me notifica su intención de venir a la Casa del Traductor de Tarazona le pido que me traiga algunos poemas de su poeta predilecto. Y en ratos perdidos empezamos a leerlo, interpretarlo y traducirlo a cuatro manos o, utilizando una expresión taurina, al alimón. En colaboración con algunos poetas y traductores que han pasado por la Casa, he hecho pues lecturas profundas de poesía en idiomas que desconocía que luego se han convertido en tentativas de versiones. Un pasatiempo.

En el libro se presentan poetas de Bulgaria, Albania, Eslovenia, Rusia, Dinamarca, Noruega, Finlandia, Suecia, Irlanda y Alemania traducidos en la Casa, poetas desconocidos en España.

También en la Casa se han preparado traducciones de poesía aragonesa al búlgaro y al albanés publicadas recientemente. Y se están preparando antologías de poesía aragonesa que se publicarán en Rusia y Eslovenia. Y por interesante que sea todo eso, lo definiría como subproducto, ¿por qué? Porque la Casa del Traductor de Tarazona tiene como objetivo fundamental proporcionar a los tra-

ductores literarios de las lenguas del Estado español a cualquier otra lengua del mundo, y viceversa, un lugar de trabajo y de encuentro con sus colegas. Un espacio en el que puedan trabajar en solitario y donde, al mismo tiempo, tengan a mano compañeros con los que poder comentar las dificultades del trabajo diario.

En la CdT se producen mejores traducciones y, también, se conciben nuevos proyectos de traducción y se trabaja en pro de la comunicación entre los pueblos del mundo.

Otros objetivos son: confeccionar un fichero de dificultades y soluciones de problemas de traducción, preparar glosarios especiales y trabajar en el perfeccionamiento de los instrumentos que tiene a su disposición los traductores.

La CdT organizará encuentros entre traductores, y también de escritores, traductores y editores, etc, y está abierta a las propuestas de organización de reuniones que tengan por finalidad mejorar las condiciones de trabajo y el reconocimiento social del traductor.

La CdT de Tarazona forma parte, junto con las de Straelen (República Federal de Alemania), Arlés (Francia), Procida (Italia) y Norwich (Reino Unido), de la red de casas del traductor que se está creando en Europa, y se encuentra, como las otras, bajo los auspicios del Consejo de Europa.

Este año se acaban de crear dos casas del traductor nuevas: una en Holanda, con dos habitaciones, y otra en Suecia con diez —en la isla de Gotland, con una vista espectacular sobre la hermosa ciudad medieval de Visby y el Báltico—, que es un centro para traductores y escritores de los países bálticos.

Tanto para la CE como para el Consejo de Europa las casas del traductor son piezas esenciales en la creación de una Europa que

no sea la de los mercaderes y las multinacionales: la Europa de la Cultura.

También el Ministerio de Cultura español, durante la presidencia de España de la CEE en 1989, subrayó el importante papel que desempeñan y animó a la consolidación de la red de casas existente y la creación de otras nuevas. El entonces ministro de Cultura, señor Solé Tura, durante su visita a Tarazona a finales de mayo, insistió en la consideración de la Casa como un proyecto de gran valor europeo y una realidad importante y reconocida en Europa, y confirmó la voluntad del Gobierno en apoyarla.

La Casa del Traductor de Tarazona es el instrumento del que se ha dotado para cumplir sus fines de mejorar y fomentar la traducción la Asociación de Amigos de la Casa del Traductor, asociación sin fines de lucro, inscrita en el registro del Ministerio del Interior, independiente de los poderes públicos pero financiada totalmente por subvenciones de la Diputación Provincial de Zaragoza, de los Ministerios de Cultura y de Asuntos Exteriores, del Ayuntamiento de Tarazona, de la Caja de Ahorros de la Inmaculada y de la Comisión de las Comunidades Europeas (CEE).

La Casa del Traductor lleva cinco años funcionando, a trancas y barrancas, con incontables dificultades, pero ha logrado mantenerse viva.

El Ministerio de Cultura, por medio del Centro de las Letras Españolas, está dando los últimos toques al texto que creará un consorcio para dar un nuevo impulso a la Casa y el Ayuntamiento está tratando de conseguir financiación para rehabilitar la sede permanente sin la que la realmente existente se convertiría en un pariente de los fantasmas de las brujas de Trasmoz.

En espera de la instalación definitiva en una casona del centro de la ciudad, la Casa del Traductor funciona ahora, provisional-

mente, en un chalé acondicionado para este fin. La CdT dispone de seis dormitorios con su lugar de trabajo (con ordenadores IBM y Macintosh), una cocina, un cuarto de estar y una gran biblioteca (en vías de formación) en la que se dispondrá de mesas de trabajo con ordenadores o máquinas de escribir.

La biblioteca tiene tres secciones: la primera y más importante la de diccionarios y enciclopedias, la segunda de grandes traducciones de los idiomas del Estado español con sus originales respectivos y la tercera de "novedades" entre las que se encuentra una serie de libros españoles no traducidos que estarán a disposición de los traductores con el fin de estimular su curiosidad y su vocación descubridora.

Editores nórdicos y españoles, instituciones como Internaciones (Alemania) y agencias literarias (Carmen Balcells) ayudan significativamente a la ampliación de la biblioteca.

A los traductores, la CdT les ofrece gratuitamente el alojamiento. Y aunque la casa es para uso exclusivo de traductores, éstos podrán traerse a su escritor para trabajar con los problemas que, a veces, tan difíciles son de solucionar por carta. El tiempo de estancia es, por ahora, ilimitado; mejor dicho, el razonablemente necesario para terminar un trabajo. Basta con una llamada telefónica o una simple carta para ser acogido en la CdT, siempre que haya sitio disponible.

Al igual que en las casas de Straelen, Procida, Norwich y Arles, los traductores

ciudadanos de los países de la CE reciben una beca que se destina, en parte, a sufragar los gastos de la casa. Los traductores ciudadanos de los países de Europa Central (antes países del Este), debido a sus dificultades con las divisas, reciben una pequeña ayuda para gastos de alimentación.

Para terminar, es importante insistir en que en las Casas del Traductor no se enseña a traducir: se aprende. Se aprende traduciendo en convivencia con otros colegas.

¿Tarazona? Y eso, ¿por dónde cae?

Tarazona es una hermosa ciudad de unos diez mil habitantes, con rica historia y abundantes monumentos históricos que ofrece a los traductores un hermoso entorno (Monasterio de Veruela y Parque Natural del Moncayo) y una tranquila atmósfera de trabajo. Está en la Comunidad Autónoma de Aragón, a 75 kilómetros de la capital, Zaragoza.

A Tarazona se llega por carretera. En coche por la autopista Barcelona-Pamplona, salidas de Gallur o Tudela. Y desde Madrid, vía Soria. Hay autobuses de línea desde Madrid (Autobuses *Continental*, teléfono 91-533 37 11), con cambio en Soria, salida de la calle Alenza, 20, y desde Zaragoza (*Therpasa*, teléfono 976-22 57 23), salida de la calle General Sueiro, 22, directo.

Dirección: Casa del Traductor

C/ Borja, 7, casa 4

50500 Tarazona

Teléfono: internacional + 34 76 64 30 12



Críticas, desahogos y reflexiones sobre textos trasladados

Reproducimos a continuación dos textos, del crítico Mauro Armiño el segundo, el primero de Thomas Kauf, víctima éste de la irresponsabilidad del anterior y de la falta de respeto del diario ABC. El día 22 de marzo de 1993, apareció en el suplemento literario del citado diario una reseña violentamente negativa firmada por el mencionado crítico acerca de la traducción del también aludido colega, quien recurrió a su derecho de réplica enviando al director de ABC el texto que reproducimos. Sin embargo y pese a las insistentes y prudentes gestiones de Thomas Kauf, ABC se negó a darle cabida en sus páginas.

Resulta evidente para todos (los colegas) que el caso que presentamos no es único ni aislado. Con frecuencia los traductores se ven privados de la posibilidad de defender la bondad de su trabajo y su propia competencia profesional por no disponer de acceso flexible a los medios de comunicación. Esperamos que, en adelante, todos los colegas que atraviesen situaciones semejantes cuenten con las páginas de VASOS para satisfacer su derecho a la expresión libre.

"Carta al director"
A la atención de Javier Badía
San Cugat, a 21 de marzo de 1993

Señor director de *ABC literario*:

Con referencia a la reseña de Mauro Armiño del libro *Pura pasión*, de Annie Ernaux (*ABC* del 12-03-93), en tanto que traductor de la obra citada, ruego, para ilustración de sus lectores, la publicación de las puntualizaciones siguientes.

Vaya por delante la expresión de mi agradecimiento a Mauro Armiño por el interés que manifiesta hacia la labor del traductor, una labor que las más de las veces ni se menciona y a la que dedica nada menos que doce de las setenta líneas de su columna.

En su crítica, Armiño dice sorprenderse por: «...encontrar ya en la línea sexta del texto, el término "clapoteos", inexistente en la historia pasada y presente del castellano, y quiero presumir que también lo será en su futuro por más que progrese el deterioro del idioma...». Comparto su preocupación por este deterioro y por ello mismo lamento doblemente ser el autor involuntario de este barbarismo. En cualquier caso, pido pública y humildemente disculpas por este disparate que se nos pasó por alto, tanto a mí como a los correctores de la editorial. Quiero suponer que el lector corriente habrá substituido, sin dar al asunto más importancia de la que merece, "clapoteo" por "chapoteo", la palabra correcta. Deducir

de ahí que esto «sirve para poner en guardia al lector, obligado a intuir a veces el original francés» me parece una exageración. Pero además, en opinión de Mauro Armiño, este despiste es suficiente para poder afirmar: «Es, sin embargo, una pena que la traducción de Thomas Kauf no esté a la altura de la sencilla pero jugosa trama lingüística tejida por la autora».

Pero bueno, ¿cómo se puede descalificar toda una traducción por una letra de una palabra, en última instancia por un término? ¿Cómo, con semejante argumentación, se permite Mauro Armiño afirmar que la traducción no está a la altura del texto original, máxime cuando no lo ha leído, ya que de lo contrario sabría que ni siquiera en el título francés se menciona la "pureza" que él atribuye a la pasión de la protagonista? Su pura pasión es allí pasión simple. En palabras de Annie Ernaux citadas en la solapa: "El tono de

Pura pasión debía ser como el de una película porno, sin juicio moral". Así las cosas, ignoro qué libro habrá leído Mauro Armiño para referirse en su crítica a esa "pureza" inexistente en el original francés y en mi versión española, y quiero presumir que también lo será en cualquier traducción futura.

Los lectores dirán. Pero por el bien de todos los que, de algún modo, nos vinculamos con el mundo del libro me permito sugerir a Mauro Armiño la lectura de unas aleccionadoras declaraciones de Rafael Conte que publicaba el diario *El País* en la página 14 de su edición del 21-02-88 (*El Ombudsman*). En ellas quedaba claro que la traducción es materia opinable y, por qué no, también perfectible. Como la crítica literaria. Y, por favor, no confundamos lingüística y literatura.

Atentamente

THOMAS KAUF

Sigue el citado texto aparecido en **ABC literario**:

Pura pasión. Annie Ernaux. Traducción de Thomas Kauf. Tusquets, Barcelona, 1993. 80 páginas. 986 pesetas.

Una mujer espera... Y es esa espera la que trama la sexta novela de la escritora francesa Annie Ernaux, *Pura pasión*, un relato adelgazado por la propia protagonista, que enhebra referencias y alusiones a un

amante nunca presente. En primera persona, sin seguridad siquiera de su publicación, la mujer que narra ese hilo de aventura sentimental se esconde, se difumina, se borra para no ofrecer más señas de indentidad que esa referencia al amante que, desde la distancia, y sin saberlo, organiza cada instante de la vida de esa mujer. Annie Ernaux ha pretendido eludir la materia bruta narrativa y la carnaza para ofrecer la médula de esa pasión como harían

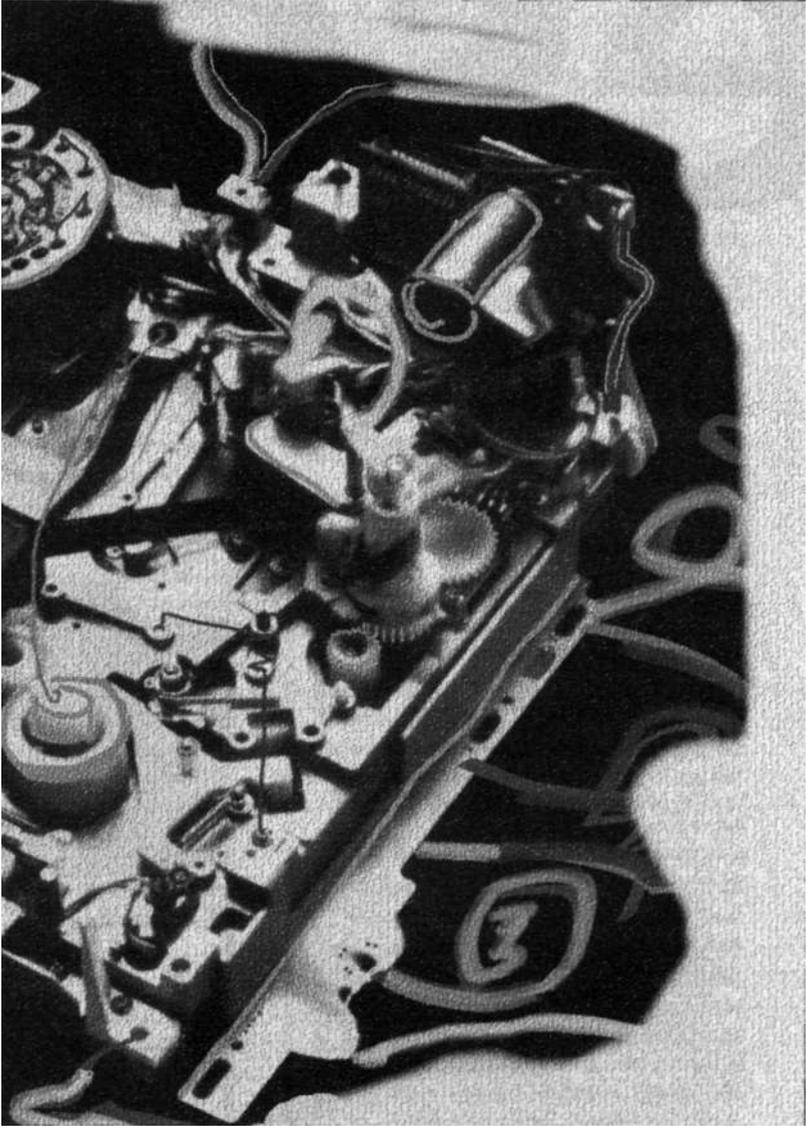
las imágenes sin descodificar de una película porno en una pantalla de televisión: las rayas eliminan la realidad y permiten a la imaginación del espectador prestarles carne y sabor a la medida de su deseo.

Son constantes las pistas que Annie Ernaux ofrece, desde la primer línea, sobre su método y sus intenciones: esa mujer sola, ya entrada en algunos años, parece no tener pasado y no posee futuro, se limita a estar concentrada desde las mismas venas en esa espera de la llamada que hace, al azar de sus huecos de tiempo, el amante; nada pide la protagonista, nada exige del otro, nada le recrimina; en eso consiste la "pureza" de la pasión de esta mujer, que se deshoja a sí misma en un amor al que no pide utilidad alguna, salvo la de "medir el tiempo" de un modo distinto; de esta mujer que se regala el lujo de perder un trozo de su vida a cambio de nada, de una relación que le provoca el ejercicio de una felicidad cuasi "límbica", sin angustias ni exigencias, sin tomas ni dacas, sin más levadura que el gozo de estar con el ser que, sin saber muy bien por qué, ha elegido en un momento. Tras un año de esa felicidad, cuando las circunstancias la separan del amante, y al cabo del tiempo éste regresa por una tarde, es otro hombre, en nada identificable con el primero.

Juega Ernaux con una referencia

metafórica: la escritura, la "novelización" de lo vivido nunca puede compararse a la pulpa de la vida misma; esa reflexión sobre el acto de escribir de la protagonista —y de la novelista, a través suyo— sirve de coartada a la realidad de la ficción: pero no debe temer el lector florituras ensayísticas incorporadas de forma bastarda al relato: puntúan la acción de tarde en tarde para indicar que la lectura podría derivar hacia alguna otra clave. Pero es suficiente para centrar la atención la levedad del texto y su búsqueda de matices en una relación amorosa distinta a las usuales. Es, sin embargo, una pena que la traducción de Thomas Kauf no esté a la altura de la sencilla pero jugosa trama lingüística tejida por la autora; encontrar, ya en la línea sexta del texto, el término "clapoteos", inexistente en la historia pasada y presente del castellano, y quiero presumir que también lo será en su futuro por más que progrese el deterioro del idioma, sirve para poner en guardia al lector, obligado a intuir a veces el original francés. Aun así, pese a sus defectos, la traducción permite seguir sin demasiadas dificultades esta *Pura pasión*, que novela de forma poco habitual una sutil argucia amorosa vista por una mujer de delicado pensamiento.

MAURO ARMIÑO



reseñ

LIBROS

Después de Babel

Aspectos del lenguaje y la traducción

GEORGE STEINER

583 páginas. Fondo de Cultura Económica. Sección de Lengua y Estudios Literarios. Primera reimpresión en español, 1981. Traducción de Adolfo Castañón

Es DIFÍCIL RESEÑAR en unas pocas líneas esta gigantesca obra que es *Después de Babel*. Quienes la conozcan comprenderán de inmediato a qué me refiero y quienes aún no hayan tenido el placer, pues un auténtico placer es su lectura, de leerla harían bien en hacerlo cuanto antes. Hay en ella un análisis riguroso de lo que el propio Steiner llama la paradoja de Babel, la asombrosa abundancia de lenguas —más de tres mil, sin contar los dialectos— que se hablan en el mundo y del papel central que la traducción desempeña en la comunicación, la difusión del pensamiento y la cultura y la propia coexistencia de estos miles de lenguas.

Pero este libro es mucho más que un tratado de traducción, mucho más que



un estudio sobre ese fenómeno misterioso y apasionante que es el lenguaje, mucho más que un compendio erudito de citas y autores que en el curso de los siglos han aportado algo nuevo al estudio del lenguaje y de la traducción. Steiner, que es sin lugar a dudas uno de

los mayores sabios que ha dado el siglo XX, aborda la cuestión desde una óptica multidisciplinar y presenta la historia de la traducción en Occidente como la historia del saber, del pensamiento religioso y filosófico, de la antropología y la literatura. El problema de la traducción, ese arte tan inconcreto y abstracto para el que aún no existen sino vagas aproximaciones teóricas, se presenta aquí casi como centro de gravedad en la historia de la humanidad, como una imbricada red que en el curso de miles de años haya ido extendiéndose de disciplina en disciplina hasta configurar el conjunto de la cultura, pues en realidad tras la práctica de la traducción se encierra la necesidad de recuperar el pasado, de hacerlo presente y vivo, de reivindicar una herencia cultural de siglos que ennoblece a la especie humana.

Este proyecto, lúcido y crítico, de abrumadora diversidad temática, trasciende con mucho los límites de la lingüística o el mero análisis científico del fenómeno del habla y del lenguaje, esa patria a la vez íntima y común a todos los seres humanos.

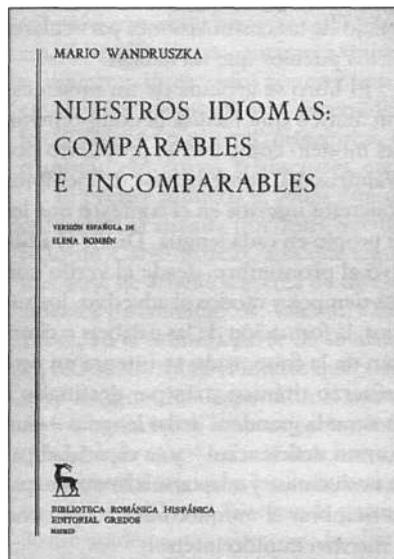
Es oportuno señalar, sin que ello sirva para disuadir de su lectura, que la traducción al español de esta obra es —paradójicamente— más bien deficiente, por lo que resulta más recomendable leer este imprescindible en su versión inglesa original.

Nuestros idiomas: Comparables e Incomparables

MARIO WANDRUSZKA

Editorial Gredos. Traducción de Elena Bombín.

TOMANDO COMO BASE las seis lenguas que Wandruszka aprendió y enseñó a lo largo de su vida, este libro, para cuya elaboración se manejaron más de sesenta traducciones, se propone demostrar que la traducción, la buena traducción, es posible, pues en nuestros idiomas hay más



elementos comparables que incomparables. Para ello Wandruszka disecciona con magistral minuciosidad este conjunto de estructuras que en su opinión son más asistemáticas que sistemáticas y están determinadas de manera arbitraria por factores muy diversos, casi aleatorios, echando por tierra los muchos intentos de reducir las lenguas a sistemas matemáticos, constituidos por oposiciones formales.

A partir de ejemplos concretos de traducciones en una lengua y su comparación con las cinco restantes, la obra ofrece un interesante y detallado recorrido desde la palabra hasta la frase, analizando los casos de polisemia y polimorfismo, así como las deficiencias y abundancias inherentes a todas las lenguas, y llega a la conclusión de que ninguna es perfecta y que no puede hablarse de lenguas superiores o inferiores. Lo que en unas está explícito otras han preferido dejarlo implícito. Wandruszka desmiente así la tesis formulada por Humboldt hace ya más de 150 años que sostenía que la diversidad de las formas y estructuras de nuestras lenguas no era otra cosa que el reflejo de las cosmovisiones particulares de los pueblos que las hablan.

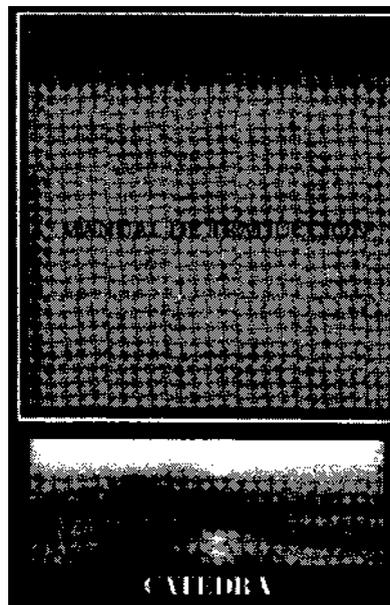
El libro se articula de un modo esquemático que facilita la comprensión del modelo comparativo propuesto por Wandruszka, sobre la base de ejemplos concretos insertos en el contexto que les es propio en cada lengua. Desde el adjetivo al pronombre, desde el verbo con sus tiempos y modos al adverbio, los sufijos, la formación de las palabras o el orden de la frase, todo se integra en este esfuerzo titánico y sin par destinado a mostrar la grandeza de las lenguas —aun con sus deficiencias— y su capacidad para evolucionar y adaptarse a lo nuevo, para nombrar el mundo, nuestro entorno y nuestro mundo interior.

Manual de traducción

PETER NEWMARK

Versión española de Virgilio Moya. Cátedra lingüística, 1992. 364 págs.

LA POSICIÓN ADOPTADA por el autor en torno a la práctica de la traducción, junto con no pocos prejuicios, le valieron a su anterior libro, *Approaches to Translation*, del que éste es heredero, algunos exabruptos en el mundo académico. La causa radica tanto en su condición (la de nuestro autor) como en su propósito, ambos nada académicos y al parecer irritantes para cierto sector profesoral. Sin olvidar algunas de las generalizaciones que introduce a propósito de la actividad traductora. En cualquier caso, lo antedicho nos aproxima ya al carácter y contenido de este texto, bien lejos de la especulación y de la filosofía y apegado al terreno práctico. "Este libro... va dirigido tanto a estudiantes de último



año de carrera y graduados como a autodidactas y a gente que le gusta aprender en casa", nos dicen las primeras líneas de la Introducción. Es en efecto este *Manual de Traducción*, una colección de procedimientos y consejos pragmáticos destinados a servir a los traductores en la actividad cotidiana: un curso de traducción.

Y si bien se permite sugerir ciertos principios generales, éstos aparecen siempre supeditados al objeto práctico que impulsa al libro y al autor. Aquí, en la utilidad, se encuentran los logros y a la vez

las limitaciones del texto. Servirá a los no demasiado versados y a los poco sistemáticos, divertirá los curiosos y acaso aburra un tanto a los más cultos. Posee un loable afán de exhaustividad en cuanto a la casuística y la metodología y, cualesquiera que sean los peros que se le objetan en cuanto a la teoría, el esfuerzo ha sido notable y el objetivo del autor alcanzado con plenitud. A lo que habría que añadir el uso de una feliz ironía, que alivia no poco la aridez de nuestra materia.

REVISTAS

Paremia

Boletín de Investigaciones Paremiológicas, dirigido por Julia Sevilla. Madrid: Asociación Cultural Independiente, 1993, 150 pp.

ANTE LA AUSENCIA de publicaciones periódicas españolas dedicadas exclusivamente a las fórmulas sapienciales, tales como el refrán, el proverbio, la máxima, el aforismo, ... nace *Paremia*, un boletín cuyo objetivo primordial será estudiar los refranes y demás enunciados sentenciosos; de ahí que Julia Sevilla haya considerado que la denominación más adecuada para esta publicación sea *paremia*, el archilexema que designa a todos los miembros del universo proverbial.

En este boletín, de periodicidad anual, tienen cabida todas las investigaciones relativas a las unidades paremiológicas,

tanto españolas como de otras lenguas, ya que *Paremia*, además de querer contribuir a conservar estas joyas lingüísticas, desea poner en contacto a quienes se muestran interesados por este tipo de enunciados: paremiólogos, paremiógrafos, filólogos en general, hispanistas, romanistas, etnólogos, traductores, etc.

El primer número se inicia con una entrevista realizada por Julia Sevilla a Joaquín Calvo-Sotelo, a la que siguen una serie de artículos acerca de diversos aspectos paremiológicos: Valentín García Yebra, en la primera parte de su artículo, reflexiona sobre el interés que, desde muy antiguo, ha despertado el mundo de los enunciados sentenciosos y sobre el hecho de que "los refranes han sido consustanciales a todas las literaturas europeas" (p. 12); en la segunda parte, el ilustre académico nos presenta la obra de

Julia Sevilla *Hacia una aproximación conceptual de las paremias francesas y españolas*, libro del que surgirá la idea por parte de su autora de crear una revista sobre las paremias. El polifacético Jesús Cantera Ortiz de Urbina recoge todos los pasajes bíblicos (*Antiguo y Nuevo Testamento*) en que aparecen las palabras *paremia*, *proverbio* y *parábola*, así en el texto hebreo masorético como en la versión griega de *Septuaginta* y en el texto latino de *La Vulgata*. Angel Iglesias centra su estudio en el blasón popular, que "abarca cualquier forma de atribución proverbializada de hechos o dichos" aplicados a los habitantes y a los productos de una localidad, región o país (p. 30). Esther Forgas Berdet trata de poner de manifiesto la validez del fenómeno paremiológico como dato cultural recopilando, clasificando, ordenando y decodificando los refranes castellanos relativos al ciclo cultural de la viña y el vino. Mario García-Page estudia cómo se ha producido el engastamiento de los refranes y proverbios en la poesía de Gloria Fuertes. Amalia Rodríguez Somolinos aborda, desde un punto de vista lingüístico, los arcaísmos sintácticos de los proverbios franceses. M^a del Pilar Blanco García presenta un ameno artículo sobre las paremias provenzales referentes a la lluvia. Mari Carmen Barrado Belmar analiza, desde el plano semiótico, los proverbios

italianos en cuyo enunciado figura un nombre de número. M^a Purificación Vilanos acerca a las paremias inglesas relacionadas con el mundo científico-técnico. Petra Pardo, Amadou Ndiaye y Hussein Bouzalmante optan por la vía de la traducción paremiológica con la selección de 30 paremias españolas con sus correspondencias en francés, árabe y wolof. Julia Sevilla Muñoz realiza una gran labor paremiográfica al extraer las 485 paremias francesas que Hernán Núñez incluyó en su refranero publicado en 1555. Mercedes Burrel Arguis, por un lado, examina algunas obras paremiológicas y paremiográficas rusas y, por otro, define dos tipos de enunciados proverbiales rusos y busca su correspondencia conceptual castellana. Paloma Chico Ortega presenta brevemente los estudios, las tendencias actuales y los repertorios más sobresalientes del campo paremiológico italiano. Cierran el boletín las reseñas de una tesis doctoral y de libros dedicados a las paremias y la noticia de un coloquio sobre los refranes organizado por la Universidad de Orléans para 1993.

Todos aquellos amantes de la sabiduría popular que deseen recabar más información sobre *Paremia*, pueden escribir a: Paremia (Julia Sevilla). C/Vandergoten, 8-2BF. 28014 Madrid. Arlette Véglia

Convocatorias

En el Círculo de Bellas Artes de Madrid

Segunda edición de los Talleres de Traducción

Talleres

Impartidos por Emma Calatayud, en torno a su traducción de la obra de Marguerite Yourcenar y Juan José del Solar, en torno a su traducción de la obra de Elias Canetti. Días 4, 5 y 6 de octubre, a partir de las 19,30 horas.

Mesa redonda

Con los editores Juan Cruz y Manuel Rodríguez Rivero, junto a los traductores Mariano Antolín y Marisa Balseiro. Modera Ramón Sánchez Lizarralde. Día 30 de septiembre, a las 19,30 horas. Asistencia libre.

Inscripciones

A partir del día 15 de septiembre en el propio Círculo de Bellas Artes.

Precio de la matrícula

Socios de la Sección Autónoma de Traductores de Libros de la ACE o del Círculo de Bellas Artes: 2.000 ptas.

No socios: 4.000 ptas.

Estos talleres han sido organizados, en colaboración, por el Círculo de Bellas Artes y la Sección Autónoma de Traductores de Libros de la Asociación Colegial de Escritores. El teléfono del Círculo de Bellas Artes es el (91) 531 77 00, y el fax es el 531 05 52.